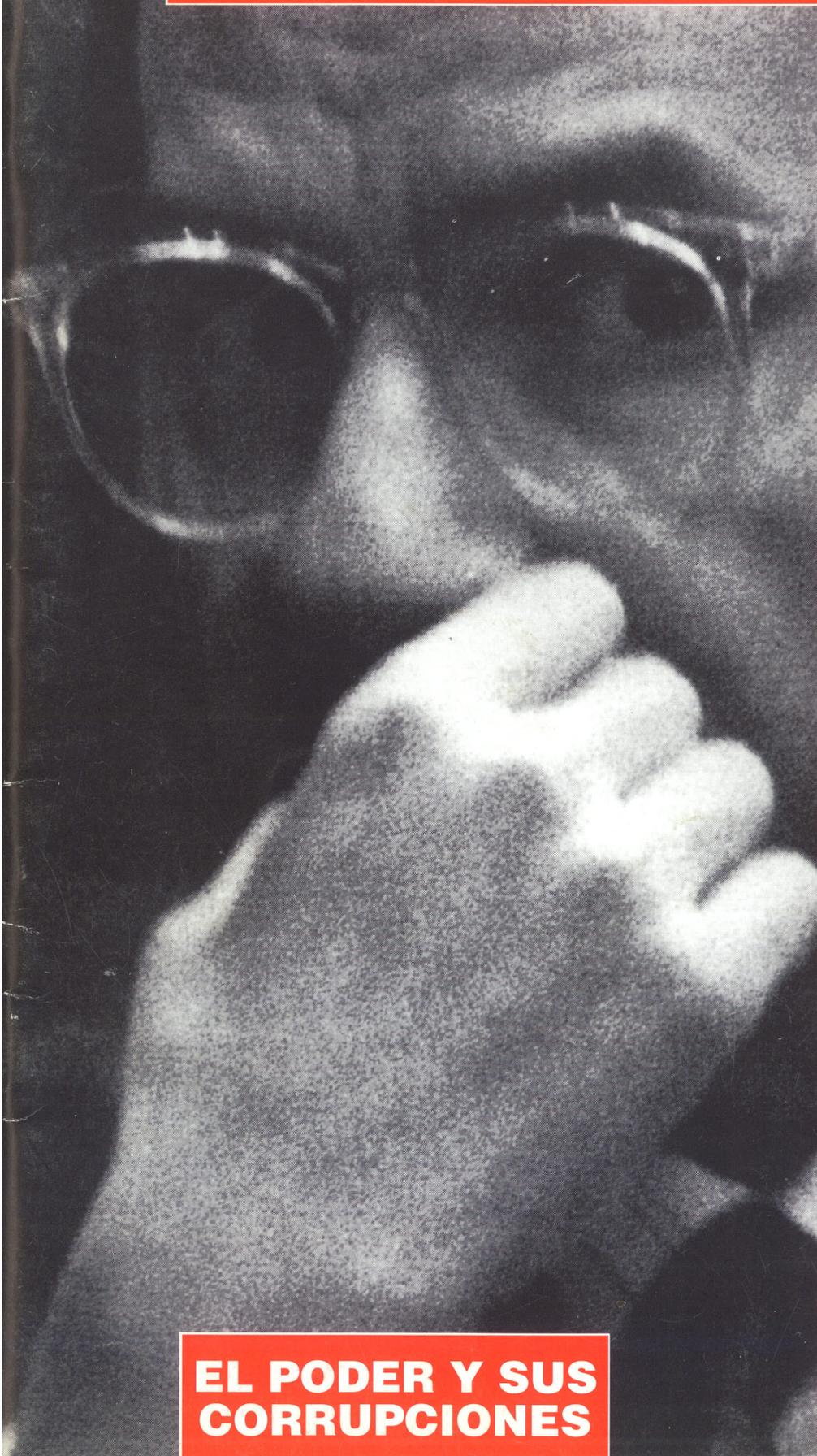


L · I · B · R · E

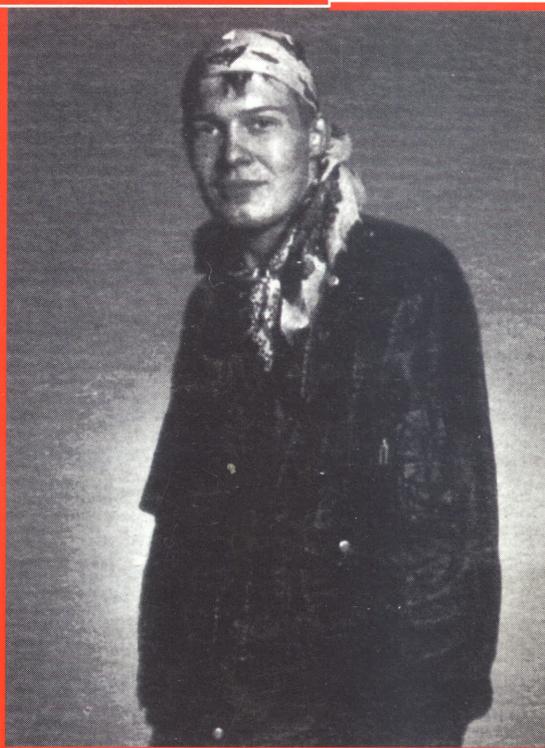
# Pensamiento

► TALLER DE DEBATE CONFEDERAL ◀

Apuntes  
para una  
historia del  
anarco-  
sindicalismo  
en España  
(y II)



**EL PODER Y SUS  
CORRUPCIONES**



**Por un partido  
comunista  
libertario**



**La mujer popula  
y su condición**

# Libre Pensamiento

ORGANO DE DEBATE  
Y REFLEXION DE LA  
CONFEDERACION GENERAL  
DEL TRABAJO (CGT)

## SUMARIO

• Nº 8 • OCTUBRE 1991

**Edita:** Servicio de  
Documentación  
y Publicaciones (SDP).  
Secretaría  
de Comunicación del Secre-  
tariado Permanente.

**Coordinación:** Félix García

**Han hecho posible  
este número:**

Felix García Moriyón  
Rafael Plá López  
Ariane Gransac  
Igancio Ramonet  
Rui Manuel Gracio Das Neves  
Txemi Apaolaza Beraza  
Jose Angel Moreno  
Erbatzale  
Chema Berro Uriz  
José M<sup>º</sup> Olaizola  
Antonio Rivera

**Maquetación:** Paco Bartual

**Composición e impresión:**  
Servicio de documentación  
y publicaciones (SDP-CGT)

**Redacción:** Calle Sagunto, 15  
28010 Madrid  
Tel. (91) 593 16 28  
Fax (91) 445 31 32  
Depósito legal:  
V-1735-1991

### 3 EDITORIAL

EL PODER Y SUS CORRUPCIONES

### 5

POR UN PARTIDO COMUNISTA  
LIBERTARIO: ALGUNAS  
CONSIDERACIONES

### 7

POR UN PARTIDO COMUNISTA  
LIBERTARIO

### 11

LA MUJER POPULAR  
Y SU CONDICION

### 15

MEDIOS DE COMUNICACION,  
SOCIEDAD Y DEMOCRACIA

### 21

500 AÑOS DE CONQUISTA Y  
RESISTENCIA EN TORNO AL  
QUINTO CENTENARIO

### 32

TENDENCIAS DE LA ECONOMIA  
MUNDIAL HACIA EL 2000

### 37

LLEVAMOS (LLEVEMOS) UN  
MUNDO NUEVO EN NUESTROS  
CORAZONES

### 41

CONVERGENCIAS  
Y DIVERGENCIAS APUNTES PARA  
UNA HISTORIA DEL  
ANARCOSINDICALISMO  
EN ESPAÑA II

## EDITORIAL

# El poder y sus corrupciones

3

**H**AY una vieja expresión en la que se afirma que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente. No recuerdo en estos momentos al autor de tan afortunada frase, pero desde luego me consta que ha tenido bastante audiencia en medios libertarios, sirviendo quizás como emblema de la radical crítica al poder que nos caracteriza y al Estado como quintaesencia institucionalizada del poder desnudo. Qué duda cabe de que en estos momentos la frase vuelve a tener actualidad, a la vista del generalizado nivel de corrupción que parece afectar a la clase política en este país, y a continuación a bastantes más estamentos. Algún comentarista ha llegado a aseverar que ya sólo somos superados por Italia en lo que a niveles de corrupción se refiere. Hasta aquí podría bastarnos con la pura y estricta constatación de los hechos, pero parece necesario ir un poco más lejos.

Volvamos a la frase con la que encabezamos el editorial. Esa sería, en principio, una de las principales causas de una corrupción que puede llegar a ser endémica. El partido socialista ha disfrutado de casi diez años de un gran poder, reforzado por los mecanismos electorales, las listas cerradas, el reglamento de funcionamiento del Congreso, la escasa capacidad de la oposición, el predominio del Ejecutivo y la fortísima disciplina interna en el partido, entre otras posibles causas. Parece, por tanto, que se cumple la afirmación: cuando se dispone de un gran poder, la corrupción no tarda en llamar a la puerta. Como ya advirtiera Proudhon, poned a San Francisco de Asís al frente de un Gobierno y no tardará en convertirse en

un Thiers; salvando las distancias, permitid que los portadores de cien años de honradez dispongan de mucho poder, y terminarán convirtiendo el país en un cortijo particular. A las innumerables deficiencias propias de una democracia formal, incluso aunque esté corregida por aquello del estado social de derecho, se ha añadido en este caso el que ni siquiera han funcionado adecuadamente los mecanismos previstos para el control del poder, a través de su división y de procedimientos de mutua vigilancia. Aviso, por tanto, a los navegantes: la corrupción se mantendrá mientras consintamos esa acumulación de poder.

Pero no basta con quedarnos ahí, pues no sólo se trata del partido socialista. Lo más posible es que el asunto no llegue muy lejos, porque todos los partidos políticos tienen mucho que ocultar, en especial los dos más importantes. Quizás terminemos llegando a una vergonzosa ley de amnistía, como ya ha ocurrido en Francia, una especie de borrón y cuenta nueva. Parece ser que nuestras flamantes democracias formales están incorporando a su propio funcionamiento las leyes del libre mercado. Cuando llegan las elecciones se trata de vender un producto en el supermercado, atrayendo la atención del votante-comprador; y eso tiene un precio, bastante caro por otra parte. Y además los partidos, cada vez más repletos de ejecutivos expertos y más vacíos de militantes, no tienen forma de conseguir los fondos que necesitan si no es recurriendo al fraude generalizado. Creado un monstruo burocrático obsesionado por la conquista del poder, necesita seguir comiendo vorazmente todos los días para subsistir.

Una vez más mucho nos tememos que es un vicio del propio sistema, no sólo de unos cuantos avispados que sacan provecho personal cuando el río esta revuelto.

Prueba de esta clara imbricación entre poder y corrupción la tenemos en las motivaciones que se esconden tras la publicación de los casos de corrupción. Cuando un asunto sale a la luz pública no es por afanes de regeneración de la vida política, social o económica. Suele formar parte de esas sordas luchas por el poder que se desarrollan en las cloacas del sistema. De esta manera, la pretendida llamada de atención para que se corrijan determinados comportamientos corruptos forma parte de esa corriente de corrupción que todo lo emponzoña.

Algún lector algo precipitado en sus conclusiones pensará rápidamente que la democracia formal parlamentaria no tiene mucho arreglo y que es necesario profundizar en formas más autogestionarias de organización social, consiguiendo con ellas fragmentar el poder y poner su control más cerca de los interesados. Pero no podemos limitarnos a eso, aunque ya sería bastante, pues esto no es una película de buenos y malos, o de superestructuras que se pueden quitar y poner, con lo que todo cambiaría. Aquí estamos todos algo pringados, unos por comisión y muchos más por omisión. Desgraciadamente esto es así, por más que nos sea muy útil buscar chivos expiatorios para tranquilizar nuestra conciencia de honrados y modestos ciudadanos corruptores y corrompidos. La verdad es que todos aportamos nuestro granito de arena a esa montaña de hediondos desperdicios. ¿Quién no ha aceptado que le cobren un servicio sin

factura para así no tener que pagar el IVA? ¿Es que usted, mi querido lector, incluye en su declaración de la renta la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? ¿Nunca ha solicitado un favor o una recomendación para conseguir que ese primo o ese hermano suyo consigan algo? ¿Jamás utilizó la fotocopiadora de su oficina para hacerle algún favor al hijo o al amigo? ¿O es que quizás el sindicato o asociación a la que usted pertenece no ha solicitado nunca una subvención al papá Estado, falsificando para ello una firmita por aquí y añadiendo un cursillito por allá que nunca se celebró?

Es muy antiguo ya aquello de ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio. Hay en el fondo una pérdida de algunos principios morales fundamentales en la sociedad en la que vivimos, una tendencia a la amoralidad que puede terminar convirtiéndose en desmoralización. Y es aquí donde entramos en las profundas consecuencias políticas y sociales del tema de la corrupción. El problema de fondo es que dicha corrupción se alimenta de una cierta desidia de la ciudadanía, que termina haciendo dejación de sus responsabilidades. Parece como si les dejáramos que se repartieran la tarta, siempre y cuando el pedazo que nos vaya a tocar a nosotros sea lo suficientemente grande como para ir tirando. Dicho con algo más de crudeza, parece que nos vendemos por un plato de lentejas, que, por cierto, no es maravilloso. Pero además, como el pez que se muerde la cola, la corrupción, alimentada por nuestra propia pasividad, termina provocando mayor pasividad, entrando así en un círculo vicioso que no va a resultar sencillo romper. Desmoralizados, perdida la moral, dejamos pasar las cosas sin dar la cara; es posible que nuestra acción termine perdiéndose en el vacío, aunque también es posible que termine teniendo influencia. Pero desde luego esa acción vigilante será muy eficaz para algo decisivo: para preservar íntegra nuestra propia dignidad. Por aquí es por donde debemos empezar a hacer frente al problema y ofrecer alternativas viables de actuación social y política. Por aquí es por donde empieza la democracia, por asumir todos y cada uno nuestras propias responsabilidades, no dejando en ningún momento que otros decidan por nosotros y hagan de su capa un sayo.

LP



# Por un partido comunista libertario: algunas consideraciones

FELIX GARCIA MORIYON

SIN duda alguna debemos todos hacer un serio esfuerzo de reflexión para buscar nuevos caminos que nos ayuden a solventar los problemas actuales. La derecha anda sin rumbo, buscando desesperadamente mantener la situación de los privilegiados, sin pararse a mirar el desmesurado coste humano que nos están haciendo pagar. Tampoco la izquierda anda muy sobrada de fuerza o de ideas, y camina igualmente sin un rumbo muy fijo, buscando recomponer la identidad perdida, más todavía cuando la caída del muro de Berlín ha agravado los síntomas de malestar y ha urgido la búsqueda de nuevos caminos. El artículo de Rafael Pla se inscribe plenamente en esa línea, y por eso mismo nos parece valioso y hemos decidido incluirlo en la revista. Pero eso no es todo, y conviene hacer algunas matizaciones para, con suerte, enriquecer el debate.

Lo primero que conviene dejar muy claro es que la oposición entre Marx y Bakunin, o entre los socialistas libertarios y los autoritarios, no se reducía a una discrepancia sobre los medios que se debían emplear. Por descontado que no se está de acuerdo en los medios empleados, pero eso no es más que la punta de un iceberg; la parte que no se suele mirar con detalle, la que queda debajo del agua y suele ser la fundamental hace referencia a unas discrepancias profundas, muy profundas. Es toda una concepción distinta del ser humano y de su historia; de las relaciones entre la explotación económica y la opresión política, social, cultural; de la concepción que se tiene de los sujetos que pueden ser catalizadores de un cambio radical en la sociedad;

del mismo proceso revolucionario y de la sociedad a la que se espera llegar algún día. Cuando se está en desacuerdo en tantas cosas, lo raro sería que se pudiera estar de acuerdo en los medios. No es de extrañar que, al poco de triunfar la revolución rusa, un anarquista como Pestaña tuviera muy claro que aquéllo no tenía nada que ver con ello, desmarcándose rápidamente la CNT de las llamadas a la unidad proletaria. Los marinos de Kronstadt o los anarquistas ucranianos tuvieron menossuerte y comprobaron en su propia desgracia que aquello no era lo suyo; más adelante, en mayo de 1937, la CNT también tuvo ocasión de comprobar en su propia carne que aquéllo no era lo suyo. Aunque debemos plantearnos líneas de convergencia, no creo que sea de gran utilidad buscar atajos que encubran los problemas.

Teniendo en cuenta lo anterior, podemos entender mejor la fragilidad de las propuestas que el autor hace en la última parte de su artículo, y no sólo las insuficiencias de sus análisis previos. Pensar que la revolución científico-técnica va a hacer posible superar las tendencias burocratizadoras y centralizadoras que perpetúan estructuras de explotación y opresión es caer en una concepción excesivamente ingenua y volver a incurrir en el cientifismo del que siempre hizo gala el marxismo en sus muchas variantes. Nada de eso va a ayudar si no se encuentra incorporado a un esfuerzo global de liberación integral en el que los seres humanos se van apropiando de su propia capacidad de decisión y van construyendo una sociedad en la que la libertad y la solidaridad se conviertan en los valores morales

profundos que animen nuestro cotidiano enfrentamiento con un sistema que es injusto y que tenderá a perpetuar la opresión haciendo uso de cualquier medio que esté a su alcance. Como tampoco va a llegar muy lejos un ecologismo o un feminismo que se centre exclusivamente en su pequeña parcela de contestación e innovación. Lo mismo, claro está, se puede decir de los sindicatos que reducen su propuesta a una defensa corporativa de los salarios o se desviven por mejorar la oferta de servicios a sus afiliados.

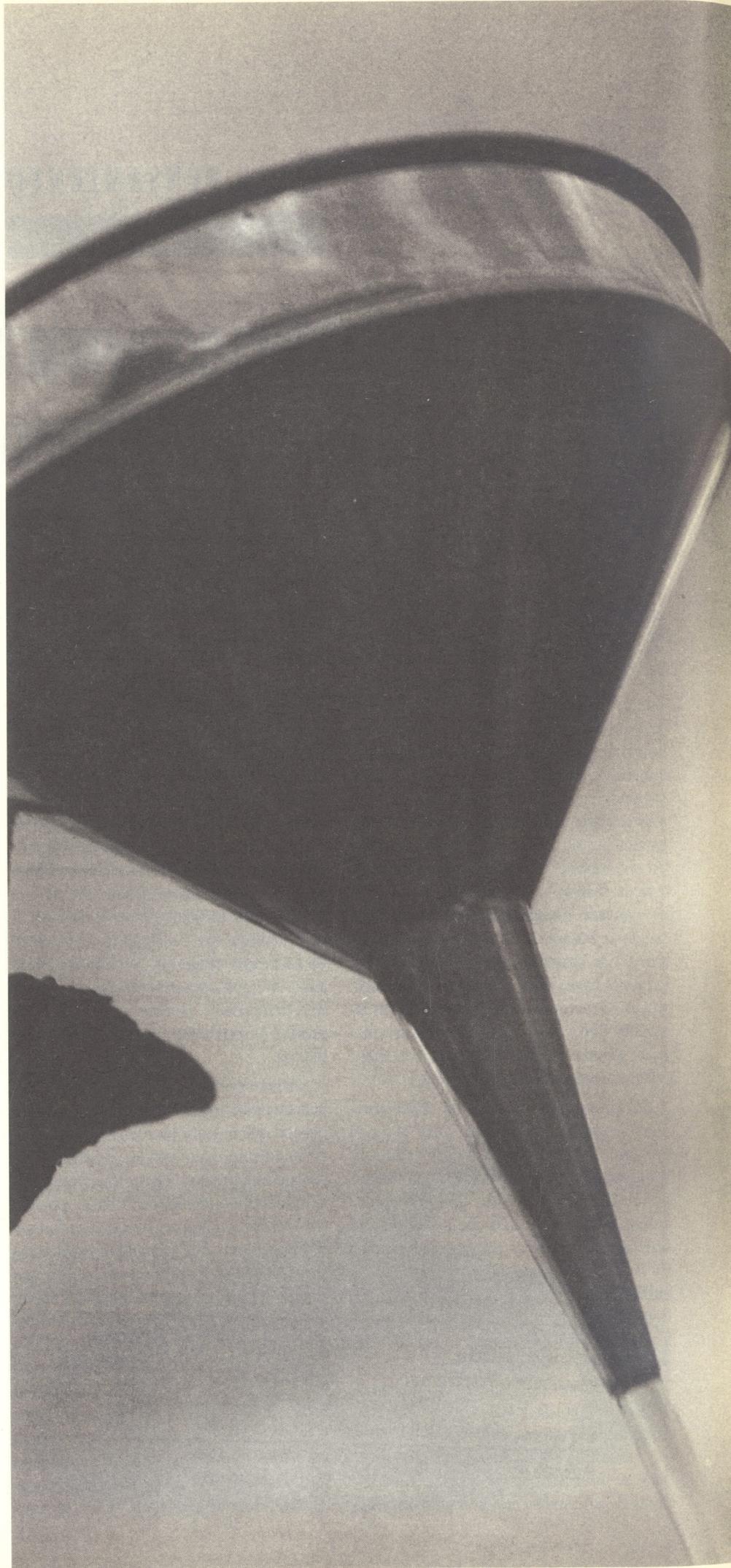
Más dura todavía puede ser la crítica que hagamos de la propuesta de crear un Partido Comunista Libertario. Comprendo que la brevedad de las líneas escritas nos obliga a que seamos muy cautos en una valoración de dicha propuesta. Sin embargo, las palabras no son neutrales nunca, y ya produce cierto distanciamiento el hecho de que se introduzca la propuesta hablando de Izquierda Unida, sumida en los mismos problemas que casi todos los partidos con representación parlamentaria; o que se proponga un Partido Comunista, aunque en esta ocasión se cambie el adjetivo patrio por otro más agradable, como el de libertario. Si hacer del antiparlamentarismo un dogma denota poca flexibilidad mental, como ha sido el caso en muchos momentos de la crítica anarquista de los partidos y de la democracia formal, la misma escasez de flexibilidad se refleja en pensar que un partido puede salir indemne de la dinámica que el propio sistema le impone: conviene prestar algo más de atención a las experiencias de los verdes en Alemania o Suecia, o a los avatares del Partido Radical en Italia, por remi-

tirnos a experiencias próximas. También parece que se olvida toda la crítica anarquista a la genealogía del poder y de la opresión, de la que los partidos políticos han sido y siguen siendo, por muy Izquierda Unida que se llamen, modelos ejemplares.

6

Claro que debemos intentar trabajar juntos, pero todos tenemos una historia que nos marca y nos condiciona y en la que se ha gestado nuestra propia identidad, por lo que no bastan buenas declaraciones de intenciones. Claro está también que con el paso de los años es posible reconstruir un nuevo paradigma que intente superar las divisiones de antaño entre las diferentes corrientes de la izquierda, pero hará falta hablar en serio desde el primer momento y no olvidar los profundos desacuerdos en los que se sustentaban esas divisiones. Por lo que a mí respecta, el camino hay que hacerlo como es debido, de abajo arriba, empezando por dónde la gente se sitúa en su lucha contra el sistema, buscando áreas de coincidencia y acuerdos sobre variados temas, procurando estrategias conjuntas que puedan suponer un desafío al sistema. Y, lo que es todavía más importante, sacando todas las implicaciones y consecuencias que supone optar por un modelo autogestionario de intervención en la vida social, política, cultural y económica. No se olvide que lo importante es cambiar la sociedad, no conquistar el poder.

LP



# Por un partido comunista libertario

RAFAEL PLA LOPEZ

miembro del Comité Central del PCPV

### La crisis del estatalismo

EL derrumbamiento de los regímenes políticos de Europa del Este ha conmocionado al mundo entero. Y de manera muy especial a aquéllos que compartíamos con los dirigentes de esos regímenes el nombre de *comunistas*.

La gran paradoja es que el término *comunismo*, que para nosotros tiene un sentido de emancipación, en esos regímenes había llegado a ser sinónimo de opresión. Y que el comunismo, que para Marx significaba una sociedad sin clases y sin Estado, ha llegado a vincularse a sistemas basados en el control estatal sobre el conjunto de la vida social y económica, acompañado en general de supresión de las libertades políticas.

Ciertamente, muchos comunistas de los países capitalistas llevamos décadas criticando duramente las deformaciones burocráticas dictatoriales de esos regímenes, mucho antes de que se empezara a hablar de *perestroika* y comenzara su proceso de derrumbamiento. De modo que tanto por ello como por las formulaciones teóricas de Marx podemos distanciarnos de dicho derrumbamiento negando que los regímenes que se han desmoronado en la Europa del Este fueran comunistas.

No obstante, el hecho de que dichos regímenes hubieran sido llamados desde fuera *comunistas* y gobernados desde dentro por partidos autodenominados *comunistas*, favorece que su derrumbamiento se presente como *el fin del comunismo*, por lo menos en Europa.

Por otra parte, las críticas de los comunistas occidentales a esos regímenes se han cen-

trado predominantemente en su deformación burocrático-dictatorial, salvando la naturaleza socialista de los mismos. Pero lo que ha entrado en crisis no es solamente dicha deformación burocrático-dictatorial, sino también el estatalismo de dichos regímenes: los mismos defensores de la *perestroika* en los países de Europa del Este que propugnan el socialismo critican duramente el socialismo de Estado preexistente.

### La tradición social comunista

Pero el estatalismo pertenece al núcleo de la tradición marxista: eran Marx y Engels, y no Stalin ni Lenin quienes propugnaban en el Manifiesto del Partido Comunista *centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante*.

De hecho, el estatalismo centralizador que se deriva de la primera parte de dicha frase es una tradición compartida por los partidos llamados *socialistas* y *comunistas*, la división entre ellos producida después de 1917 no afecta tanto al estatalismo genérico como a lo que se deriva de la segunda parte de la frase (la dictadura del proletariado, no asumida por los llamados *socialistas* y convertida por los llamados *comunistas* en el poder en dictadura del partido, luego de su aparato y finalmente de su secretario general).

Por ello, y en el contexto de la crisis del estatalismo en la Europa del Este, no es de extrañar que los llamados *socialistas* se hayan beneficiado escasamente de las derrotas de los llamados *comunistas*: de hecho, los principales beneficiarios de estas derrotas parecen estar siendo los

que propugnan fórmulas liberal-capitalistas, sustituyendo el Estado por el mercado a través de la privatización de la economía.

En estas condiciones, es ilusorio pensar que la salida a la crisis del comunismo pueda ser la vuelta al «tronco común» de la Internacional Socialista; pues lo cierto es que el mismo «tronco común» marxista se encuentra también en crisis. Y que la mayor parte de los componentes de esa Internacional Socialista han buscado la «salida» a su crisis a través de la «rendición» ante el adversario capitalista, renunciando a acabar con la propiedad privada de los medios de comunicación colectivos y contentándose con reformas parciales que no cuestionan la esencia del capitalismo, o incluso asumiendo la ideología liberal-capitalista que convierte en ídolos al mercado y a la libre competencia, camino que también parecen dispuestos a recorrer una parte de los llamados *comunistas* del Este de Europa.

Lo paradójico es que cuando desde la Europa del Este a la *beautiful people*, en partidos llamados *socialistas*, se sacraliza el libre mercado, éste ha dejado de existir en el capitalismo realmente existente: por un lado, la concentración monopolista a nivel nacional e internacional constriñe fuertemente la libre iniciativa empresarial; por otro lado, el mercado y los precios, incluso en los EE. UU., están fuertemente condicionados por el sector público y las decisiones gubernamentales. Y a nivel internacional las relaciones mercantiles entre países ricos y pobres, bajo el control de las grandes multinacionales, se realizan mediante un intercambio desigual de productos industriales por materias primas, esquilmando los recursos de éstas.

De este modo, en el mundo actual no sólo continúa la explotación de los trabajadores asalariados por sus patronos, sino que la mayoría de los países son expoliados por las multinacionales capitalistas; y si la explotación dentro de la empresa puede ser más o menos dura o dulcificada, según los casos, el salvajismo de la explotación internacional está provocando gravísimos desequilibrios económicos y ecológicos, con una intensa transferencia de recursos de los países pobres a los países ricos, una deuda externa impagable, y la extensión del hambre y la miseria en el llamado tercer mundo. La división en clases explotadoras y explotadas no sólo se atenúa, sino que se generaliza al conjunto de la humanidad. Éste es el proceso de *mundialización* de la economía bajo el capitalismo.

Y lo cierto es que la enorme magnitud de los sistemas productivos en el mundo actual, en el que ya se vislumbra la posibilidad de agotamiento de los recursos naturales, hace que la solidaridad a escala planetaria sea imprescindible para la misma supervivencia de la humanidad. Y para ello es necesaria la adopción de un punto de vista colectivo, superando el individualismo capitalista y sustituyendo la competencia y el enfrentamiento entre individuos, grupos y clases sociales por un esfuerzo común que aúne a toda la humanidad.

En estas condiciones es vital seguir reivindicando la dimensión comunista, solidaria, de nuestra alternativa por una humanidad sin clases, dentro de una tradición que proviene de Marx en el siglo pasado, pero que tiene sus raíces en el pasado remoto: la definición de comunismo se contiene ya en los *Hechos de los Apóstoles*, como descripción de las comunidades cristianas («Y todos cuantos creyeron vivían unidos, y tenían todo en común (...) y lo distribuían entre todos según la necesidad de cada uno,» H.E. 4, 32-35).

Llamarse comunistas significa actualmente reiterar nuestra voluntad de terminar con un capitalismo explotador con los trabajadores, colonialista con el tercer mundo y depredador con la naturaleza, que malbarata el futuro de la humanidad en provecho miope de una minoría.

Y es importante deslindar claramente el comunismo que propugnamos del estatalismo cuyo fracaso en Europa se ha hecho patente: se trata de socializar los medios de producción colectiva, no de estatalizarlos. Se trata de arrancarlos de manos de una minoría de capitalistas para recuperarlos para la sociedad, no para entregarlos a otra minoría de burócratas. Y viceversa: se trata de socializar los medios de producción estatalizados, no de privatizarlos, como propugnan los adalides del «libre

mercado» en la Europa del Este: se trata de arrancarlos de manos de una minoría de burócratas para recuperarlos para la sociedad, no para entregarlos a otra minoría de capitalistas.

Nuestro comunismo no sólo debe abominar de cualquier dictadura, aunque se llame *del proletariado*, sino que debe rechazar la misma *centralización estatal* (por mucho que la propugnara Marx) con la misma fuerza que la enajenación capitalista de los frutos del trabajo y de los recursos naturales.

Nuestro comunismo no debe identificarse mecánicamente con un *leninismo* ni con un *marxismo*, asumiendo los ideales emancipadores de Marx y de Lenin, reivindicando cuanto en ellos hay de revolucionario, manteniendo los principios políticos que les llevaron a luchar radicalmente contra el capitalismo, debemos ser capaces de criticar abiertamente aquellas de sus propuestas que se han mostrado caducas, que no eran avance de un mundo nuevo, sino residuos del mundo viejo que queremos superar.

## La tradición libertaria

Para ello debemos reencontrar las raíces de la lucha por la emancipación de los trabajadores, las raíces en la que *marxistas* y *bakunistas* compartían esencialmente el objetivo final de una sociedad sin clases y sin Estado.

Ya en el Manifiesto del Partido Comunista de 1848 Marx y Engels planteaban como objetivo último *una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos*. En un trabajo de 1873 dedicado a criticar el antiautoritarismo, Engels reafirma que «*Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social*» (De la autoridad). Y en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, de 1884, el mismo Engels remacha que *la sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar, que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce.*»

Pero si *marxistas* y *bakunistas* coincidirán esencialmente en el objetivo final, divergirán en el camino para alcanzarlo: en el caso de los *marxistas*, el camino hacia el Reino de la Libertad pasaba por una restricción transitoria de la misma, el camino hacia la desaparición del Estado pasaba por un estado reforzado. Los marxistas se denominarían socialis-

tas o comunistas, haciendo hincapié con esta denominación en la dimensión colectivizada e igualitaria de su movimiento y dejando en segundo plano la dimensión libertaria de su objetivo final. Y justo al contrario, los *bakunistas* se denominarían anarquistas, haciendo hincapié en su mismo nombre en la negación del poder del Estado y dejando en segundo plano la dimensión colectivista. Si unos y otros aspiraban a la desaparición del Estado, los *bakunistas* propugnaban su abolición simultáneamente al fin del capitalismo, mientras que los *marxistas* confiaban en la extinción de un Estado construido sobre el derrocamiento del capitalismo.

Hoy en día podemos considerar superada por la historia dicha polémica entre Marx y Bakunin: en la realidad histórica, el capitalismo ha sido suprimido en un conjunto de países y tras él el Estado ni ha sido abolido ni llevaba trazas de extinguirse, sino que ha adoptado formas despóticas hasta llegar a desmoronarse en la actualidad. Pero dicho desmoronamiento amenaza conducir, no a una *asociación libre de productores iguales, sino al retorno del capitalismo*.

Frente a dicho despotismo burocrático, comunistas occidentales hemos revalorizado la libertad, no con el carácter instrumental del *Libertad, ¿para qué?* de Lenin, sino como un valor intrínseco de la sociedad a la que aspiramos. Pero de la misma forma que Engels advertía (en el prefacio a la edición alemana de 1890 del Manifiesto del Partido Comunista) que «*el socialismo representaba en 1847 un movimiento burgués, el comunismo, un movimiento obrero*», actualmente hay que señalar que el movimiento liberal es igualmente un movimiento burgués, mientras que el libertario corresponde a una tradición obrera.

Y es importante entroncar con dicha tradición libertaria, en aras de que el fin del estatalismo no sea un paso hacia atrás, sino un paso hacia adelante, hacia los ideales emancipatorios de la Primera Internacional.

## El final de la utopía

Y la cuestión a dilucidar es en qué medios dichos ideales emancipatorios son actualmente utópicos: ¿Estamos persiguiendo un fantasma, un simple sueño? ¿Estamos enarbolando una vieja bandera sin ninguna relación con la realidad actual?

Para responder a dicha pregunta hay que analizar en primer lugar las condiciones técnicas objetivas en las que se desenvuelve, o puede desenvolverse en el próximo futuro, la vida social.

Pues lo cierto es que, con el maquinismo propio de la revolución industrial, el trabajador deviene un apéndice de la máquina, con lo que su emancipación efectiva era inviable: por mucho que se proclamara al trabajador propietario colectivo de sus medios de producción, se encontraba maniatado en su capacidad de decisión por las condiciones técnicas de su trabajo, determinado por la máquina más que por su propia habilidad. Ello creaba condiciones objetivas para que la socialización de la propiedad se limitara en buena medida a sustituir al capitalista por el burócrata.

No obstante, con la revolución científico-técnica y la introducción de los ordenadores, las cosas pueden empezar a cambiar: el ordenador es un instrumento de uso múltiple, cuya utilización depende en buena medida de la capacidad y de las acciones del trabajador que lo maneja; de esta manera, las limitaciones no vienen dadas tanto por el instrumento en sí como por la formación del trabajador, y las condiciones sociales en las que se desenvuelve su actividad: es el control por el capitalista o el burócrata, y no la predeterminación por el instrumento, lo que restringe principalmente su libertad.

De este modo, en la medida en que se extiende la revolución científico-técnica se van creando las condiciones técnicas para que los trabajadores se emancipen de capitalistas y burócratas, asumiendo el protagonismo colectivo de su propia actividad. La emancipación deja de ser una utopía desde un punto de vista técnico para convertirse exclusivamente en un problema político y económico.

A partir de este punto, el desarrollo colectivo de la civilización puede y debe dejar de asentarse sobre la represión de los individuos para apoyarse en el pleno desenvolvimiento de su personalidad. Y movimientos emancipatorios como los pacifistas y antimilitaristas, feministas y de liberación sexual, o nacional-populares, con un fuerte contenido antiautoritario, antipatriarcal y antiestatal, encuentran una nueva base objetiva para su acción; es en este sentido que se puede hablar de *novedad* de dichos movimientos, aunque entronquen en antiguas tradiciones de lucha liberadora.

Así, si el desarrollo de la producción colectiva con la gran industria permitía a Marx y Engels hablar del paso del socialismo utópico al científico, la revolución científico-técnica permite hablar del paso del anarquismo utópico al científico.

Sabemos que la revolución científico-técnica, tal como hemos descrito, es todavía embrionaria y se desarrolla de forma muy desigual y localizada; pero es el camino del

futuro, que nos permite hablar, parafraseando a Marcuse, del *final de la utopía* y el comienzo de la lucha por la emancipación posible.

## La organización que necesitamos

Pero la emancipación posible sólo podrá llegar a ser real organizándonos para luchar por ella, sin perjuicio de que la izquierda real, transformadora, busque las vías más amplias y flexibles posibles para coordinarse y actuar unida por objetivos parciales o más inmediatos, como ocurre en España en Izquierda Unida.

Habrán quienes estén por una colectivización y no se planteen la plena desaparición del Estado; habrá quienes propugnen el fin del Estado y tengan reservas sobre una completa colectivización; habrá quienes se planteen la liberación en un ámbito nacional y dejen en segundo plano la emancipación del conjunto de la humanidad; habrá quienes, en fin, se contenten con reformas parciales que mejoren las condiciones de vida de los trabajadores y el pueblo sin cuestionarse la esencia de la explotación y la opresión. Todos ellos tienen un papel que jugar dentro de una Izquierda Unida. Pero los que estamos por la plena emancipación en una humanidad sin clases y sin Estado, sin capitalistas ni burócratas, debemos agruparnos como partido para actuar colectivamente en el seno de la izquierda, de los trabajadores y del pueblo.

Pero nuestro colectivismo, que nos hace comprender la necesidad de actuar unidos, evitando la dispersión de esfuerzos, no debe ser autoritario. No debe conducirnos a un centralismo que anule la autonomía de las partes, subordinándolas mecánicamente al todo. Necesitamos un partido organizado sobre la base de un federalismo democrático, cuyos miembros reflexionen y debatan libremente y actúen unidos en todos los ámbitos y a todos los niveles de la sociedad, tomando autónomamente sus decisiones en cada uno de dichos niveles.

Este partido puede ser el Partido Comunista. Pero llamarse comunista a secas es insuficiente. Y no sólo porque el término *comunismo* haya sido identificado con el estalinismo en crisis, sino porque dicho término no expresa la dimensión libertaria, de lucha contra toda forma de opresión, de nuestros ideales emancipatorios. Y esta dimensión resulta hoy día crucial para resaltar que defendemos un colectivismo no estalinista, basado no en la represión de la libertad individual, sino en su *libre desenvolvimiento*.

Se ha hecho ya habitual adjetivizar como democrático al socialismo que propugnamos; así hablan de *socialismo democrático* desde los socialdemócratas que frente al socialismo estalinista se conforman con un capitalismo humanizado hasta los burócratas reciclados del estalinismo socialista que pretenden mantenerlo bajo formas democráticas. Por el contrario, los que somos comunistas y libertarios queremos terminar con cualquier opresión capitalista, aunque esté humanizada, y con cualquier opresión estatal, aunque tenga formas democráticas. Por ello, nuestro partido debería llamarse Partido Comunista Libertario.

Moscú, 12 de diciembre de 1990

LP



# La mujer popular y su condición

ARIANE GRANSAC

**A** partir del momento en que se quiera hacer una historia que tenga algún sentido, alguna utilidad, eficacia política, no se la podrá hacer correctamente sin estar vinculado, de alguna u otra manera, a los combates librados en este campo.» (Michel Foucault)

En las superficies asfaltadas de las grandes ciudades nadie se da cuenta de nada. Las cafeterías y las tiendas abren sus puertas con las primeras luces del día, mientras que grupos de transeúntes presurosos se sumen en las bocas del metro, cuyas escaleras desaparecen bajo el suelo sin dejar huella alguna. En la superficie nada permite adivinar lo que está pasando ahí, debajo. Ahí, abajo, hombres y mujeres en tropel se agolpan, a diferencia de las bestias, «voluntariamente». Es la «mano de obra» que, al caer la tarde, arrugada y cansada, regresa de la misma manera frenética, corriendo por los dédalos de los corredores y sumergiéndose en los trenes llenos a tope.

En esta muchedumbre, las mujeres son, cuando no la mayoría, por lo menos iguales en número que los hombres, en número de cuerpos cansados... y no puedo dejar de mirar con estupefacción las caras de estas mujeres «liberadas».

«Trabajar fuera», tener una profesión, se consideró como una solución posible para impedir que las mujeres quedaran identificadas al hogar. Reivindicar que las mujeres tengan más facilidades para trabajar en el sistema del mercado fue la punta de lanza de los programas feministas: la primera posibilidad de liberación para las mujeres es trabajar.

Antes de seguir adelante convendrá recordar el origen de la palabra trabajo, sustantivo común de género masculino, pero totalmente vinculado a la idea de mujer, porque viene de **tripalim**, que era el trébede en que la pitonisa, sacerdotisa de Apolo en Delfos, pronunciaba sus oráculos, en trances parecidos a un parto. El **tripalium** llegó a ser después «instrumento de tortura», tres pies para inmovilizar a los animales, etcétera; luego adquiere una significación más moderna: actuar de una manera continuada, con más o menos esfuerzo, para conseguir un resultado útil; más tarde, en el siglo XVI, significa *producir un ingreso*.

Resulta indudable que la palabra **mujer** (ser humano que concibe y da a luz niños — que produce niños) y la palabra **trabajo** son sinónimos, porque la idea de mujer y la de trabajo son, por decirlo así, el origen la una de la otra. Siendo la mujer la primera productora de un valor, por esta misma razón fue la primera moneda... un valor de intercambio por excelencia.<sup>(1)</sup> Y, de primera productora, la mujer pasó a ser la primera explotada (pasando de la idea de «valorizar una cosa» a la de «valor», del que se puede sacar provecho...) ¡Esto ha ocurrido en todas las sociedades humanas!

En la sociedad de clases, en las capas superiores, la mujer es un bien privado, y en las clases bajas, una fuerza de trabajo por explotar, para que produzca hijos (y así renovar la fuerza de trabajo) y para producir un ingreso. En el sistema capitalista, la mujer es un elemento importante del ciclo infernal: produce mercancía y produce niños, que a su vez producirán mercancías y niños, y ella consume mercancías siguiendo produciendo niños que consumirán mercancías...

Al comienzo de la era industrial había una separación neta entre el trabajo productivo y el hogar. Las mujeres constituían una reserva de mano de obra, imprescindible para una producción de temporada e irregular. Cuando estaban en paro las mujeres podían reintegrarse totalmente al hogar. Paralelamente, su papel en la familia evoluciona del siguiente modo: con el desplazamiento de los campesinos hacia las ciudades, y con su proletarización, la mujer va perdiendo su valor para el intercambio de bienes, porque el proletariado es pobre; el sistema también hace fusionar la idea de amor y de matrimonio, porque para las masas laboriosas, que antes no tenían lazos económicos, la atracción mutua y el amor debían representar normalmente las bases del matrimonio. En la familia, en una forma reducida, que garantizaba la manutención del obrero para que éste se pudiera consagrar únicamente al trabajo, el papel de las mujeres (que se ocupan del marido y de los hijos) resulta aún más necesario, y la idea de amor vinculada a la de matrimonio podía ayudar a mantenerlo en unas condiciones de vida muy duras.

Pero el trabajo de las mujeres fue sometido a presiones contradictorias. Por un lado el trabajo en la familia sigue siendo esencial, sobre todo si la familia se reduce, como en el caso de los países desarrollados e industrializados, porque la mujer es el medio más económico para asegurar el mantenimiento de los productores de mercancías, así como porque el contenido ideológico del papel de la mujer, atada al hogar, garantiza cierta seguridad para el sistema de explotación. Pero, por otro lado, el desarro-



llo de la producción conlleva un aumento del volumen de mercancías que deban consumirse, y la creación de nuevos empleos. Más aún, la reducción del tiempo de trabajo, consagrado a las tareas domésticas, reducción posibilitada por los bienes de consumo, liberaba a cierto número de mujeres para la producción de mercancías.<sup>(2)</sup> Con la reforma de la enseñanza, la escolarización gratuita y obligatoria dejaba a la familia sin el provecho del trabajo de los hijos. El trabajo de las mujeres en la producción de mercancías pudo contribuir al mantenimiento del nivel de vida de la familia, y en numerosos casos, a evitar la pobreza. Cabe decirse que es un proceso irreversible, porque la supervivencia de la célula familiar depende, de aquí en adelante, de la existencia de dos salarios. La fuerza de trabajo de las mujeres llega a ser, cada vez más, una parte integrante de la producción de mer-

cancías. Pero el aumento de las tasas de explotación de la familia no modificó sino muy tardíamente la organización del trabajo en el seno de la misma. La mayoría de las mujeres se hallaron sometidas a un doble trabajo.

El trabajo de las mujeres en el exterior no era, en su origen, sino una extensión del trabajo doméstico. Las tareas que estaban vinculadas a la producción familiar correspondieron, naturalmente, a las mujeres. A pesar de numerosos cambios, esto es algo que sigue dándose en la industria. Por ejemplo, la industria textil y la de la confección emplean una nutrida mano de obra femenina, aunque el declive general de estas industrias y la implantación de nuevas máquinas hayan conllevado una reducción del número de mujeres calificadas. La industria alimenticia y la restauración están también, en su mayor parte, destinadas a las

mujeres. Pero el proceso de mecanización en la revolución industrial destruyó las técnicas artesanales y desvalorizó las operaciones del trabajo, esto condujo muy a menudo a que las mujeres reemplazaran a los hombres, porque cuanto más se desvaloriza un trabajo, más se parece a un trabajo doméstico...<sup>(3)</sup>

Hoy por hoy este desarrollo sigue produciéndose, pero, debido al cambio tecnológico y a la racionalización del proceso productivo, las operaciones se han reducido a su más sencilla expresión. Las cualificaciones deben volver a definirse, produciendo nuevas diferenciaciones entre los trabajadores. En la industria metalúrgica de Francia, por ejemplo, la automatización causó una reducción de los empleos destinados a las mujeres, porque se las reemplazó por máquinas, y cuando estas máquinas necesitan un mantenimiento especial, las mujeres son reemplazadas por hombres. La automatización reforzó la segregación entre los hombres y las mujeres. Actualmente, los bajos salarios representan el 33% de los de las mujeres y el 13% de los de los hombres. Lo mismo que el 32% de los asalariados tengan un salario mínimo, la mitad de éstos son obreros especializados. En este campo, las mujeres son mayoritarias (el 64%) y un tercio de ellas trabajan en la industria textil o de confección. En cuanto al paro, actualmente, de los 2.500.000 de parados que hay en Francia 1.700.000 son mujeres. Además, el paro de las mujeres va en aumento, aunque el de los hombres baje.

No vamos a hacer aquí la enumeración de los sectores «reservados» a las mujeres en la sociedad capitalista de los países «privilegiados», es decir, desarrollados, baste con decir que son los empleos peor pagados, los más repetitivos, en general a ritmos cortos, correspondientes al cliché de las llamadas «aptitudes naturales» de las mujeres, procediendo directamente del trabajo que ellas efectúan tradicionalmente en su papel doméstico (pero esta cualificación natural no está reconocida, evidentemente, al nivel de los salarios) y este concepto sirve sobre todo para justificar la existencia de la desigualdad de poder social entre los hombres y las mujeres.

Al nivel de la clase media (incluida la pequeña burguesía) trabajar fuera representó para las mujeres no solamente la esperanza de libertad, sino también cierta independencia. Más instruidas y más calificadas, ocuparon empleos mejor remunerados, lo que les ha permitido vivir solas, según su elección, porque, contrariamente a las fami-

lias obreras que necesitan dos salarios para sobrevivir, un único salario puede ser suficiente para una familia de la clase media. Al contrario, hay una desigualdad de salario, una diferencia del 30%, entre los hombres y las mujeres para un trabajo del mismo nivel (cuadros incluidos).

Si desde el comienzo de la industrialización las mujeres del pueblo trabajaron en la industria, ellas ocuparon fundamentalmente el mercado de trabajo a partir de la I Guerra Mundial, así como las mujeres de la clase media. En efecto, al prolongarse la guerra las mujeres debieron ocupar los empleos y cargos de los hombres fallecidos o que estaban todavía en el frente. Si las mujeres debieron devolver a los hombres sus empleos después de la guerra, algunos sectores les quedaron adjudicados. Mencionaremos un ejemplo entre otro: el del sector de oficinas (secretarías, empleadas de escrituras, luego mecanógrafas) <sup>(4)</sup> que eran ocupados únicamente por los hombres hasta el final del siglo XIX. Los empleos de oficina de hoy día, tanto en las empresas como en la administración pública, están reservados casi exclusivamente para las mujeres.

Las mujeres del pueblo siguen trabajando en las empresas y en trabajos totalmente subalternos, como los domésticos, ventas en los grandes almacenes o cajeras en los supermercados (empleos que ellas comparten con los trabajadores o trabajadoras extranjeros).

Pero el desarrollo de la enseñanza superior y el crecimiento de la intervención del Estado en la socialización de los trabajadores causaron otros cambios en la estructura de los empleos para las mujeres. El predominio de las mujeres en los estratos inferior

res de la enseñanza y del trabajo social no es una coincidencia. Se trata de las instituciones-coartada del capitalismo, que utilizan a las mujeres como rostro humano en el mundo del trabajo —ellas participan cada vez más en la represión de los promotores de disturbios y de los delincuentes—. La asistencia social y la educación son, seguramente, una de las adquisiciones de la lucha obrera, y el trabajo social y la enseñanza resultan necesarios y útiles para el desarrollo humano. Pero justamente en nuestra sociedad tienen una doble función: son, a la vez, una ayuda social y una represión social y política. Las mujeres fueron preparadas para su papel familiar, para ayudar y reprimir. En el exterior del campo doméstico, ellas se convierten en los agentes activos de la intransigencia del sistema social.

Contrariamente al aislamiento de las mujeres en su papel familiar, el principio del trabajo en la producción de mercancías podía hacerlas comprender lo que son la organización y la solidaridad. Es, por lo menos, lo que pensaba la izquierda feminista, para la cual la idea de igualdad de derecho se refería sobre todo a las reivindicaciones para una mejor formación de las mujeres de la clase obrera y la posibilidad de hacerse con una especialización. Pero resulta bien claro que, actualmente, las mujeres se hallan ante un abanico de empleos, más diversificados; esto no es el resultado de un progreso arrancado al sistema, sino que, más bien, es producto de las transformaciones dadas en la estructura de la producción capitalista. El que se hayan abierto nuevos tipos de trabajo para las mujeres no ha transformado su papel último de guardias del hogar, de esposas y de madres. Y esto

sirve para mantenerlas en la categoría de los trabajadores no especializados y mal pagados. El interés de los patronos es siempre el de aislar ciertos grupos de trabajadores acotándoles en ciertos tipos de trabajo, y desactivar las acciones de los trabajadores más radicalizados. La división de la clase obrera permite ejercer cierto control político, y la situación de las mujeres es uno de sus factores, como fuente constante de conflictos entre los trabajadores y las trabajadoras.<sup>(5)</sup> Las mujeres, en la producción de mercancías, están en el mismo nivel que la mano de obra de los inmigrantes y la subclase social (como la población negra en los EE UU) y las críticas emitidas contra estos trabajadores, antiguos colonizados, son idénticas a las críticas lanzadas contra las mujeres.

Los sindicatos desempeñan un doble papel en el sistema capitalista. La estructura oficial del sindicato está particularmente integrada en el Estado y permite a los patronos que hagan previsiones, lo cual reduce las posibilidades de acciones espontáneas y, por consiguiente, incontrollables que pudieran resultar peligrosas para el sistema. Pero, en el nivel de la empresa y del sindicato de base, la organización sindical puede representar una lucha contra los beneficios privados y el control de la fuerza de trabajo. Y si la centralización a nivel nacional refuerza efectivamente el poder del sindicato, esto representa también un peligro de pérdida del control por el militante de base. Eso es particularmente válido para las mujeres, porque ellas están muy poco representadas en las instancias sindicales, a nivel de la base. El militarismo sindical de las mujeres plantea el problema de la democracia en el movimiento obrero. Esto depende de las



contradicciones existentes entre los diversos componentes de la clase obrera, de la importancia que tenga la solidaridad entre los trabajadores mejor y pero retribuidos y los parados. Pero también depende de la igualdad entre los hombres y las mujeres.

14

La naturaleza de la explotación de las mujeres en el centro de trabajo es justamente la misma que la de los trabajadores que cobran los salarios más bajos; por consiguiente, ellas deben organizarse con este sector de los trabajadores, pero deben adquirir también una nueva conciencia de sí mismas, vinculadas a la dignidad y la solidaridad, que les permita organizarse en el centro de trabajo. Y esta nueva conciencia no puede nacer únicamente a partir del trabajo en la producción, sino también en todos los aspectos de la vida de las mujeres, aspectos que contribuyen a mantenerlas en estado de inferioridad. Es un problema que los hombres, incluidos los sindicalistas, descuidan en exceso. De este modo, es preciso que las trabajadoras estén acogidas en igualdad de derechos y representación dentro de las organizaciones de los trabajadores. Aunque las reticencias sigan existiendo y aunque sean las mismas de hace un siglo, cuando el conjunto de las izquierdas consideraba que las mujeres son demasiado conservadoras y demasiado reaccionarias como para tener el derecho a voto...<sup>(6)</sup>

Más allá de las simples reivindicaciones cuantitativas, si se quiere terminar algún día con el engranaje de las reivindicacio-

nes que no modifican sustancialmente la estructura de la sociedad de explotación, porque ésta las recupera casi instantáneamente, debemos intentar concebir ideas y alternativas distintas. En este sentido, no basta que las mujeres se organicen en sindicatos, con el derecho a participar en la elaboración de la política sindical, en pie de igualdad con los hombres, sino que también es preciso que todas y todos juntos creen nuevas formas de organización que establezca una relación entre el centro de trabajo y el hogar. Las mujeres son capaces de ver las cosas que estén detrás de las realidades, cosas que los hombres llegaron ya a considerar como normales. La confrontación del mundo público del trabajo, de la industria, con el mundo privado de la familia, de egoísmo cerrado, está en vías de permitir a las mujeres, bisagra de esta confrontación, que adquieran una nueva conciencia y una nueva visión del mundo. Esta nueva experiencia humana puede llevar a los hombres y las mujeres —si saben crear los vínculos de solidaridad para comunicar y reflexionar entre sí— a una conciencia más clara acerca de la naturaleza del sistema de explotación de los medios que éste utiliza para dividirlos. Conciencia imprescindible a una revolución realmente popular en el orden social, que no se contente con reproducir las estructuras de autoridad y de dominación propias del Estado y el capital, tanto en la vida social como en la vida privada...

## NOTAS

- (1) *En las sociedades llamadas arcaicas y comunitarias, los intercambios de mujeres estaban muy codificados y controlados, siendo incluso objeto de litigios (guerras, raptos y secuestros). Con la llegada de la propiedad privada, la mujer llega a constituir una parte importante del patrimonio familiar y, de este modo, directamente vinculada al dinero, durante los intercambios entre las familias mediante los matrimonios la mujer y la dote pasan directamente de manos de la familia del padre a la familia del yerno.*
- (2) *Desde los años treinta, la absorción de las mujeres casadas en el mercado del trabajo fue comparable, en importancia, a la absorción de la mano de obra agrícola en las primeras empresas industriales.*
- (3) *Resulta bien claro que a las mujeres se les reservaron los trabajos más subalternos y peor pagados, porque ellas salen de la esfera doméstica, donde su trabajo deja de ser necesario, y de este modo su estado resulta también desvalorizado y entran en el mundo del trabajo con esta desventaja, y continúan siendo, con más razón, unas subordinadas, y aún teniendo una perfecta formación para serlo y para seguir siéndolo.*
- (4) *Al desarrollarse la mecanización, las empresas de EE UU que fabricaban máquinas de escribir (Remington) abrieron escuelas de mecanografía en Francia para las mujeres y luego colocaban a sus alumnas en las empresas, junto a sus máquinas de escribir.*
- (5) *En efecto, las mujeres recelan de los hombres por estar éstos mejor pagados y por seguir explotándolas en casa. Por otro lado, los trabajadores desconfían de las mujeres y de su falta de militancia y de conciencia, así como de su sumisión frente al jefe o al patrón.*
- (6) *Resulta evidente que la mayoría de las mujeres están condicionadas por ideas de valor y de trabajo distintas de las que dominan en el mundo del trabajo, porque aún se las educa para la producción familiar.*



Versión española por  
Ramón García Ramírez

LP

# Medios de comunicación, sociedad y democracia

IGNACIO RAMONET

## La era del recelo

**E**SCEPTICISMO. Desconfianza. Incredulidad. Frente a los medios de comunicación y, sobre todo, frente a la televisión, éstos son los sentimientos que dominan al ciudadano. Confusa, pero muy acusadamente, cada uno siente que hay algo que, de manera general, no funciona en el sistema de información. Las mentiras y las mistificaciones de la guerra en el Golfo —*Irak, cuarto ejército del mundo*, *la marea negra del siglo*, *una inexpugnable línea defensiva*, *la guerra quirúrgica*, *la eficacia de los Patriot*, *el bunker de Bagdad*, etcétera— chocaron una vez más a los telespectadores, que sintieron fracturar su subjetividad. Todo esto confirmó *ad nauseam* la fuerte impresión de malestar <sup>(1)</sup> causada por cuestiones como el falso osario de Timisoara <sup>(2)</sup> y las profanaciones de Carpentras <sup>(3)</sup>.

Sobre la guerra del Golfo, si se da crédito a las encuestas, la mayoría de la población francesa se declaraba a favor de la intervención militar, conforme con la posición del presidente de la República y del Gobierno, y en armonía con la tesis defendida por los grandes medios de comunicación. Así pues, el malestar no se produce de una oposición sobre el fondo del asunto; y, naturalmente, nadie niega tampoco la función de la comunicación de masas dentro de una democracia. La información sigue siendo esencial para la buena marcha de la sociedad. Si no existe una buena red de comunicaciones y con el máximo de información, no hay democracia posible. Es gracias a la información que el hombre puede vivir como un

hombre libre. Cada uno está convencido de todo esto; y, sin embargo, los medios de comunicación han entrado en una era de recelo.

No es por primera vez. Durante decenios —los años sesenta y setenta—, en Francia se les reprochaba, especialmente a la televisión, ser un *«instrumento del poder»* y de *«querer manipular las conciencias»* para provecho electoral del partido en el poder. Esta primera época de la desconfianza, esencialmente política, se acabó en 1982 con el final del control directo ejercido por el Gobierno sobre la información y con la creación de la institución que regulaba el funcionamiento de los medios audiovisuales (Alta Autoridad, Comisión Nacional y, posteriormente, el Consejo Superior).

La segunda fase del recelo no tiene el mismo carácter. Se funda en la convicción de que el sistema informativo deja de ser fiable, que está fallando, dando muestras de incompetencia, y que —a veces sin saberlo— puede presentar enormes mentiras por verdades. De aquí, el actual desasosiego ciudadano.

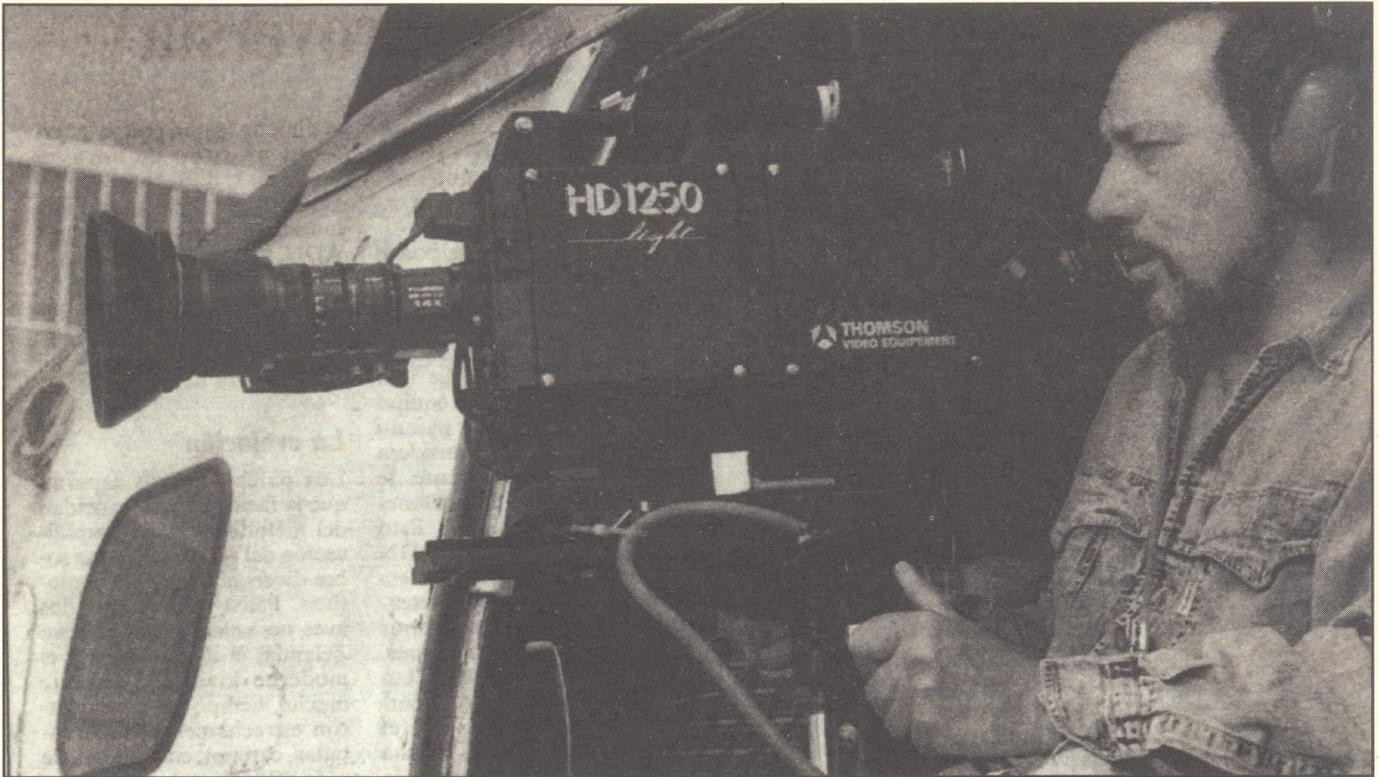
## La televisión dicta las normas

Estamos en una encrucijada en la historia de la información. Dentro de los medios de comunicación, según se ha notado todavía durante la guerra del Golfo, la televisión ha asumido el poder. Desde ahora, es ella la que marca la tónica, la que determina la importancia de las noticias, establece el temario de la actualidad. Hasta no hace mucho, el telediario nocturno se organizaba

basándose las informaciones publicadas, el mismo día, en la prensa escrita; se volvía a encontrar en este telediario la misma clasificación de la información, la misma estructura, el mismo orden. Desde ahora, ocurre en sentido inverso. Es la televisión la que dicta las normas, la que impone su orden y obliga a los otros medios, sobre todo la prensa escrita, a que la sigan. Con motivo del *caso Timisoara*, algunos responsables de periódicos reconocieron públicamente <sup>(4)</sup> que, bajo la impresión causada por las imágenes vistas en la televisión, habían reescrito el texto enviado por sus corresponsales en el lugar, el cual no hablaba nada del *osario*. Desde esa fecha data ya una nueva etapa en la evolución de la información. Un medio de comunicación central —la televisión— es tan impactante en el espíritu del público que los otros medios se sienten obligados a unirse a este impacto, a mantenerlo y a prolongarlo.

Si la televisión se impuso tanto, no se debe solamente a que propusiera un espectáculo, sino porque llegó a ser un medio informativo más rápido que los otros; es, tecnológicamente, apta para transmitir, mediante los satélites, imágenes con la misma velocidad que otros medios transmiten el sonido (teléfono, radio) o el texto escrito (télex, fax).

Al asumir la primacía en la jerarquía de los medios de comunicación, la televisión impone a los otros medios sus propias perversiones. Primeramente, su fascinación por la imagen. Y esta idea fundamental: solamente lo visible merece información. Lo que no sea visible y no tenga imagen, no se puede transmitir por la televisión, luego no



existe. Los acontecimientos generadores de imágenes fuertes (violencias, catástrofes, sufrimientos) adquieren, en este contexto, la primicia en la actualidad: se imponen ante los otros temas aun cuando su importancia absoluta sea secundaria. El impacto emocional producido por las imágenes —sobre todo los de sufrimiento y de muerte— no puede equipararse al que puedan causar los otros medios, incluida la fotografía (baste con pensar en la crisis actual del fotorreportaje).

Obligada a un papel secundario, la prensa escrita cree poder volver a crear la emoción experimentada por los telespectadores en los textos que toquen en los mismos registros afectivos, sentimentales, dirigiéndose antes al corazón que a la razón. En consecuencia, las crisis, aun cuando sean muy graves, si no se presentan a través de imágenes son despreciadas aun por los medios reputados como muy serios.

Esta ley básica de la información moderna no es ignorada por los poderes políticos, que quieren sacar provecho de ello. Así, a propósito de asuntos delicados o comprometedores, se cuidan celosamente de que ninguna imagen salga a la circulación. Se trata de una forma selectiva de censura. Los reportajes escritos, los testimonios orales, pueden difundirse cuando sea necesario, pero nunca surtirán el mismo efecto. Es que, según afirman los expertos en la comunicación, la imagen inutiliza el sonido y el ojo puede más que el oído. Así pues, ciertas imágenes esta-

rán de aquí en adelante bajo una estricta vigilancia. O, más bien, ciertas realidades tienen estrictamente prohibida la imagen. Es el medio más eficaz para ocultarlas. Si no hay imagen, no hay realidad.

A partir de la guerra de Vietnam, los estados mayores de los ejércitos lo comprendieron muy bien. Y desde entonces ninguna guerra, aun declarada por estados democráticos, ha sido objeto de transparencia en materia de información. Astucias, mentiras, silencios se convirtieron en norma, según se ha podido constatar con motivo de las Malvinas, Granada, Panamá y, finalmente, el Golfo.<sup>(5)</sup>

No hay ejército que no lo haya comprendido. La mayoría de los organismos públicos o privados lo saben también y se pertrecharon masivamente de agregados de prensa o responsables de comunicación. Su función: practicar la versión moderna, *democrática*, de la censura. Esto descansa sobre dos figuras de importancia: la retención, forma clásica, información nula; y la saturación, forma contemporánea en la edad de la comunicación que hace que el periodista, efectivamente, se desplome bajo la avalancha de datos, de *dossiers* más o menos interesantes, que le movilizan, le ocupan y, como un cebo, le distraen la atención de lo esencial. Y, además, esto le alienta la pereza: ya no hay que ir buscando la información, es que ésta llega ella misma.

Dos lógicas se están confrontando: la del *todo es imagen*, deseada por la televisión, y

la de la *imagen cero*, defendida por los poderes. La primera conduce a abusos cada vez más frecuentes, como la elaboración de datos falsos, el recurso discreto a los archivos (cf. el cormorán bretón presentado como ave del Golfo, víctima de la marea), la construcción de escenas con la ayuda de actores<sup>(6)</sup> o imágenes de síntesis, el recurso a los videoaficionados que hayan grabado *en vivo* acontecimientos sin importancia, etcétera.

La otra lógica tiene ya un nombre, y se le llama censura. Pero no solamente así, porque en un Estado de derecho, el estatuto de la imagen queda reglamentado. No se graba cualquier cosa, ni a quienquiera. Se necesitan autorizaciones para penetrar con las cámaras en los hospitales, cárceles, cuarteles, comisarías, asilos... Esto resulta comprensible; se trata del respeto a la persona humana. Los militares quisieron prolongar este razonamiento y extenderlo a toda la zona del combate. Pero la guerra, cualquier guerra, procede de lo político, y concierne, de este modo, directamente a los ciudadanos, quienes tienen el derecho a informarse y el derecho a estar informados ¿Los periodistas en el Golfo hicieron bien cuando aceptaron la lógica de los militares, la lógica de los *pools*? Inevitablemente, eso significaba hacerse cómplices en las mentiras.

Parecida confrontación entre lógicas contradictorias se produce en un momento en que la televisión, debido a un avance cualitativo en la tecnología, está en condiciones de presentar, en directo o instantáne-

amente, imágenes desde cualquier punto del planeta. Ella puede desde ahora seguir un acontecimiento (sucesos gacetilla o crisis internacionales) a lo largo de toda su duración. También puede, gracias a las transmisiones por vía satélite y las conexiones múltiples, transformar su acontecimiento en asunto central del planeta, haciendo reaccionar a los principales dirigentes mundiales, las personalidades más destacadas, obligando a los otros medios que la siguieran a que hicieran hincapié en la importancia del acontecimiento, que confirmaran su gravedad y pudieran dar urgente solución del problema ¿Quién puede escaparse a este bombo planetario, Tiananmén, Berlín, Rumanía, el Golfo, y hoy por hoy, la tragedia kurda, que acompasa con tal fuerza la evolución de la actualidad, que todo el resto de la información se difumina, enmudece, se desvanece? Hasta el punto de que algunos hechos de importancia pueden disimularse detrás de la pantalla de los medios y escapar a la atención del mundo.

## Embriaguez por lo directo, por conectar

Los poderes comprendieron ésto también, y aprovechan la distracción de la aldea planetaria, ocupada en seguir apasionadamente un gran *drama* informativo, para efectuar alguna que otra acción censurable. Así pues, Estados Unidos aprovechó la emoción causada por la revolución rumana para invadir Panamá: Moscú se servirá de la guerra del Golfo para tratar de regular sus problemas bálticos y para sacar a E. Honecker de Alemania; el Gobierno israelí aprovechó los espectaculares ataques de los *scud* para reprimir de manera aún más radical las poblaciones civiles de Cisjordania y Gaza, etcétera.

A pesar de estos peligros, la información televisada se abandona a la embriaguez de lo directo, parece poseída por un furor de conectar, de enchufar, de volver a transmitir... La guerra del Golfo llevó esta fiebre al paroxismo. Literalmente, la televisión exhibió sus modernas capacidades tecnológicas, su dominio (no siempre perfecto) de las conexiones; Washington, Amman, Jerusalén, Dahrán, Bagdad, El Cairo... se sucedían vertiginosamente en la pantalla, en una clase de *autozapping* impresionante, embriagador.

Por lo demás ahí se encontraba la información principal: esta aptitud de juntar los extremos del mundo. Porque, por lo demás, este *televisífono* sonaba a hueco. Además de eso, al multiplicar sus conexiones obliga-

ba a los corresponsales a que permanecieran próximos a las antenas móviles, impidiéndoles que fueran en busca de la información *in situ*. La permanente exigencia de los estudios centrales obligaba, por otro lado, a que los reporteros se relacionaran ellos mismos con los otros medios, alimentando de este modo el sistema informacional de diversos rumores, declaraciones carentes de trascendencia y hechos sin averiguar. Lo importante, lo esencial, era que el sistema funcionara, que la máquina comunicara, y no informara. Es éste el principio sobre el que se organiza la cadena CNN, convertida en esta ocasión en el modelo que se debe imitar.

La consecuencia de esta nueva situación, de esta fascinación por lo directo, es el cambio del modelo de representación del telediario. Este obstáculo estructurado como ficción funcionó (y sigue funcionando) basado en una dramaturgia de tipo hollywoodiano. Es una narración dramática en la que se suceden, en una mezcla de géneros, golpes de efecto y cambios de tono (en torno a los tres registros centrales: amor, muerte, humor) y respaldado por el encanto principal de una estrella, es decir, el presentador único: Roger Gicquel o Christine Ockrent, antes, y actualmente Patrick Poivre o Guillaume d'Arvor. En el cine, el encanto no es el de la historia de la *Dama de las Camelias*, ni de *Madame Bovary*, que todos conocen, sino que reside en el cómo Greta Garbo o Isabelle Huppert vuelven a encarnar a estos personajes; de la misma manera, se sabe que en el telediario la información principal no consiste en lo que pasa, sino en cómo el presentador dice lo que está pasando.

Actualmente, este modelo es reemplazado por otro: el del periodismo deportivo. Lo importante son las imágenes del acontecimiento sobre el que, como en una prueba deportiva, no hay mucho que decir. El comentario es mínimo, el papel del presentador va disminuyendo. El periodista se limita a agregar un mínimo de información, porque lo que importa es la fuerza de la imagen. Así como un espectáculo deportivo se puede seguir suprimiendo el sonido, prácticamente, de modo similar se pueden seguir los acontecimientos suprimiendo el comentario. Con ocasión de la caída del muro de Berlín, los presentadores de los diarios televisivos que, sin embargo, se desplazaron allá decían lo que querían decir delante de la cámara, mientras que detrás de ellos la muchedumbre del Este estaba afluyendo hacia el Berlín opulento: «Miren,

*la Historia se está haciendo bajo los ojos de Ustedes.»*

Desde ahora, la televisión cree poder mostrar una «historia que se está haciendo», y cualquiera es suficientemente mayor como para poderlo comprender. Como si bastara con ver un acontecimiento para comprenderlo. Claro que basta con seguir un balón para comprender el espectáculo deportivo. Pero la política no es un deporte e informar no es comentar un partido de fútbol. El periodista que acepte esto se autoelimina como tal, admite que su función resulta prácticamente inútil, que, de ahora en adelante, lo importante es mostrar; el resto sería un puro bla, bla, bla.

De aquí la idea cada vez más difundida por la información en directo y en tiempo real que cualquiera vale para ser periodista, y a la inversa. Así pues, desde el momento que se produce algún acontecimiento los medios de comunicación, sobre todo la radio y la televisión, adoptan la costumbre de establecer contacto con alguien que esté sobre el terreno (baste que hable francés), diga lo que diga: aún cuando sea falso, aun cuando sea poco, aun cuando sea un rumor. Lo importante es la conexión y su efecto de realidad: el que esté hablando está sobre el terreno y esto da una garantía de autenticidad, es un verdadero testigo y es suficiente. Recaída (ruina) de la fascinación por el periodismo de encuesta: un testigo se convierte, en la ideología de lo directo, en un valor absoluto. Hasta el punto de que se trata de transformar al periodista en mero testigo. Se le envía a sitios que no conoce, cuyo contexto sociopolítico también ignora, como ignora la historia, y, recién llegado, su cadena le conecta pidiéndole, en caliente, sus primeras impresiones. Todo esto da la impresión de vivo, todo esto comunica. Es lo esencial.

Frente a estos cambios, el telespectador queda atónito, desorientado. De aquí el malestar. Desorientado porque lo que también cambia —sin que las cadenas mismas lo hayan notado— es la instancia de credibilidad.

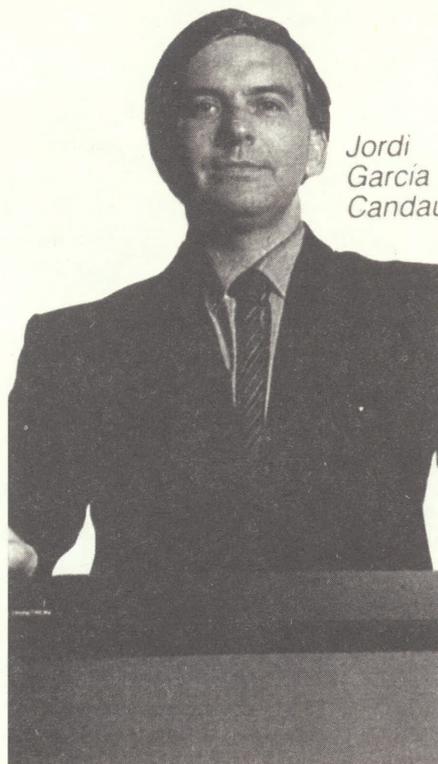
¿Por qué tiene crédito un discurso audiovisual de información? En la historia de la información hay dos modos de credibilización, y nos encontramos en el umbral de un tercero. Primero hubo los *NO-DO* cinematográficos. Cada semana —tal como Marc Ferro lo recuerda todos los sábados en la FR3 en este notable programa que es *La historia paralela*— las salas cinematográficas presentaban un informe sobre la actualidad nacional y mundial, en imágenes y sonido. Sus

imágenes eran asumibles debido al comentario en *off* (este fijaba el sentido de las imágenes) y hacía que este sentido fuera aceptable, evidente. El comentario estaba hecho por una voz anónima, no identificada (ningún crédito en la ficha técnica de la película), era la voz de una abstracción, de una alegría: la de la información. Esta voz, verdaderamente teológica, hablaba a los telespectadores en la oscuridad y el silencio de la sala. Se le daba crédito.

El telediario de modelo hollywoodiano, con las pautas marcadas a principios de los años setenta en Estados Unidos, en la cadena CGS con Walter Cronkite, tenía crédito por razones estrictamente opuestas. La voz que estaba hablando tenía un rostro y un nombre; estaba perfectamente identificada, era la voz del presentador que hablaba al telespectador (gracias al *prompter*) cara a cara, le hablaba cada tarde, era recibido en casa del telespectador. Se establecía una relación de confianza, de conocimiento. Y alguien que además de conocido hable mirando en los ojos no puede mentir. La credibilidad de la información era, por esta razón, aún mayor en la televisión que en los otros medios de comunicación.<sup>(9)</sup>

En el nuevo dispositivo, la figura del presentador se desvanece. La información en directo y en vivo no puede descansar en un presentador único, porque lo agota. Por otro lado, los pasos por el estudio central son muy fugaces. Este estudio funciona más bien como selector, como encrucijada, pero lo importante es la red, el enmallado de corresponsales, la multiplicación de las conexiones, en resumidas cuentas, el tintineo permanente del sistema que ocupa desde ya el primer lugar central. Es un aparato de instrumentación de estimulación electrónica que se muestra, que funciona, que comunica. Y, por el momento, los telespectadores no tienen todavía las pautas necesarias para establecer, con tal despliegue técnico, una relación de confianza imprescindible para la credibilidad. La confianza se alcanza cuando la familiaridad y la confianza con los microordenadores y las máquinas inteligentes hayan convencido que puede uno fiarse de la máquina informativa. Pero, por el momento, nada se parece a la voz abstracta de la información, ni a la presencia risueña de un presentador. Frente al ciudadano se conecta, se conecta, se conecta por las redes, se comunica, pero el ciudadano siente confusamente que queda al margen de todo ello.

Hay que saber que la televisión no es una máquina para producir información,



Jordi  
García  
Candal



sino para reproducir acontecimientos. El objetivo no es el de hacernos comprender una situación, sino hacernos asistir a un acontecimiento. Al malestar ante lo político, gangrenado por los casos, y la deflación de las ideologías se han añadido desde hace tiempo la desconfianza, la repulsa a los periodistas y a los medios de comunicación. La guerra del Golfo y su cobertura por la televisión, la radio y la prensa terminaron por desorientar a los ciudadanos. Tanto más cuanto esta decepción llega en un momento en que el periodismo, como cuarto poder, se presentaba como un recurso posible contra los abusos de los otros tres, la garantía de su control democrático para los ciudadanos. Dotado de los calificativos más halagadores —independiente, íntegro, honesto y riguroso— el periodista emergía de la descomposición general y aparecía como un paladín de la verdad, el fiel aliado del ciudadano indefenso. El asunto Watergate y el papel que desempeñaron algunos periodistas vino a confirmar que aún el hombre más poderoso del planeta —el presidente de Estados Unidos— no podía resistir la fuerza de la verdad cuando ésta era defendida por algunos reporteros sin tacha, incorruptibles. Richard Nixon, abrumado por las revoluciones de *The Washington Post*, tuvo que dimitir.

En el transcurso de los años, el periodista fue verdaderamente presentado como el héroe positivo de las ficciones del realismo democrático (lo mismo que el obrero modélico, el hombre de mármol, era antes el héroe de las ficciones socialistas) ¿Cuántas películas, dramas documentales, programas se consagraron para su mayor gloria, su gesta y su martirio?<sup>(10)</sup>

Durante toda la década de los ochenta, mientras se estaban desplomando —según se decía— las ideologías y desaparecía la mayor parte de los intelectuales célebres, se iba alzando la figura del valiente periodista. Algunos de ellos, en Francia y en otras partes, hasta llegaban a ser nuevos maestros de pensamiento. Consultados por los políticos, seguidos por los ciudadanos, algunos de estos vaticinadores tienen, para la mayoría (nueva muestra de la derrota de la prensa) el estatuto de verdaderos pensadores de nuestro tiempo.

Actualmente están cayendo desde muy alto. Y deben enfrentarse a los sarcasmos y el desafío de los ciudadanos. Algunos de ellos comparten además esta desconfianza (el 84% de los periodistas estima haber sido manipulados durante la guerra del Golfo).<sup>(11)</sup>

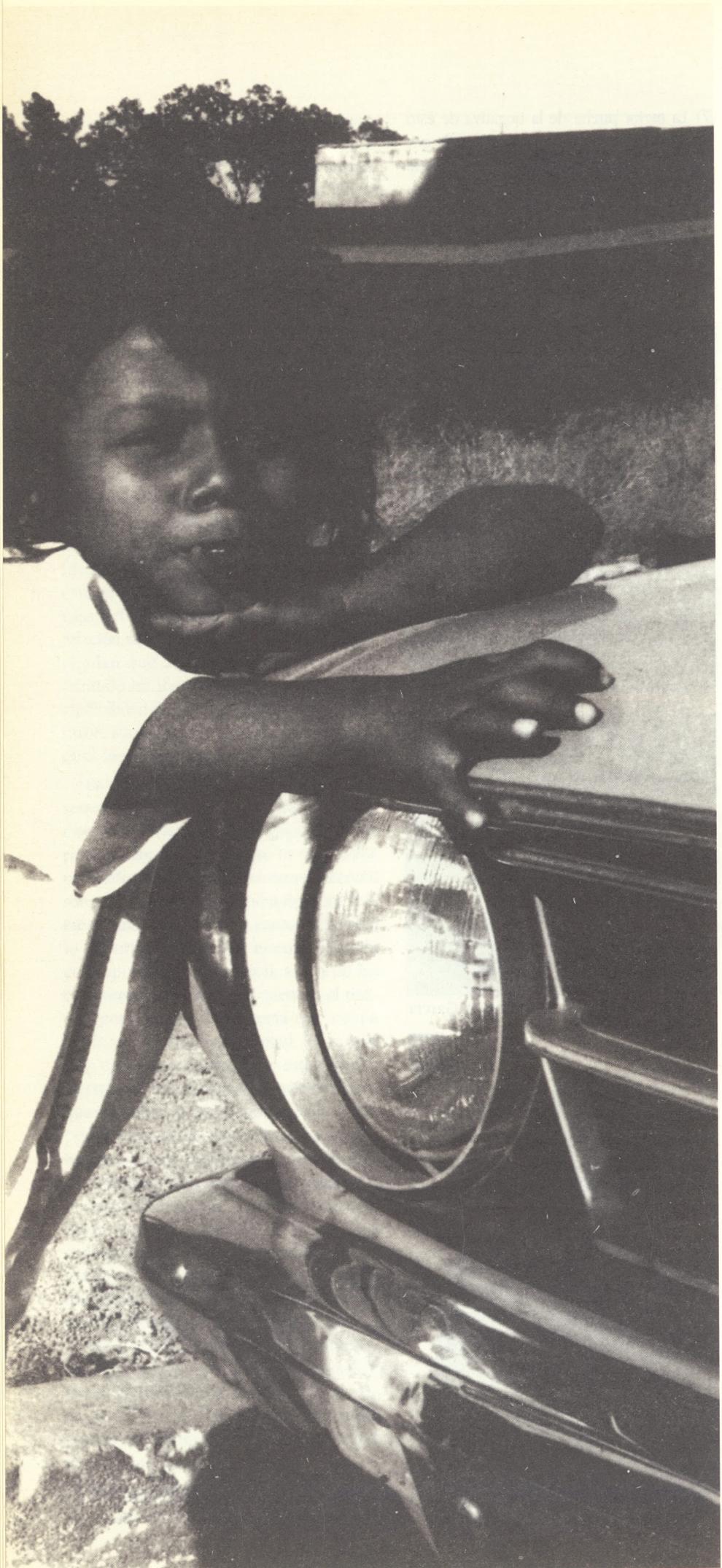
Sin duda, el actual agobio es, en parte, tan inmerecido como el incienso de antes. El público siente muy bien que de una información de alta calidad depende su mejor o peor participación en la vida pública y, por consiguiente, la calidad de la democracia. Pero el ciudadano se deja llevar por la promesa hecha por la televisión —divertirle e informarle a la vez, presentándole un espectáculo intermitente, apasionante como una película de aventuras—. De este modo surge la contradicción; y ante una información que sigue desde ahora, hasta el paroxismo, la lógica del suspense y del espectáculo, el ciudadano va comprendiendo los peligros que su abandono y su fascinación pueden hacerle correr. Descubre que informarse es fatigarse. Y que la democracia tiene ese precio.

#### NOTAS

- (1) Léase al respecto los dossiers: *Malaise dans les médias/Malestar en los medios de comunicación* en **Le Débat**, nº 60, mayo-agosto 1990; *Où va le journalisme?/¿Adónde va el periodismo?* en **Esprit**, diciembre 1990; *Les journalistes sont-ils crédibles?/¿Son creíbles los periodistas?* Ediciones Reporters sans Frontières 1991; y *Television et deontologie/Televisión y deontología* en **Dossiers del audiovisual/dossiers dels audiovisuals**, nº 36, marzo-abril 1991.
- (2) Sobre este tema léase, entre otros, Michael Castex, *Un mensonge gros comme le siècle/Una mentira más grande que el mundo*, Albin Michel, París, 1990; y el dossier *Roumanie, qui a menti?/Rumania ¿quién ha mentido?* Edicions Reporters sans Frontières, Montpellier, 1990.
- (3) Cf. Paul Yonnete, *La Machine Carpentras/ La máquina Carpentras*, **Le Débat**, nº 60, noviembre 1990.
- (4) **Libération**, 4 de abril 1990.
- (5) Lo cual quedó ampliamente confirmado durante el coloquio internacional *Guerres et télévisions/Guerras y televisiones*, organizado por el Centro de Investigaciones de Acción Cultural de Valence (con la colaboración de **Le Monde Diplomatique**) en abril de 1990; léase **Libération**, 10 de abril de 1991 y **Le Monde** suplemento Radio-Télévision), 14 de abril 1991.
- (6) Léase Mouny Berrach, *A l'Heure des informations hyperréalistes/A la hora de las informaciones hiperrealistas*, **Le Monde Diplomatique**, agosto de 1990.
- (7) La mejor pueba de la negativa de esto es la campaña publicitaria lanzada por La 5 el pasado mes de abril presentado a Guillaume Durand con la cara enmascarada por el cartel siguiente: *La star de l'info c'est l'info/La estrella de la información es la información*.
- (8) Léase Ignacio Ramonet, *La télévision, loins des fronts/La televisión, lejos de los frentes de combate*, **Le Monde Diplomatique**, febrero de 1991; léase también Robert Menard, *Entretien avec Ignacio Ramonet/Conversaciones con Ignacio Ramonet*, *Lettre de Reporters sans Frontières/Carta de los periodistas sin fronteras*, marzo 1991.
- (9) Desde hace veinte años, cuando se hacía la pregunta de: *si a propósito de un mismo acontecimiento, la televisión, la radio o la prensa dicen cosas distintas, ¿a quién da usted más crédito?* La mayoría de las personas interrogadas respondían sistemáticamente: *la televisión*. Señal de la nueva era del recelo es un sondeo del pasado marzo de 1991 sobre la credibilidad de la televisión: por primera vez, la televisión deja de ocupar el primer lugar (Cf. **Dossiers de l'Audiovisuel/Dossiers de los Audiovisual**, nº 36).
- (10) Léase, por ejemplo, nuestro dossier *Héroes de la presse/Héroes de la prensa*, **Le Monde Diplomatique**, septiembre 1983.
- (11) Alain Wodrow, *Information Manipulation /Manipulación de la información*. **Ed. du Félin**, 1991, p. 13.

Versión española por Ramón García Ramírez





[The text in this section is extremely faint and illegible, appearing as a series of light-colored lines on a dark background.]

# 500 años de conquista y resistencia en torno al quinto centenario

RUI MANUEL GRACIO DAS NEVES

## 1. La ideología Quintocentenarista y sus alternativas

LA campaña oficial del Quinto Centenario del descubrimiento/encubrimiento de América ha empezado a asomar decididamente sus narices. Como rezan los carteles públicos: «¿Qué narices es eso de la Expo 92?». Y se autocontesta en otro cartel, en boca de Curro, la mascota oficial: Expo 92, lo mejor del mundo.

En nuestra opinión, dichas narices son como las de Pinocho, que crecen y crecen a medida que aumentan las mentiras de lo que subyace por detrás de todo este montaje: los grandes negocios a nivel estatal y con América Latina, la ingente maniobra de autobombo y de prestigio internacional del Estado español (el Quinto Centenario es un proyecto estatal), de *marketing* político, vendiendo a buen precio político la transición española a las *democraduras* latinoamericanas y abriendo mayores espacios estratégicos de penetración al capitalismo europeo en el continente sub-americano, dentro de la filosofía del *Acta Única* del 92.

Lo de menos es entonces llevar a cabo un análisis serio, objetivo y ecuánime de lo que fue la conquista de 1492 y de cuáles fueron sus *verdaderas* motivaciones económicas, políticas, geoestratégicas, culturales y religio-

sas. Nos hace falta, desde luego, un Quinto Centenario del desenmascaramiento.

No queremos caer, por otra parte, en maniqueísmos simplistas, que dividen y etiquetan la historia en «buenos» y «malos», aunque en esta película los malos sean los *invasores ibéricos*. En realidad, tenemos que ir más al fondo de la cuestión. Debemos más bien desenmascarar el *proyecto histórico colonizador* que subyace al descubrimiento de América. Es ésta una tarea urgente.

Pero el Quinto Centenario resulta ser un tema amplísimo. Implica abordar cuestiones de ámbito ecológico (destrucción de la Amazonía, enajenación del patrimonio ecológico nacional), de historia (leyéndola en la óptica de los vencidos)<sup>(2)</sup>, economía (nacimiento del capitalismo como mercantilismo, dependencia estructural)<sup>(3)</sup>, política (imperialismo en las relaciones norte-sur), geoestrategia (Doctrina de la Seguridad Nacional), religión (Teología de la Liberación e Iglesia Popular frente a religión alienante y opio del pueblo), etcétera.

Aquí nos limitaremos a aportar unas cuantas *claves de interpretación*, claves que nos permitirán analizar el Quinto Centenario de una manera más crítica, objetiva y seria que la oficial.

Nuestra *opción hermenéutica* es desde la *solidaridad con América Latina*, (AL),

No quiero para mí tantas desgracias.  
No quiero continuar de raíz y de tumba,  
de subterráneo solo, de bodega con muertos  
ateridos, muriéndome de pena<sup>(1)</sup>

con sus pueblos y naciones indígenas, exterminados y en proceso de desaparecer; con sus clases populares, machacadas y hundidas; con sus trabajadores, razas, mujeres y niños, reducidos a esclavitudes antiguas y modernas; con sus culturas, filosofías y religiones, etcétera.

Este tema del Quinto Centenario es crucial: desde él nos jugamos qué mundo es el que queremos (¿qué clase de *Nuevo Orden Internacional*?) y qué Europa deseamos construir (¿una Confederación Europea cerrada sobre sí misma, sin que los inmigrantes provenientes del Tercer Mundo nos ensucien la alfombra de la casa común, o por el contrario queremos una Europa *solidaria* con el Tercer Mundo, de tal modo que le abra espacios económicos y políticos, de tal modo que puedan sus pueblos avanzar en autodeterminación libre?) De nosotros/as depende.

## 2. En torno al Manifiesto contra la celebración del Quinto Centenario (Comisión de Madrid)

Me gustaría ahora pasar a comentar brevemente el Manifiesto elaborado por la Comisión de Madrid contra la Celebración del Quinto Centenario.

En este documento se apunta muy claramente la idea de que en las celebraciones de 1992 la cuestión de fondo es una tremenda *lucha hermenéutica*, una lucha entre dos interpretaciones antagónicas, de lo que fue y representó la llegada de los ibéricos a América, así como todo el proceso de conquista. Por una parte está la interpretación oficialista y tradicional, que considera que ese período fue expresión de ilustres hazañas de los conquistadores, los cuales, movidos por el deseo de fama y desinteresadamente, se embarcaron rumbo a lo desconocido y con gran sentido de la aventura, realizando así una magnífica labor civilizadora de perenne memoria.

Frente a esta interpretación, considerada ideológica, (oculta, invierte y falsea la realidad histórica), desmentida por los hechos, están (estamos) quienes pensamos que los *verdaderos* motivos de los conquistadores fueron la obtención de lucro y ganancias materiales (oro, plata, materias primas, tierras, esclavos...). Sin duda, estos fueron los auténticos motivos, la base y el motor de todo el proceso de la conquista.

A su base había todo un *proyecto colonial*, y es sobre este proyecto sobre el que debemos reflexionar políticamente. Motiva-

ciones económicas, tales como la necesidad imperiosa de abrir nuevos mercados y encontrar nuevas materias primas —también el comercio de la sal y la pimienta— para el incipiente capitalismo de la época<sup>(4)</sup>, junto con factores políticos y geoestratégicos de expansionismo de los imperios de aquel entonces.

Así, el Tratado de Tordesillas (7 de junio de 1494) fue el verdadero Yalta de las dos potencias dominantes de aquel entonces: España y Portugal. Igualmente el «*Dilatar a Fé e o Imperio*» —lema portugués de los «*Descubrimientos*»— dio como resultado toda una empresa que, posiblemente, puede haber tenido algunos elementos positivos, pero cuyos objetivos, métodos, filosofía y, sobre todo, proyecto económico— hay que decirlo claro— fueron realmente opresores, explotadores y genocidas.

¿Cómo celebrar entonces todo este macrogenocidio?

Al mismo tiempo, la colonización —posteriormente francesa, holandesa, alemana y anglosajona— representó el origen de toda una perversa dinámica de integración desigualitaria, subsidiaria, tributaria y dependiente por parte de AL y el Caribe con respecto a los grandes centros económicos y políticos

mundiales. Con ello se les negó efectivamente la identidad y la conciencia histórica a los pueblos latinoamericanos, principalmente a los americanos, sus legítimos habitantes.

La misma evangelización oficial se convirtió *objetivamente* en uno de los elementos básicos de la legitimación de la barbarie colonialista. Sin embargo, también se dieron voces alternativas que, desde el Evangelio, optaron radicalmente por el indio oprimido. Estas voces siguen resonando todavía en las y los cristianos comprometidos/as en los diferentes procesos de liberación y de luchas populares a lo largo y ancho del continente.

Para los habitantes del continente americano la Conquista tuvo realmente unas consecuencias devastadoras: genocidio y etnocidio; saqueo y usurpación de sus tierras; destrozo ecológico (hoy agigantado); opresión y represión extrema de sus mujeres nativas; desposesión de sus formas de gobierno, religión y cultura; desarrollo a gran escala del trabajo servil y del tráfico de esclavos, incluidos los millares de personas de raza negra arrancados violentamente de África<sup>(5)</sup> implantación de enfermedades desconocidas que diezmaron gravemente la población autóctona.

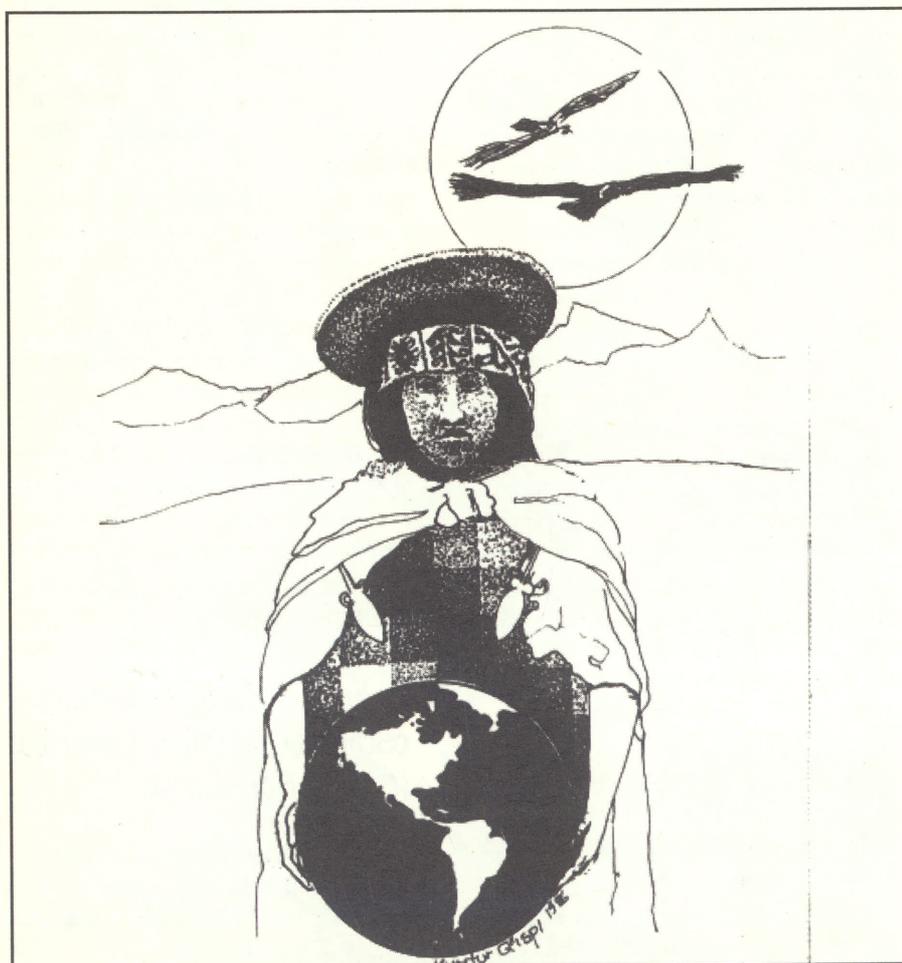
Como se ha dicho ya acertadamente en otras ocasiones, no hubo tal propagandístico encuentro de culturas, sino más bien un fuerte y terrible «encontronazo», del que, como veremos más adelante, todavía sigue resistiéndose América Latina, pues sus pueblos siguen esclavos de la deuda externa, de los intereses de las multinacionales, de la economía de intercambios escandalosamente desigual, de los centros de poder político del norte del hemisferio.

Por eso, cuando se habla de la magna «gesta civilizadora» de Europa en América Latina, deberíamos más bien adjectivar ese hecho con las palabras de José Martí: «*Civilización devastadora: dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso.*»<sup>(6)</sup>

Se torna necesario, por consiguiente, profundizar en estos hechos, no quedándonos en los meros fenómenos sino estudiando la lógica del proceso, viendo sus dos lógicas antagónicas.

### 3. La lógica del dominador y la lógica de la resistencia/liberación

Para entender la lógica del dominador necesitamos entender su proceso histórico en AL. De una manera esquemática, sus formas concretas han sido las siguientes:



### 3.1. Con la conquista

Es la lógica del *lucro*. El conquistador es el dominador de la tierra y del oro, es decir, de la riqueza. Esta lógica del lucro implica a su vez la subordinación del indígena y la dominación del esclavo africano como mano de obra del proyecto de la conquista. Ello implicaba la *dominación del imaginario colectivo*. A nivel antropológico se trata de la dominación del blanco (símbolo del bien) sobre el negro (símbolo del mal) y sobre el indígena (simbología variada: como animal, semihumano o niño pequeño). A nivel teológico se expresa en la teología del poder y de la violencia de Hernán Cortés. En este tipo de teología, el dios de los cristianos era el verdadero porque era *el más fuerte*, capaz por lo tanto de vencer y aniquilar los dioses indígenas («ídolos»). Es la lógica de la aniquilación, cuyo esquema teológico es:

DIOS-VERDAD-PODER-FUERZA-ANIQUILACION

Esta es normalmente la teología de los vencedores. El dios *verdadero* es siempre el dios *más fuerte*, el que se impone sobre los demás y es capaz de derrotarlos y reducirlos a la nada.

Es la misma lógica de aquella famosa coplilla:

Vinieron los sarracenos  
y nos molieron a palos  
que dios ama a los malos  
cuando son más que los buenos

### 3.2. Con la colonia

La lógica de la dominación es aquí *extrínseca*. El poder último y decisivo está en la metrópoli. Las élites locales son dependientes y subordinadas de las potencias colonizadoras. Incluso los altos puestos eclesiásticos están en las manos de los colonizadores. La principal consecuencia de esto es que los trabajadores/as (indígenas, esclavos africanos) son *objetualizados*, *cosificados*. Son puros medios materiales para producir riqueza, meras fuerzas de producción que pertenecen a sus dueños. No son considerados seres humanos.

A nivel simbólico, esto implica ir más allá de la mera *religión de la resignación*. Es necesario una *religiosidad de la participación*. Es preciso participar o colaborar con el *dios de los vencedores*, participar de sus bendiciones y prebendas. Es un gran privilegio someterse. Hay que adorar al *dios de la victoria* (de la misma manera que hoy hay que adorar al dios capital o al dios mercado). Es en esta época cuando proliferan las Vírgenes y Santas Marías de la Victoria. Por lo tanto, o sometimiento o muerte (física o cultural).

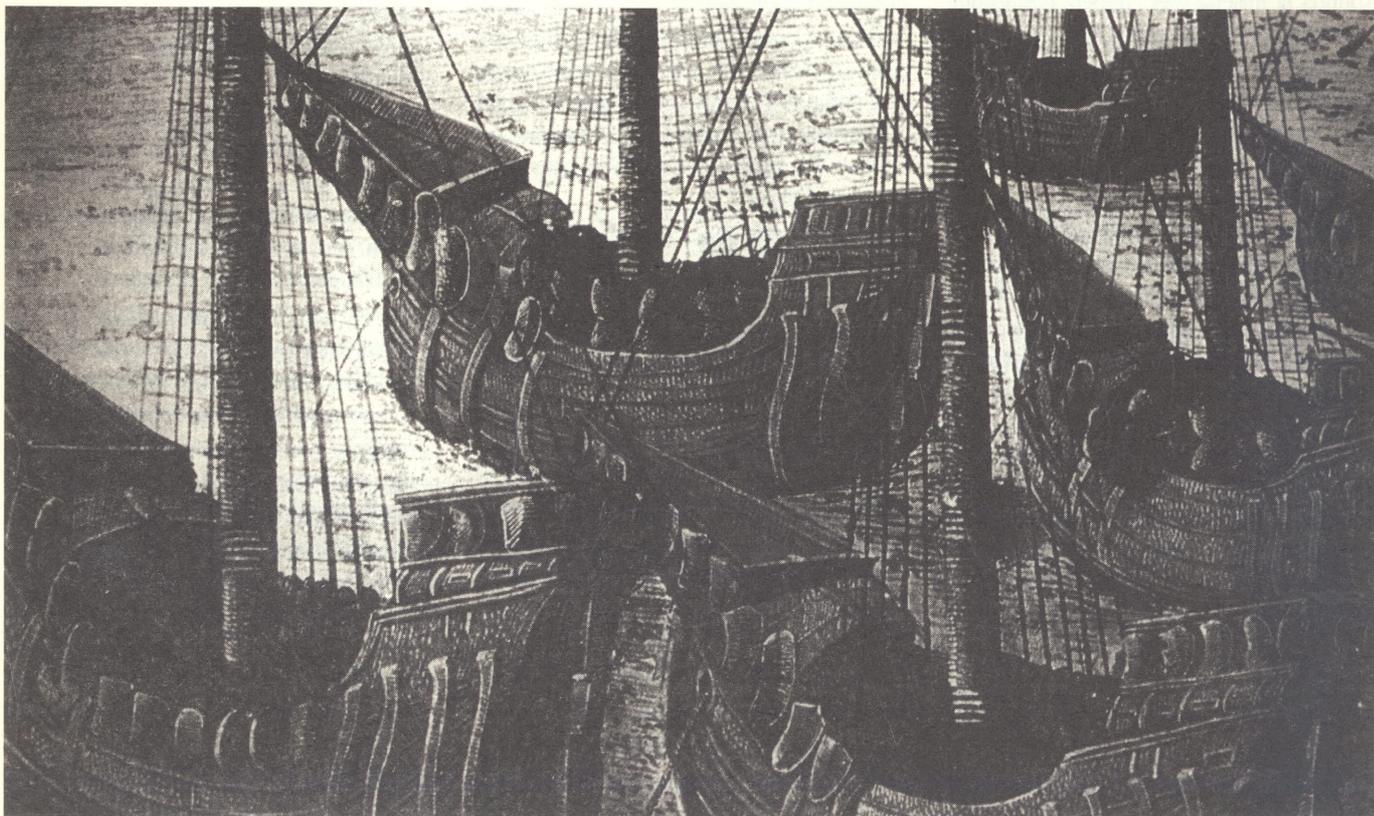
### 3.3 Con la independencia

Va a resultar peor para el pueblo llano, porque queda a merced de sus nuevos señores, los criollos y mestizos, descendien-

tes de europeos. La oligarquía criolla no tiene frenos ni va a poder ser controlada o fiscalizada. Se pierden algunos apoyos internacionales, como es el caso de aquella parte de la Iglesia que había apostado con claridad, jugándose el tipo, por el pueblo y por sus sectores oprimidos en contra de los terratenientes, poderes locales opresores y exterminadores de indios.

Se consolida la lógica del dominador como un *círculo cerrado de la identidad*. Los valores culturales y éticos que no se integran en aquellos de los descendientes de los vencedores son considerados inferiores y despreciados. Hace años se hablaba del WASP (iniciales inglesas de *white, anglo-saxon, protestant*; es decir blanco, anglosajón, protestante). Estos son los valores dominantes. Los que se apartan de ellos, las culturas indígenas africanas, que son culturas muy distintas, son consideradas inferiores, de segunda o tercera clase.

Tocamos aquí fondo a la cuestión. Se contraponen la lógica de la identidad (lógica del dominador) a la lógica de la diferencia (lógica del dominado-resistente). Para el dominador *lo diferente es inferior*. El otro (el amerindio, el negro, la mujer...) representa culturas diferentes, divergentes, y por eso inferiores. Podemos hablar entonces de una *tirano-cultura dominante*. La lógica de la dominación es la lógica del universal abstracto, unívoco, aplastante. Confunde la unidad (en la diversidad) con la uniformidad



centralizadora. La lógica de la dominación es, en definitiva, la lógica de la exclusión. Es una lógica que contradice la lógica del pobre, que es una lógica de la diferencia igualitaria y de la comunicación. Por el contrario, la lógica del dominador es una lógica de muerte, porque convierte al otro en un mero objeto explotable, no sólo a nivel humano, sino también a nivel de naturaleza.

Así, para el dominador, el otro, el americano, el negro, no son humanos. <sup>(7)</sup> En el mejor de los casos, no son considerados como seres humanos adultos (aquí se hallan también fundamentadas las actitudes políticas paternalistas y populistas.)

### 3.4. Con la Transnacionalización

Estamos en nuestros días, donde se da una articulación estratégica de las oligarquías nacionales con las transnacionales (por ejemplo, las ventajas mutuas al abordar la cuestión de la deuda externa). Se da en esta etapa una amplia y sofisticada dominación, con una sólida articulación entre las compañías multinacionales y los centros de poder político del capitalismo mundial, junto con las burguesías nacionales latinoamericanas. De todas formas, es preciso resaltar que estas burguesías nacionales no son fuertes, sino de segunda categoría, incapaces de determinar totalmente la política nacional

Así la situación de la clase obrera y campesina se torna muy difícil y compleja. Abunda la miseria y el lumpen, con lo que la claridad del antagonismo se reduce, pues para una gran parte de la población de AL no existe un patrón claro al que poder enfrentarse. Ser clase obrera, poder ser explotado, se está convirtiendo hoy en un privilegio en AL.

En este subcontinente, el 80% de la población es pobre. Hablar de pueblo es hablar de mayorías empobrecidas. En Brasil, por ejemplo, las dos terceras partes de la población (unos 100 millones de habitantes) sobreviven con unos 100 dólares-USA *por mes*, lo cual es meterse en la frontera de la miseria. Ello explica que la lógica de estas mayorías, del lumpen, sea una lógica de lo inmediato, de intentar encontrar salidas en el momento. De alguna manera esto explica el éxito de las sectas fundamentalistas protestantes en los medios pobres o las salidas individualistas y populares explosivas.

Hay además toda una práctica sibilina y subliminar, muy eficaz, de trabajar la *lógica del deseo* de las masas, indentificándose con los que triunfan (por ejemplo, el fenómeno Collor de Mello en Brasil: todo

un trabajo excepcional de *marketing* político para las clases subalternas). Uno termina identificándose con lo que quisiera ser. Podemos concluir de aquí que no es ni mucho menos mecánica y unívoca la lucha radical por parte de los más empobrecidos/as y machacados/as. A este nivel, también pueden darse posturas de claro fascismo y autodesprecio, o salidas apocalíptico-milenaristas, tipo sectas religiosas fundamentalistas.

Frente a todo esto, frente a esta lógica de la dominación, es necesario resaltar y repetir una y otra vez que se dio en AL toda una lógica de la resistencia, rebeldía y liberación por parte de los diversos estratos sociales oprimidos. A veces esto asumió formas sutiles, de humor político, de organizaciones clandestinas de resistencia, y otras más claramente de fuerte confrontación. Los vencedores siempre tienden a borrar las huellas subversivas de los vencidos. Pero es imprescindible recordar la verdad histórica de que *AL todavía no ha sido definitivamente conquistada*. Ayer, como hoy, se han dado y se dan resistencias y luchas de liberación frente al poder dominante. La dinámica de la vida es persistente y combativa. Veamos sólo algunos ejemplos históricos, muy significativos (dejo ahora aparte todos esos/as luchadores/as anónimos/as, especialmente la capacidad de lucha de las mujeres, de todos aquellos/as que han dado su sangre por la causa de los pobres, sin aspavientos ni grandes publicidades):

- El alzamiento de los indios diaguitas (1630-1643), con su bravo cacique Juan Chalimín al frente, cuya sangre fue un símbolo para América y la indianidad. Al final fue apresado, asesinado y descuartizado (1643). <sup>(8)</sup>
- El líder afrobrasileño Zumbi (asesinado en 1695), gran organizador de los *quilombos*, verdaderas macrocomunidades de negros (y no sólo), escapados de la esclavitud y estructurados esos *quilombos* a nivel económico, política, social y militarmente. El principal fue el de Palomares, que llegó a tener 20.000 habitantes.
- Tupac-Amaru (asesinado en 1702), que sublevó a los indios en contra del dominio español, deseando reconstruir el imperio de los incas.
- Simón Bolívar (1783-1830), el Libertador, con su utopía militante de la Patria Grande, gran adalid de los movimientos independentistas de los pueblos latinoamericanos.
- Más recientemente, la tradición de los

sacerdotes revolucionarios, como el cura Hidalgo (fusilado en 1811), Morelos (muerto en 1815) y Camilo Torres (muerto en combate en 1966).

- Igualmente, los guerrilleros Pancho Villa (1877-1923), Emiliano Zapata (1880-1919) y Ernesto Che Guevara (asesinado en Bolivia en 1967).
- Las experiencias colectivas de la revolución cubana (1959) y la nicaragüense sandinista (1979), etcétera. <sup>(9)</sup>

Por consiguiente, Amerindia-Afro-Latinoamérica siempre ha resistido y lo sigue haciendo, porque el proyecto de la conquista no terminó en los primeros años post-1492, sino que sigue dándose hoy. Como se escucha al final del texto n° 1 del citado disco de Víctor Heredia: «*No nos han vencido. Hoy, al igual que ayer, todavía peleamos por nuestra libertad.*»

En este sentido, me parece que los puntos centrales de esta *lógica de la resistencia/liberación* serían los siguientes:

- Conciencia de ser oprimidos, explotados, machacados, por dominadores, genocidas, tiranos explotadores. Esta conciencia será tanto más fuerte cuanto antes se haya experimentado colectivamente una vida en libertad.
- Grado importante de conciencia de clase, de grupo, de ser un mismo pueblo (por ejemplo, pueblos y naciones amerindias), conciencia del nosotros.
- Identificación propia con una cultura distinta de la de los vencedores, con valores alternativos.
- Capacidad de intersolidaridad entre los mismos oprimidos/as, que lleva en fases posteriores a una autoorganización y a luchas más fuertes por la autodeterminación, que es vivido como algo irrenunciable, como el pan y el alimento.
- Práctica de relaciones mínimamente igualitarias entre sus miembros, frente a la lógica del autoritarismo, del palo y la prepotencia del quitar la palabra al oprimido/a. Una fuerte voluntad de igualdad hacia afuera, en contextos tremendamente asimétricos injustos.
- Grados muy aceptables de participación comunitaria en la gestión, decisión y ejecución de las tareas, formulación de objetivos, estrategias y tácticas, vida cotidiana. Hacia afuera, una reivindicación muy fuerte de participación y de toma de la palabra por parte de los aplastados/as.
- Un alto nivel de esperanza histórica de

transformación social (resistencia moral), capacidad de sufrimiento y de lucha frente a los enormes obstáculos, represión y muertes.

#### 4. La situación actual. La lucha continúa

Veamos algunos aspectos de la situación actual de AL.

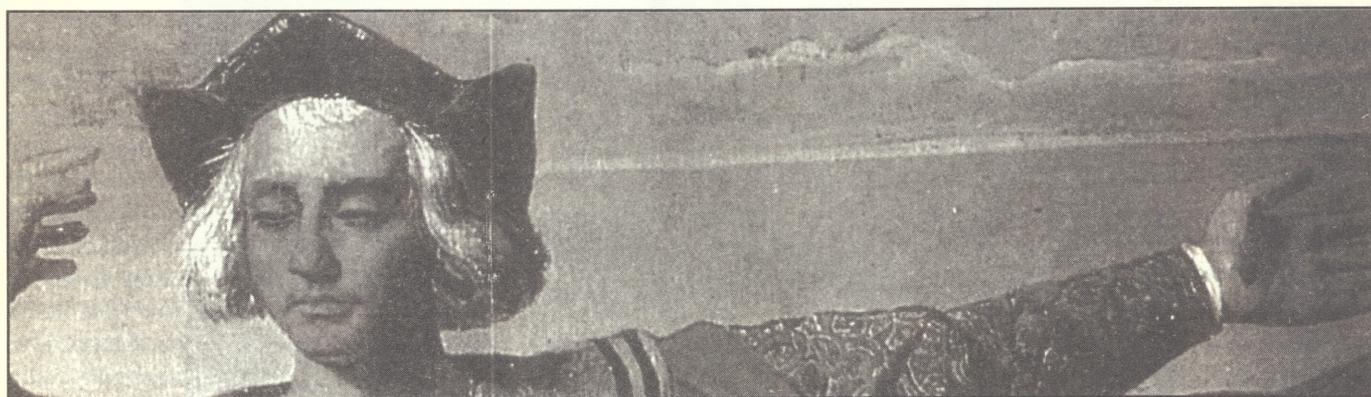
4.1. El neocapitalismo ha experimentado en la década de los ochenta importantes modificaciones, pero sin alterar su esencia contradictoria y explotadora. Las nuevas tecnologías del tecnocapitalismo contemporáneo han acelerado su proceso de acumulación de plusvalías y excedentes, al mismo

G7, los siete países más industrializados del mundo: Alemania, Francia, Reino Unido, Italia, EUA, Canadá y Japón).

Es claro entonces que en este contexto de mercado total o de imperialismo de mercado, AL no pinta nada de significativo. La década de los ochenta ha sido denominada por los economistas latinoamericanos como la década perdida. En lógica capitalista, el capital busca siempre al capital, espacios privilegiados donde poder reproducirse con más fuerza, y desde luego AL es un continente muy poco interesante para invertir, porque es un continente empobrecido y sin grandes tecnologías de punta (al igual que Africa y gran parte de Asia). Para el capitalismo europeo es más interesante ahora

bajadores de AL para que sus productos puedan ser competitivos en el mercado mundial (dado que los países del primer mundo controlan la tecnología de punta para sí mismos y AL no tiene chance de obtener una tecnología así). Además provoca hambre en las clases populares, porque los alimentos son robados de la boca del pueblo, para exportar, y no hay el más mínimo interés en incorporar a dichas clases populares en el circuito del mercado normal.

Algunos economistas han llegado a decir que probablemente sólo el 10% de la deuda externa es suficiente para comprar todas aquellas industrias de AL que tengan interés para los compradores extranjeros. Y que, además, aproximadamente la mitad del valor nominal de la deuda externa es ficticio, pues



tiempo que han supuesto un duro golpe para la organización de la fuerza de trabajo, agudizando más si cabe las contradicciones entre tecnología y mano de obra. Ha conseguido así frenar los avances precedentes de los trabajadores de los años sesenta y parte de los setenta.

Por otra parte, las relaciones económicas se han mundializado totalmente. Sin embargo, no se trata de relaciones igualitarias, sino fuertemente *asimétricas*, hay países de capitalismo completamente dependiente y países que deciden sobre las políticas y estrategias económicas a aplicar.

Se da un fuerte reajuste de las fuerzas capitalistas mundiales, especialmente desde la caída del sistema de los países del este europeo. Se observa una intensa competitividad entre Japón, el Mercado Común (con Alemania a la cabeza) y EUA (en franco retroceso económico estructural). Pese a estas luchas económicas, esto no quiere decir que no tengan espacios de colaboración entre ellos en los que se refiere a las «reglas de juego» a nivel económico mundial y también político (cfr. los encuentros del

invertir en la antigua Europa del Este. De todas formas, esto no quiere decir que no tenga interés en absoluto, porque las burguesías de AL siguen pudiendo y queriendo llevar un tren de vida europeo. Lo que al capitalismo no le interesa nada son las clases populares de AL (y del mundo).

4.2. Las deudas externas se han tornado impagables para los países de AL. La razón estriba en que el automatismo financiero de los intereses crece exponencialmente, mientras que la tasa de crecimiento de estos países crece a un ritmo mucho más lento. Por consiguiente, el desfase entre el crecimiento de los intereses por mero automatismo financiero y el crecimiento de estos países es cada vez mayor y sigue aumentando. Si a esto se juntan las medidas proteccionistas de importaciones por parte de los países del primer mundo, se entiende que cada vez es más difícil generar superávits en las balanzas comerciales, para poder pagar al menos parte de los intereses.

Este mecanismo está haciendo de las economías latinoamericanas meras economías exportadoras (en muchos casos agroexportadoras), pagando salarios bajísimos a los tra-

es generado única y exclusivamente por el automatismo de los intereses.<sup>(10)</sup>

4.3. Todo esto está provocando una progresiva dualización, asimetría y desvertebración de las formaciones sociales de AL. Hay que resaltar además el fenómeno creciente de la degradación ecológica, que es verdad que alcanza a todos los países del mundo (porque el capitalismo no sólo es agresivo con los trabajadores/as, sino también con la naturaleza), pero que ataca muy especialmente a los países pobres (por ejemplo, las principales destructoras de la Amazonía brasileña son multinacionales japonesas). Podemos añadir a esto la degradación farmacéutica: *stocks* de medicamentos prohibidos por sus efectos secundarios en el primer mundo son colocados impunemente en países del tercer mundo.

Otro reciente y muy preocupante fenómeno que se da en AL, amén del de la destrucción sistemática de la Amazonía y de los bosques de América Central<sup>(11)</sup>, es el sistema de la *debt for equity swaps* o conversión de la deuda externa en moneda nacional del país deudor, y comprando con ella extensiones enormes de bosques, selvas, espa-

cios ecológicos, etcétera, del país deudor. Bolivia ha sido el primer país en poner en práctica este sistema, siguiéndolo después Costa Rica, Ecuador, etcétera. Es una forma de enajenar el propio patrimonio ecológico y el propio territorio del país.

Además, los fuertes intereses de las compañías multinacionales de la minería y del petróleo están provocando la destrucción lenta o rápida de los pueblos y naciones indígenas, que son los que más sufren la voracidad capitalista por las tierras de AL.

4.4. A nivel político, las dictaduras militares se han quemado demasiado en su labor sucia de represión genocida y ahora la apuesta es más bien por una serie de pseudodemocracias (las «democraduras»), con claras y duras políticas económicas neoliberales de reajustes estructurales (imposición del FMI y Banco Mundial). En último caso, los aparatos militares y policiales pueden actuar más selectivamente en la represión de las insatisfacciones populares (especialmente en Centroamérica) con los tristemente famosos «escuadrones de la muerte» de El Salvador y Guatemala, pero no sólo de estos países, sino formando una auténtica internacional de la represión.

El sistema capitalista cree que finalmente ha triunfado su modelo político «democrático» (liberal, representativo, parlamentario), el modelo que mejor se ajusta a su modo específico de producción, a la división internacional del trabajo y a la desmovilización social.

Con la caída del «muro de Berlín», símbolo del desmoronamiento del autodenominado «socialismo realmente existente» (o sea del estalinismo), las cabezas pensantes del Sistema se frotan las manos de alegría y proclaman la legitimidad universal de su modelo político de «democracia», «libertad» y «libre mercado» (sobre todo esto último). En el contexto de triunfo de esta religión universal, proclamaba hace meses el neohegeliiano funcionario del Departamento de Estado de EUA, Francis Fukuyama, sus tesis en *El fin de la historia*. Es decir, el triunfo universal del liberalismo y el fin de todo modelo político alternativo.

Lo cierto es que los sistemas siempre han tendido a pensarse como eternos, y no como históricos, como esencialmente perfectos y, sobre todo, sin alternativas viables. La guerra del Golfo, esa inútil guerra neoimperialista del petróleo, ha mostrado precisamente la fragilidad de la ideología del paraíso terrenal de Fukuyama. El consenso liberal sólo se consigue con la no muy liberal

lógica del garrote del ejército estadounidense, convertido ahora en mercenaria policía mundial del *status quo*.

Desde el tercer mundo las cosas se ven con muy distinta óptica. Escribe Eduardo Galeano en *El niño perdido en la intemperie*: «Para América Latina el capitalismo no es un sueño a realizar, sino una pesadilla realizada. Nuestro desafío no consiste en privatizar al Estado, sino en desprivatizarlo. Nuestros estados han sido comprados, a precio de ganga, por los dueños de la tierra y los bancos, y todo lo demás. Y el mercado no es, para nosotros, más que una nave de piratas: cuanto más libre, peor. El mercado local y el internacional.»

Y concluye: «En América Latina, el capitalismo es antidemocrático con o sin elecciones: la mayoría de la gente está presa de la necesidad y está condenada a la soledad y a la violencia. El hambre miente, la violencia miente: dicen pertenecer a la naturaleza, simulan formar parte del orden natural de las cosas. Cuando ese orden natural se desordena, los militares entran en escena, encapuchados o a cara descubierta. Como dicen en Colombia: El coste de la vida sube y sube, y el valor de la vida baja y baja.»

No hay duda de que el reto que nos viene urgentemente desde América Latina, antes que sea demasiado tarde, es el de construir una verdadera democracia económica internacional, así como democracias políticas y sociales auténticamente tales (democracia = dominio del pueblo), es decir, democracias participativas e igualitarias. Deberían ser éstos los contenidos básicos de la agenda de un Nuevo Orden Internacional auténticamente tal.

4.5. Junto a todo esto, nos encontramos con una «cultura de masas» internacional manipuladora, tremendamente homogeneizadora, pero no igualitaria. La «cultura» transmitida por los «mass media», por la televisión, el cine, la radio, los discos y cintas, las revistas, los periódicos, etcétera, es la cultura del sistema dominante, del *status quo*.

La «cultura de masas» del sistema es la cultura de lo idéntico dominante y del «rodillo compresor» de la mentalidad burguesa. Queda pendiente la elaboración de *culturas alternativas* que respeten los derechos del otro: amerindios, afroamericanos, mujeres, jóvenes, naturaleza... Igualmente, un elemento central de las culturas alternativas es la promoción del derecho a la libre autodeterminación del los pueblos (*el otro* como colectivo). Evidente-

mente, una *cultura de la diferencia* requiere la implementación de formaciones sociales muy distintas de las que tenemos y padecemos, sociedades en las que podamos expresar y vivir valores distintos de los ahora predominantes.

En este análisis de AL no olvidemos tampoco el avance de las sectas religiosas fundamentalistas y alienantes. Forman parte de una estrategia norteamericana, que viene ya de hace tiempo desde el famoso *Informe Rockefeller* (1969), y de los dos *Documentos de Santa Fe*, que ha regido y rigen la política externa de los presidentes Reagan y Bush. Estas sectas fundamentalistas combaten las iglesias liberadoras, populares y ecuménicas en AL, así como la Teología de la Liberación.

Al mismo tiempo, la Iglesia Católica está, a nivel central del Vaticano, en un momento de clara involución, siguiendo una estrategia neoconservadora y de neocristiandad. Apoyada en movimientos tradicionalistas (*Opus Dei, Comunión y Liberación*), pretende ahora realizar en AL una nueva evangelización triunfalista y neocolonialista, con grandes recursos, utilizando los más avanzados medios de comunicación. Resulta así opuesta y antagónica de gran parte de las iglesias de AL, que van en la línea de la opción por los pobres, y estando así el Vaticano en contra de las articulaciones de los sectores cristianos con los movimientos populares latinoamericanos, así como enfrentada a la Teología de la Liberación y a toda la espiritualidad de los pobres.

## 5. Conclusión: opciones solidarias

Después de todo lo que hemos visto, me parece que se hace evidente que es éticamente imposible celebrar semejante bárbaro Quinto Centenario. Pero además de este serio y objetivo convencimiento, pienso que debemos articular mejor toda una práctica solidaria con América Latina. Es lo menos que podemos hacer, si no queremos ser corresponsables de la estructura de muerte implantada desde hace 500 años en América Latina. Como europeos y como ibéricos no podemos huir de dicha responsabilidad histórica. No tanto para quedarnos lamentándonos de nuestros pecados, sino para encontrar salidas viables hoy a AL.

Así, desde el Estado español debemos rechazar muy claramente su proyecto de autobombo y platillo, de *marketing* político, vendiendo su proyecto de democracia, su modelo de transición política de

una dictadura a una democracia, los Pactos de la Moncloa, como pactos sociales efectivos entre capital y trabajo en un contexto de paz social, así como la mayor penetración del capitalismo español en tierras americanas.

Posiblemente hubiera un interés del capitalismo europeo de penetrar más y mejor en América Latina, vía Estado español (cumpliendo éste el papel de antigua metrópoli, ahora en un renovado contexto neoimperialista). Sin embargo, me parece que esta estrategia, que pudo incluso ser ofrecida desde el Estado español, ha cambiado recientemente de perspectiva, puesto que el capital europeo está ahora más interesado en los países del este europeo. De todas formas, sin descartar totalmente América Latina, claro.

También debemos criticar fuertemente

el intento homogeneizador del Estado español fortaleciendo el centralismo y un nacionalismo españolista reaccionario (al fin y al cabo, la conquista de América está relacionada con la expulsión de los moros y los judíos de España y la construcción de un proyecto nacional imperialista de grandeza en la época).

Y sobre todo deberíamos denunciar la vergonzosa *Ley de Extranjería*, el control de los inmigrantes extranjeros y las presiones que desde las instituciones comunitarias europeas se hace con respecto a la entrada de extranjeros del tercer mundo (especialmente de africanos y latinoamericanos) en la casa común europea.

Finalmente, a nivel positivo, creo que nuestra postura debería ser, no sólo durante 1992, sino siempre, la de una solidaridad efectiva con América Latina (a través de todos los espacios, medios, proyectos y naciones indígenas, con sus culturas afroamericanas, con su patrimonio ecológico, con las y los trabajadores explotados, con

sus mujeres luchadoras, con los movimientos sociales y políticos de transformación cualitativa de la situación, con los intelectuales orgánicos, así como con sus clases populares oprimidas.

¿Quinto Centenario?

¡No, gracias!

Rui Manuel Gracio Das Neves

Junio-1991

#### NOTAS

- (1) PABLO NERUDA, *Walking around*. In:



*Poemas inmortales* (Quimantú, Santiago de Chile 1971), p. 34.

- (2) Recomendamos vivamente tres libros muy interesantes en este sentido:

(2.1) TZVETAN TODOROV, *La Conquista de América. La cuestión del otro*. (Siglo XXI, México 1987.)

(2.2) EDUARDO GALEANO. *Las venas abiertas de América Latina*. (siglo XXI, México, 1984). 39 ed.

(2.3) MIGUEL LEON-PORTILLA. *A Conquista da América vista pelos índios. Relatos astecas, maias incas* (Vozes, Petrópolis 1985) El original castellano tienen el nombre: *El reverso de la Conquista*, y está publicado por la editorial Joaquín Mortiz.

- (3) El anteriormente citado libro de Eduardo Galeano aporta muchos datos en esta línea, siendo también una especie de libro de divulgación de economía política.

- (4) Es a partir de estas fechas cuando

podemos empezar a hablar con propiedad de un capitalismo internacional y de unas relaciones económicas mundiales, si bien no igualitarias, sí profundamente asimétricas, dependientes y explotadoras. ¡Todavía hoy existen *castas* en la aldea global de MacLuhan!

- (5) La esclavización de Africa es una prueba más de la articulación del *proyecto histórico colonial*. La conquista de América objetivó y generó unas rela-

ciones internacionales muy claramente antagónicas entre lo que hoy denominamos primer mundo (Europa) y tercer mundo o pueblos empobrecidos (Africa-Asia-América Latina). Como antes dijimos, se trata de un proyecto global y mundial. Aquí se hallan formulados los funda-

mentos históricos desiguales de las relaciones Norte-Sur. Para el tema de la esclavitud, cfr. CIRO FLAMARION S. CARDOSO, *A Afro-América: a escravidão no novo mundo* (Brasiliense, Sao Paulo 1984).

- (6) Citado por ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR, *América, descubrimientos, diálogos*. In: VV.AA., *Nuestra América Latina, contra el V Centenario* (Txalaparte, Tafalla 1989), libro que recomendamos vivamente.

- (7) Este es el principal contenido de la interesante polémica entre Ginés de Sepúlveda, el filósofo del poder, y Bartolomé de las Casas, el primer teólogo de la liberación latinoamericano (Valladolid 1550). Lo que se discute en definitiva es la ideología del dominador, cuyo más preclaro defensor era GINÉS DE SEPULVEDA, que entre 1544-1545 había sostenido en su obra *Democrates alter, sive de iustis belli causis apud indos* dos tesis básicas:



(7.1) Las guerras de los españoles contra los indios de América eran justas.

(7.2) Los indios deben ser sometidos como inferiores a los españoles.

Ginés de Sepúlveda defendía los intereses de los colonos, apoyado en ARISTÓTELES, quien decía que existen hombres naturalmente esclavos, comparables a animales (Política I, 5), es decir, la tesis de la inferioridad del indio. En definitiva, defendía la inferioridad del otro, del diferente. Se trata de puro etnocentrismo, la filosofía de los vencedores, para quienes los *otros* son siempre inferiores. Muy distinta era la postura de Bartolomé de las Casas, que había visto las consecuencias de muerte de este planteamiento discriminatorio, y que, por lo tanto, había optado radicalmente por el indio y por el pobre.

(8) La gesta de este cacique aparece reco-

gida en el interesante disco del argentino Víctor Heredia, titulado Taki Ongoy, nombre de un movimiento milenarista, político y religioso en contra de la aculturación española (1560-1572). Todo el disco trata de una visión de la conquista desde los vencidos.

(9) Haití fue el único país en toda América donde la abolición de la esclavitud fue resultado de una revolución social y nacional. La revuelta general de los esclavos empezó en agosto de 1791 y duró, con varias fases de retroceso, hasta 1803. El 1 de enero de 1804 fue proclamada formalmente la independencia de Haití. No fueron entonces los blancos los que accedieron al poder, sino los mulatos y los negros. Esto fue el motivo de que las potencias coloniales no dencansaron hasta achacar esta experiencia radicalmente nueva en el continente americano.

(Para más datos en este sentido, véase CIRO FLAMARINO S. CARDOSO., Op. cit., pp. 92-95)

(10) Cfr. FRANZ J. HINKELAMMERT, *La deuda externa de América Latina. El automatismo de la deuda* (DEI, San José de Costa Rica 1988), Recomendando también otro libro muy ilustrativo sobre el particular: BERNARDO KUCINSKI-SUEBRANFORD, *A ditadura da dívida* (Brasiliense, Sao Paulo 1987).

(11) Es la denominada «hamburguezación» de los bosques de Centroamérica. Cfr. INGEMAR HEDSTRÖM, *Somos parte de un gran equilibrio. La crisis ecológica en Centroamérica* (DEI, San José de Costa Rica, 1986).

# Derecho a la diferencia

TXEMI APAOLAZA BERAZA

### Derecho a la diferencia

**A** modo de introducción vamos a plantear dos premisas, fundamentales para la comprensión de este artículo. Una es la arbitrariedad de los fenómenos sociales y la otra los distintos conceptos que representan las palabras diferencia y desigualdad.

Los fenómenos sociales son arbitrarios en la medida de que no son lógicamente necesarios, es decir, no hay nada en la naturaleza de la actividad de los hombres y mujeres cultural y socialmente definida que determine que un proceso social se haya de desarrollar en una concreta dirección, conducido por determinismos o esencias propias. Al individuo o al grupo protagonista de la praxis social se le presentan varias y diferentes posibilidades para conformar sus distintas actuaciones, entre ellas la de constituir grupos y colectividades, que nos ocupa actualmente, conforme a un contexto que condiciona sin determinar sus particulares elecciones.

En muchos discursos se da una interesada confusión entre «diferencia» y «desigualdad», intentando presentarlas como equivalentes e intercambiables. En el concepto de «diferencia» no está implícito el de jerarquización, el cual sí está presente en el desigualdad. Una referencia a los procesos de negociación puede ser clarificador a este respecto, ya que nos muestra como elementos propios de la negociación las diferencias, y nunca las desigualdades que tienen su origen en las estructuras jerarquizadas de poder.

Hablamos de una interesada justificación, teniendo presente la finalidad de la

misma, que no es otra que condenar de una u otra forma las diferencias que dificultan el proceso homogeneizador, impulsado en todo tiempo y lugar por los grupos o clases dominantes para un mejor y más eficaz control de los explotados.

En este proceso de homogeneización se ha mostrado particularmente útil el mecanismo por el cual se identifica la diferencia con la desigualdad, «como es natural», haciendo responsable de la desigualdad a los diferentes, que son siempre los más débiles.

Este fenómeno de «naturalización» de la diferenciación social lo tenemos también presente en las construcciones de género referente a las desigualdades por razón del sexo, y en otras más que el lector conoce suficientemente y no nos es posible tratarlas aquí. En lo que respecta a la identificación como únicos responsables de su situación a los más débiles y/o desfavorecidos tenemos ejemplos en la caracterización de los parados como personas que no se capacitan para poder competir en este mercado laboral, o en aquella otra que nos presenta a los marginados sociales como únicos responsables de su situación, sin mencionar los factores constitutivos del sistema socioeconómico, tales como: una sobreexplotación de la fuerza de trabajo, un desmesurado aumento de la plusvalía, un desigual reparto de la riqueza o una nula atención por su no rentabilidad económica de los distintos servicios públicos.

### Constitución de grupos

Hablar de grupos sociales nos conduce a tratar uno de los aspectos que ha sido mos-

trado como propio y constitutivo de los mismos, cual es la identidad. Esta ha de ser entendida como un proceso en el que se da la constitución de un *nosotros*, los que pertenecemos al grupo, los que lo constituimos, y un *ellos*, que contiene no a todos los demás, sino a aquellos con los que mantenemos algún tipo de relación social y de los cuales queremos diferenciamos.

Este proceso se da tanto en los grupos constituidos con unos determinados objetivos o finalidades como en aquellos más difusos, en los cuales sólo se da una vaga sensación de pertenencia a los mismos que no lleva implícita una actividad social específica.

En la conformación de la identidad grupal juegan un importante papel las características que son mostradas como propias y diferenciadoras, cuya importancia y capacidad de representar al grupo es desigual y que pueden ser unas u otras en los distintos momentos históricos o contextos socioeconómicos, culturales y geográficos.

La desigual importancia concedida a estas características ha conducido a su jerarquización e integración en un sistema de retroalimentación, que posibilita presentar una u otra característica como principal en función del grupo. El ser su capacidad para constituir el grupo y no pretendidas *esencias* o *lo propio* lo determinante en la importancia concedida a dichas características nos muestra la naturaleza arbitraria de esas características conformadoras de la identidad.

En referencia a los individuos que conforman los grupos sociales podemos considerarlos, a efectos de la investigación social,

como pertenecientes en primera instancia a una colectividad definida por un conjunto de elementos componentes y las correspondientes relaciones sociales. En el seno de esa colectividad desempeñan diferentes roles sociales miembros de un grupo familiar, de un determinado colectivo laboral, de un sindicato o partido político, de un grupo cultural y/o deportivo, etcétera. Además de participar de distintas ideologías y de colectivos más amplios definidos por términos tan vagos, en cuanto a carencia de significados concretos, cuales son «pueblo», «nacionalidad», los «progres», etcétera.

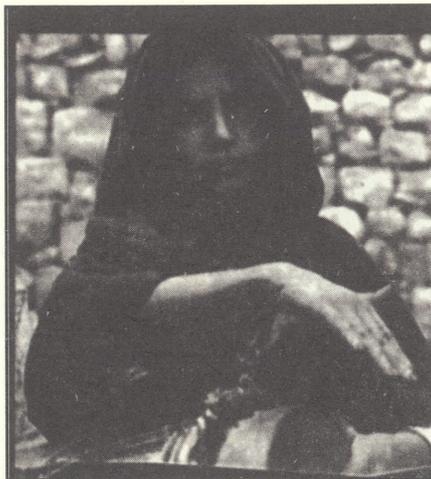
En función de los distintos contextos determinados por los objetivos del grupo, del tipo de actividad a desarrollar, son imperantes uno u otros grupos, constituidos basándose en distintas características, en la determinación de la naturaleza de la praxis social. Así puede ser la clasificación-categorización en términos de pertenencia a un grupo étnico, a clase social o grupo ideológico, creencias religiosas, entre otros, la que se muestre imperante, dando lugar a la constitución de diversos grupos, a una particular y característica interacción entre los diversos grupos y actores sociales.

La particular forma de constitución de los grupos alrededor de una u otra característica, siendo una u otra imperante, según los contextos y finalidades de la acción social, no debe hacernos olvidar que los grupos han sido constituidos con unos concretos objetivos, y que las distintas características, su elección y utilización responden a otros intereses o finalidades, que son aquellos para cuya consecución han sido constituidos dichos grupos.

## Grupos étnicos

Estos grupos sociales son los que en la actualidad son mostrados como modelos o paradigmas de las diferencias sociales y culturales y de las dificultades que su tratamiento conllevan, más aún si han dado lugar a movimientos políticos, como los nacionalismos étnicos. Estos vienen a ser la expresión política de la actividad encaminada a lograr el derecho al mantenimiento de las diferencias étnicas, bien sean culturales o de otra índole, actividad cuya finalidad dé la conformación de un Estado independiente o de una amplia autonomía administrativa en el marco de un Estado más amplio que lo contiene.

Los conflictos surgen en la interacción social de diversos grupos étnicos y/o nacionalistas coexistiendo en el seno de un



mismo territorio y siendo administrado por un mismo Estado, no por la naturaleza de las diferencias que los caracterizan, sino por la de los grupos, que luchan por crear distintos y excluyentes proyectos políticos, socioeconómicos y culturales para una misma sociedad. Esto es más entendible si tenemos en cuenta la división existente en el seno de los grupos étnicos nacionalistas en base a ellos constituidos, acerca del modelo de sociedad y de las distintas tácticas y estrategias a desarrollar para su constitución.

Tratando los grupos nacionalistas, tendríamos que hacer una diferenciación entre aquellos encaminados a constituir un estado independiente en el marco de las luchas anticolonialistas llevadas a cabo contra las metrópolis en África, América y Asia, algunos de los cuales se han visto inmersos en luchas interétnicas, como es el caso de Biafra y de Bangla-Desh, y los que muestran una situación de dependencia respecto a los estados bajo cuya administración y en su territorio se encuentran y cuya razón de ser es la no satisfacción de su derecho a la diferencia, de mantener su propia cultura, tomada ésta en su sentido más amplio y globalizador.

## Características de los grupos étnicos

Algunos estudiosos han presentado como necesaria la posesión de una serie de características por parte de un grupo para considerarlo como étnico, negando esta necesidad presentamos como característicos del grupo la naturaleza del proceso independiente del carácter de los elementos diferenciadores y la finalidad para la que se conforman los grupos étnicos considerados como agentes de acción social que determinan o condicionan, según los casos, al

grupo y sus distintas expresiones.

Las características más utilizadas para reivindicar la diferencia son la existencia de una historia común, a la que se le dota de particulares interpretaciones y permite la constitución de los símbolos en los que va a reconocer, y la lengua, especialmente si ésta es distinta de la de los grupos de los cuales se quiere diferenciar.

La utilización de la historia como legitimadora de diversas reivindicaciones, de sus diversas interpretaciones como aglutinadoras de opiniones y mentalidades, es suficientemente conocida por estar presente en toda actividad grupal. La utilización de la lengua ha dado lugar a más y enconados conflictos antes y ahora en el Estado español, y por ser la diferencia en nuestro contexto es en torno a ella que vamos a centrar nuestras próximas referencias.

## Algunas precisiones sobre la naturaleza de la lenguas

Siendo la relación entre el sonido o traza que representan las palabras y significado o la interpretación que de las mismas hacemos arbitrario, y siendo también arbitrarias las distintas gramáticas de las diferentes lenguas, no podemos proceder a una jerarquización de las mismas, en cuanto a su adecuación a determinadas actividades como es el desarrollo del saber, de la comunicación. Cuando hablamos de arbitrariedad nos estamos refiriendo a que esas relaciones han sido determinadas socialmente por los miembros de la misma, y no son naturales, y no tenían que ser así, podían ser de otra forma.

Todos caracterizamos a la lengua como la capacidad fundamental del hombre, sin lengua no hay sociedad, no hay grupo social, relacionamos asimismo la lengua en la conformación de la cultura, siendo las relaciones existentes entre lenguas y cultura, junto con el papel que las mismas juegan en la constitución de los grupos sociales, lo que diferencian unas concepciones de otras, así como las políticas y actuaciones derivadas de las mismas.

Mostramos dos concepciones básicas para entender el desarrollo de la posterior argumentación, pues en esta distinta naturaleza de estos conceptos científicos se basan distintas posiciones políticas: el denominado determinismo lingüístico y el conocido como relativismo lingüístico.

El determinismo lingüístico apoya la idea de que la escritura de la lengua es responsa-

ble del establecimiento de modos particulares de interpretar la realidad. Esto conduce a afirmar que la vida mental de la gente difiere según su lengua.

La respuesta a esas tesis se conforma en torno a las tesis del relativismo lingüístico. En líneas generales esta tesis plantea que la lengua es un aspecto más, importante, de la distintas culturas, mostrándonos el desarrollo de la lengua insertado en el de la cultura, de la cual es su más explícito y utilizado medio de expresión.

Esto último explica la adecuación de una u otra lengua para ser vehículo de una determinada faceta del quehacer cultural, como parte de un proceso que es el del desarrollo de la cultura en su globalidad. Así, no puede explicarse el papel preponderante en la actualidad del inglés en el campo de las ciencias y la comunicación por la mejor adecuación del mismo a esas funciones en razón de su gramática, sino por ser la lengua oficial del mayor imperio económico, cultural y político, USA. Esta perspectiva acerca de la naturaleza de las relaciones entre la lengua y la cultura nos muestra que la jerarquización —siempre peligrosa por crear discriminaciones— entre las culturas llevada a cabo desde una determinada concepción utilitarista y funcional de la cultura no nos puede llevar a traspasar, por mimetismo o falsas equivalencias, esa misma jerarquización a las lenguas que las expresan. Resumiendo, hemos de hablar de lenguas diferentes, y no desiguales.

Se me va a permitir hacer una nueva incursión en definiciones que nos van a ser necesarias para estructurar con cierta coherencia unas reflexiones que constituirán las conclusiones de este artículo.

Distinguiamos entre la dimensión instrumental y la dimensión simbólica que conforman el uso de la lengua. En cuanto a la primera, abarca su papel como vehículo de comunicación, de conformación del conocimiento, independientemente de la naturaleza de este último, y de su carácter lógico-científico o simbólico. Respecto a su dimensión simbólica, asistimos a su conformación como característica propia y diferenciadora, pasando a ser su defensa y desarrollo el objetivo principal que determina la actividad política y sociocultural de ese grupo. La lengua es uno de los símbolos en torno a cuya caracterización se añan voluntades, que constituyen uno de los motores de la actividad social grupal.

## Utilización política de las diferencias lingüísticas

La jerarquización de las diferentes lenguas, la extensión de esa jerarquización a los grupos que las utilizan y sus diversos proyectos sociopolíticos, y la utilización de la lengua como símbolo de pertenencia a un grupo, que excluye a su vez a otros como no pertenecientes al grupo, son las dos realidades de la praxis social relacionada con la lengua más adecuadas para su utilización, cuando no manipulación, política.

La presencia con más o menos intensidad en la actividad política de argumentaciones basadas en esas realidades va a depender del contexto en que se den las mismas y la naturaleza del grupo que va a presentar una u otra características como imperativa en su constitución.

Los grupos nacionalistas, en cuyo programa político juegan un papel determinante los aspectos relacionados con la defensa de las diferencias definidoras del grupo étnico que le han dado origen, van a utilizar más aspectos relacionados con la actividad lingüística que otros grupos políticos.

La utilización de las diferencias lingüísticas de cualquier naturaleza, su razón o sentido, debe ser analizado desde su oportunidad y efectividad política, acorde con unos programas y actuaciones, y no en base a una supuesta racionalidad, basada en construcciones ideológicas—pretendidamente científicas y por ello dotadas de ese halo de racionalidad— como la jerarquización de las lenguas en más o menos adecuadas, atendiendo a que sean más o menos útiles para alcanzar la homogeneización, que facilite el control social.

¿Cómo ha de ser valorada o juzgada atendiendo a lo últimamente expuesto la concesión del Premio Príncipe de Asturias de las Letras al pueblo de Puerto Rico, por haber declarado su Parlamento lengua oficial el castellano?

Un breve repaso a la historia nos mostraría que la racionalidad y sus valores implícitos de verdad han ido cambiando a lo largo de los tiempos, en función de los intereses de las clases o grupos en el poder, de lo cual fueron testigos y víctimas entre otros Galileo Galilei y Miguel Servet.

Esta pretendida visión racional de la actividad lingüística o de la utilización de la lengua no debe olvidar que la lengua y otras diferencias utilizadas como símbolos

de identificación social constitutivos de grupos, que entran o no en conflicto, no son las causas de esos conflictos, si los hubiera, sino la punta del iceberg que conforma la conflictiva interacción entre esos grupos. No son las lenguas, sino las comunidades lingüísticas, las que entran en conflicto, y la diferente lengua, si la hubiere, es lo visible, pero estemos atentos para no confundir las apariencias con la realidad, y que el hecho de haber contemplado únicamente sombras no nos haga olvidar la existencia real de aquello que las han dado lugar.

## A modo de conclusión

La *diferencia*, nos preocupan principalmente aquellas que conforman grupos, es un derecho innegable de todos los grupos sociales, y la «racionalidad» conformada en la adecuación o no de la misma al proceso que conforma la vida social no es un instrumento adecuado para la crítica, y menos aún para la condena de la diferencia y de la necesidad de su desaparición y de la disolución del grupo que la sustentaba en el seno del grupo definidor de esa racionalidad.

Son unas u otras las características conformadoras de los grupos en razón de la naturaleza de éstos, y es imperativa o determinante una u otra característica en la actividad social del colectivo que engloba a esos grupos, según el particular contexto o momento histórico en que se lleva a cabo dicha actividad social.

Es necesario políticamente mantener y potenciar el desarrollo de las diferencias, para dificultar la homogeneización sociopolítica y cultural, que favorece el control social a los aparatos de poder.

Defendamos la diferencia y condenemos las desigualdades que sobre ellas se construyen, dando lugar a lacras sociales como la marginación, el racismo y sus consecuencias. Ser diferentes no es ser desiguales, la desigualdad es una construcción social basada en las diferencias, que la naturalizan, que la presentan como natural, para favorecer la explotación de los diferentes.

# Tendencias de la economía mundial hacia el 2000

JOSE ANGEL MORENO

Varios autores (C. Berzosa, Copilador): Ed. Iepala, Madrid, 1990, 337 páginas, 1.590 ptas.

QUIZAS el mayor interés de este libro —resultado de un seminario celebrado en el verano de 1989 por el Instituto Universitario Ortega y Gasset— radique en el hecho de que se reúnen en él diversos trabajos de un conjunto de economistas universitarios muy caracterizado en el panorama actual de la izquierda española. Un conjunto básicamente homogeneizado por su común adscripción a un marxismo relativamente ortodoxo de raíz estructuralista y básicamente circunscrito a las universidades de Madrid y Barcelona.

En este sentido, el texto comentado resulta un ejemplo revelador de la perspectiva con la que este tipo de autores se enfrenta a la necesidad —ya imperiosa— de interpretar las intensas transformaciones socioeconómicas de nuestro tiempo con el instrumental —a veces no poco herrumbroso— del marxismo clásico. Un esfuerzo al que, al margen del resultado, merece la pena prestar atención porque de él, de sus fracasos y de sus éxitos —que todo hay— pueden sacarse ilustrativas enseñanzas.

Como apunta el coordinador del libro, C. Berganza, el objetivo fundamental del conjunto de artículos es, precisamente, arrojar algo de luz sobre las causas y consecuencias de los radicales cambios económicos por los que estamos atravesando. A este respecto, se centra el libro básicamente en dos tipos de cuestiones: las transformaciones del sistema capitalista en la esfera mundial y el nuevo carácter de las relaciones entre el

Norte y Sur, completadas por reflexiones sobre la concreción del comentado proceso de cambio en la Comunidad Económica Europea y en España.

Una idea vertebral preside el conjunto del libro y le presta coherencia: la idea de que estamos viviendo el comienzo de una nueva era en la turbulenta historia del capitalismo: una nueva fase caracterizada por transformaciones fundamentales en las estructuras económicas, sociales y políticas (C. Berzosa) que arranca de la gran crisis de los años setenta, todavía no *estañada* y para cuya superación los poderes económicos dominantes a escala mundial han tenido que poner en marcha reorientaciones radicales que están ya sentando las bases de un mundo diferente. Un nuevo modelo de acumulación, en efecto, está surgiendo sobre las cenizas del capitalismo keynesiano característico de la fase anterior (años cincuenta-setenta), a instancias de la acuciante necesidad de regenerar la tasa de beneficio, que desde finales de los años sesenta —en ello radicó la esencia de la crisis— venía descendiendo con celeridad creciente.

Desde esta perspectiva, cabe sintetizar las características del nuevo modelo —siguiendo la sistematización del sólido trabajo de F. Brunet— en las siguientes:

1. Una dramática reestructuración productiva (reconversión sectorial, redimensionamiento de *plantas*, descentralización de actividades, puesta en funcionamiento de nuevas producciones motrices, avance cualitativo en la concentración y centralización del capital, etcétera).
2. Una intensa aceleración en la innovación tecnológica: una auténtica revolución tecnológica —en palabras de J. A. Moral, autor del texto de quizás mayor interés del libro— que ha sido la respuesta última y más eficaz a la crisis cíclica del capital y que constituye el factor contrarrestante crucial de la tendencia secular a decrecer de la tasa de beneficios. Sin ella no habría sido viable la reestructuración productiva y sin ella no habría sido tampoco posible encontrar nuevas vías de estímulo a la rentabilidad del capital: es, por eso, la verdadera viga maestra de la estrategia del gran capital frente a la crisis y del incipiente nuevo modelo de sociedad.
3. Cambios sustanciales en las relaciones laborales (liberalización, flexibilidad, descentralización, atomización, etcétera.)
4. Transformaciones en las relaciones monetarias y financieras (despecialización de las instituciones financieras, desregulación y liberalización, interpenetración e internacionalización de los sistemas financieros, agudo incremento de la competencia, financiación de la economía, etcétera.)
5. Cambios en la forma de regulación pública de la economía (desregulación, desestabilización, pérdida de peso y de intervención del sector público, *educación de gastos* sociales, etcétera.) Se asiste a una indudable crisis del llamado Estado del Bienestar, en el marco de una progresiva transformación de su función, cada vez más polarizada hacia el mantenimiento del orden adecuado para la optimización

del beneficio de los poderes económicos dominantes. Se reduce sustancialmente con ello el margen de autonomía del Estado, crecientemente instrumentalizado por el gran capital y sometido a su lógica. Algo que —como quien esto escribe ha apuntado en alguna ocasión— pone crudamente en cuestión los principios básicos que inspiran la acción política socialdemócrata. <sup>(1)</sup>

6. Transformaciones también esenciales en las relaciones internacionales. La economía alcanza una fase de casi plena mundialización (aspecto sobre el que versa el trabajo de J. Martínez Peinado), integrando todos los sectores y zonas geográficas funcionales y marginando los no funcionales. Todo ello en el marco de un proceso de fuertes contradicciones entre la internacionalizada base económica y la ausencia de mecanismos institucionales eficaces a escala mundial, paralelo a la creciente incapacidad de los estados nacionales para regular la economía.
7. Intenso incremento de las desigualdades, tanto a nivel internacional como en el interior de cada país. Fenómenos que se derivan de los anteriores y que van implícitos en la estrategia adoptada, que implica agudas tensiones en la estructura de las clases sociales (aspecto estudiado por E. Prieto).

Asistimos, en definitiva, a una revalorización general del mercado como instrumento regulador contra los mecanismos compensadores conquistados por las clases trabajadoras en la etapa anterior. El sistema se hace más nítida y crudamente capitalista: más eficaz a corto plazo, más competitivo, más agresivo, más global, pero también más desigual, más especulativo, más inestable, con mayor nivel de riesgo y más sometido a la miope y peligrosa óptica del cortísimo plazo.

Las contradicciones y debilidades potenciales que todo ello genera son numerosas. Algunas de las más relevantes brotan del nuevo carácter de las relaciones Norte-Sur, al que se refieren varios de los trabajos del libro.

Cabe destacar, en primer lugar, las principales conclusiones de anteriores trabajos que J. M. Vidal Villa resume en su contribución al texto comentado: la composición por países de los llamados centro-mundo desarrollado y periferia —países dependientes y pobres— se ha mantenido estable entre 1960 y 1980, al tiempo que las diferencias entre uno y otra y en el interior de la propia periferia han aumentado.

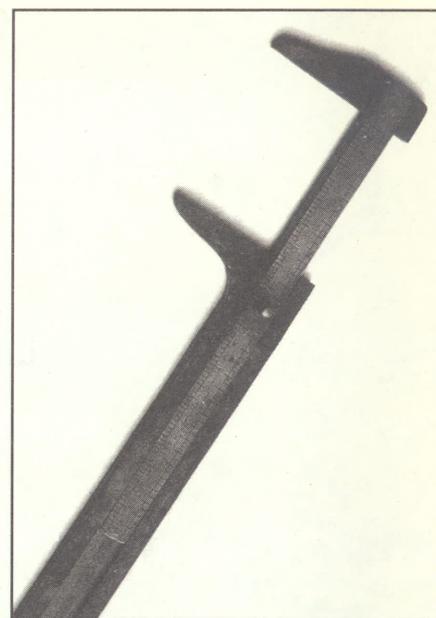
Frente a las especulaciones de los apologetas del sistema, por tanto, el subdesarrollo se mantiene y aún acrecienta —con excepciones mínimas— a lo largo de los años sesenta y setenta. Algo que no ha hecho sino intensificarse en los años posteriores, pues la crisis ha afectado más duramente a los países pobres.

En ello se centran los trabajos de B. Sutcliffe —el único autor no español del libro— y de J. Rossell. El primero analiza con lucidez los cambios experimentados en las formas de imperialismo —dominación— a lo largo del último decenio, destacando ante todo el indicado incremento de la polarización ante primer y tercer mundo y entre los propios países del tercer mundo.

A este respecto, es especialmente reseñable el hecho de que mientras la vías de transferencia de excedente hacia los países ricos a través del comercio, de la financiación, y de la inversión han aumentado en muchos casos, en otros se han reducido drásticamente. Es éste un fenómeno que supone una restricción de la explotación a muchos países (América Latina y, sobre todo, de Africa), pero que no implica, ni mucho menos, un resultado positivo para ellos. En efecto, es fruto de la marginación —en ciertos casos casi total— de los circuitos básicos de la economía internacional. El sistema excluye a aquellas zonas que no resultan funcionales a corto plazo para sus intereses. El propio Sutcliffe recuerda a estos efectos la sentencia de Marx: *para un obrero hay solamente una cosa peor que ser explotado por un capitalista: no ser explotado.*

Destaca Sutcliffe finalmente el cambio de importancia relativa de las diferentes formas de explotación y control a escala internacional, poniendo de relieve la creciente importancia de las relaciones financieras: el endeudamiento de la crisis de los setenta —en el mercado probablemente básico de supeditación económica y política de los países del tercer mundo—.

Un fenómeno éste que constituye el núcleo de la reflexión de J. Rossell, que apunta las consecuencias que para el tercer mundo está teniendo su acelerado endeudamiento: sus economías se han hecho más vulnerables y dependientes, se han frenado las posibilidades de desarrollo y se han tenido que acometer, además, políticas de ajuste reduciendo dramáticamente los niveles de vida de los sectores más débiles de su población. La deuda ha hipotecado el futuro de los países económicos dominantes a escala mundial.



El libro recoge, finalmente, tres trabajos más directamente relacionados con la problemática de la CEE y de España: María Antonia Scheifler pone de relieve la importancia de la perspectiva regional en el ámbito comunitario y la necesidad de profundizar en esquemas analíticos adecuados a esa perspectiva, José Antonio Nieto analiza la política comercial de la CEE y sus previsibles consecuencias para la economía española, y Diego Guerrero examina determinadas tendencias de la economía española a lo largo de la última mitad del siglo a la luz de la teoría económica marxista, destacando cómo alguna de las más controvertidas leyes marxianas (empobrecimiento progresivo de la clase obrera, tendencia decreciente de la tasa de ganancia del capital) pueden tener plena vigencia en nuestro país.

Son, sin duda, aseveraciones cuestionables, como muchas otras de las reflejadas a lo largo del libro, sensiblemente desigual, además, como resulta inevitable en recopilaciones de este tipo. No quita todo ello interés al texto: al contrario, su lectura permite descubrir los focos de atención actual de un sector significativo de los más comprometidos economistas académicos españoles y resulta, en ese sentido, muy recomendable para quien se preocupa por los problemas económicos de nuestro complejo tiempo. Un tiempo de incertidumbres que planean sobre todos los trabajos del texto y que obligan a repensar creencias que se juzgaban indiscutibles, pero que, por ello mismo, hacen más necesarios que nunca los esfuerzos de reflexión y análisis en todos aquéllos que siguen deseando un mundo diferente.

# Las dificultades de la democracia activa

ERNATZALE

**H**ACE una semana, durante un debate entre historiadores, uno de ellos se atrevió a definir el franquismo como *experiencia contrarrevolucionaria*, tesis ésta que fue respondida inmediatamente por el resto argumentando que si no existen revoluciones que resistan cuatro décadas, otro tanto pasa con las contrarrevoluciones.

Viene esto a cuento de un debate sobre la participación que quizás debiera partir de un presupuesto básico: ¿cuánto tiempo ocupan en la historia los momentos de agitación de masas (en el sentido político que sea, revolucionario o reaccionario)?; o dicho de otro modo, si sumáramos los momentos en los que el pueblo asume su función protagonista en las cuestiones públicas por medio de revoluciones o contrarrevoluciones, desórdenes o motines, huelgas o cualquier otro medio de acción, ¿cuánto tiempo llenaríamos con esas experiencias? Sin ninguna duda, muy poco tiempo. Lo normal es que el pueblo transfiera, voluntaria o involuntariamente, su protagonismo a determinadas personas. Estas personas acaban monopolizando la práctica política (por eso son llamados *políticos*), de manera que, durante el mayor espacio de tiempo, el ciudadano es un sujeto pasivo, que tiene derechos pero que no los ejerce. Esa rutina ha dado lugar, incluso, a un sistema político perfectamente legitimado socialmente, como es la democracia representativa, en la que proclama el derecho del ciudadano a ser activo políticamente, pero dentro de unos mecanismos que dificultan y hasta evitan que trate de sacudirse su pereza en el uso de la democracia activa. Así, cuando el

ciudadano trata de recuperar el tiempo perdido en manos de los políticos, la ruptura de la normalización da lugar a una crisis: crisis de confianza en los políticos; crisis generada por eclosión de fenómenos asambleísticos; abstencionismo electoral demasiado elevado; presión desde la calle con intenciones de imponer la voluntad de la mayoría ciudadana, etcétera.

Este preámbulo, inspirado en Perogrullo, me servirá para deshacerme del primero de los mitos que se esgrimen en estos casos: el de los asambleístas. Este es un pensamiento de ya larga tradición que, a pesar de su cuidada retórica y de sus conclusiones aparentemente incuestionables para cualquier radical, parte del presupuesto equivocado de pensar que a la normalidad se le pueden (y se le deben) aplicar procedimientos de momentos extraordinarios. Esto es, como en los momentos de participación popular el mecanismo de intervención es el foro abierto la disponibilidad masiva para la acción, la confianza mutua entre los participantes, el entusiasmo en la tarea común, y todo aquello que acaba definiendo la mejor de las asambleas, proponen que como receta a la pasividad constante de la población en la política se apliquen únicamente estos recursos. Cuando esto se lleva a efecto, sus cuatro promotores acaban quedándose solos al cabo de poco tiempo, porque en condiciones normales la gente no está por la labor de intervenir, ni está disponible, ni reparte alegremente confianzas en los demás, ni se atreve a participar, e, incluso, ni puede disfrazar su falta de preparación con la dosis de entusiasmo que se despilfarran en un momento álgido. Si el pueblo

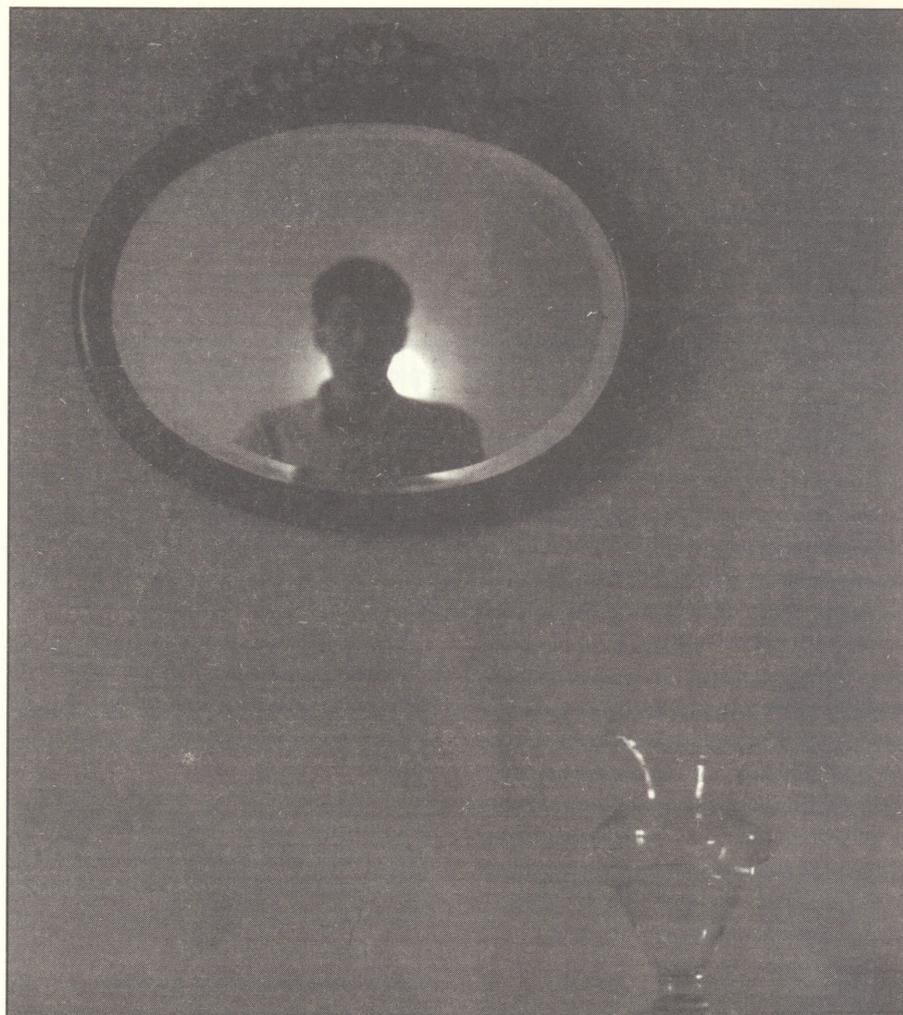
estuviera siempre dispuesto a cuestionar el orden establecido y a implicarse en su sustitución, estaríamos hace mucho tiempo discutiendo otros problemas.

La realidad es que como lo normal es que la gente esté resignada y acomodada en su pasividad política, la agitación ha de ser provocada, y esa es la tarea de los auténticos radicales en el terreno de la política, del sindicalismo o de cualquier otra faceta social: hacer ver a la gente que sus problemas son los de todos, y que éstos pueden tener una solución en la medida en que todos nos decidamos a ser protagonistas. De este modo, habría que distinguir de partida entre quienes pretenden monopolizar en su beneficio la política, es decir, *los políticos*, y quienes pretenden ponerla en primer plano de interés para agitar a tanto ciudadano bien conformado. El error de los asambleístas a ultranza suele radicar en que rechazan todo tipo de estructura organizativa estable y definida que sirva de mediación entre el ciudadano y el objetivo a conseguir. Sueñan con que siempre están en momentos de tensión revolucionaria, y no advierten que en la mayoría de las veces nos vemos en la rutina del sistema.

Dejando a un lado a los *políticos*, cuyos problemas son, en alguna medida, de otro pelo, y dejando aparte a los asambleístas ortodoxos, que hacen la guerra por su cuenta picando en todos los platos, los radicales constituyen una minoría que se proyecta hacia la masa social en forma de propuesta organizada: un partido, un sindicato, un grupo radical. En su actividad, los grupos radicales reparten de diferente forma las responsabilidades entre sus miembros

activos, de tal manera que inevitablemente acaban reproduciendo de algún modo dentro de sus organizaciones la escisión que existe en la sociedad entre activos y no activos. Esta situación llega a su mayor dramatismo en el momento revolucionario, cuando las tradiciones poco participativas, a pesar de los pesares, acaban dando lugar a que las decisiones trascendentes se tomen entre pocos. Si repasamos la larga lista de revoluciones fracasadas, el diagnóstico que siempre se hace desde el radicalismo es de *traición de los dirigentes, errores de la dirección, sustitución de las decisiones de las bases*, etcétera, pero nunca se apela a la *poca o desviada voluntad revolucionaria del pueblo*. De esta manera, a la nunca descubierta piedra filosofal revolucionaria de cómo mantener permanentemente activo y en tensión al pueblo se le une la otra de cómo hacer que la gente participe de principio a fin y en condiciones en las organizaciones que creamos para preparar el cambio social. Y no hay duda de que son dos caras de una misma moneda, pero nos encontramos históricamente incapaces de dar solución a esos dos retos.

Esta situación se complica todavía más en el mundo actual debido a la multipolaridad de factores capaces de propiciar una transformación revolucionaria. Si en los míticos años treinta de nuestro siglo parecía (que posiblemente no fuera cierto) que el conflicto de clases era el eje central por el que pasaban la acción y las expectativas de cambio, así como el elemento básico que había que atacar para derrumbar lo existente, ahora esto se ha complicado con factores que van de la explotación sexista al suicidio ecológico, de la explotación clasista a los problemas del reparto mundial de la riqueza. Los focos de atención de los revolucionarios se han multiplicado, y los puntos de ataque (a la vez que sostén) al sistema han sufrido el mismo proceso. Hacer la revolución es hoy algo más complicado si cabe, y para ser revolucionario se precisa ya de poco menos que de atletas (revolucionarios) completos, capaces de hablar y actuar lo mismo sobre sindicalismo que sobre feminismo que sobre respuestas a la dominación del tercer mundo. Dos de las consecuencias de todo esto son: una, que el mercado revolucionario se dispersa en diferentes puntos de atención, teñidos todos por centrales por parte de sus activistas correspondientes; otras, que la especialización de la lucha acaba creando jerarquías entre los activistas en razón del esfuerzo que dediquen a cada una de las determinadas actividades revolucionarias.



A esto habría que añadir otra cuestión: el mundo de hoy aparece como más atractivo. Los ciudadanos ya no tienen un único argumento que llene sus vidas (sin duda que tampoco nuestros antepasados estaban monopolizados por una única cuestión). El ciudadano activista divide su vida en la atención a su mundo más inmediato, familia y amistades, a su mundo profesional, a su mundo (o mundos) de activismo, o a su mundo de inquietudes, *bobbys*, etcétera. La dedicación exclusiva al activismo, que pareció caracterizar a nuestros abuelos, pasa hoy por ser incluso negativa, después de que hace más de veinte años cobrara fama aquel opúsculo que hablaba de la *alienación del militantismo*. Los pocos militantes, profesionalizados o no, con cargo o sin él, que hacen de la actividad pública el centro de su vida acaban ocupando un espacio difícil de sustituir en sus propias organizaciones, controlan más y más información, se ven unidos a muchas personas de la organización por lazos de todo tipo, y su palabra y su intervención acaba apareciendo cualitativamente superior a la de cualquier otro activista menos comprometido. Las decisiones, muchas veces, no dependen de en qué sen-

tido se tomen, sino de si una vez tomadas habrá alguien dispuesto a agestionarlas. El problema de la democracia activa y participativa no es tanto el tomar las decisiones como el llevarlas a cabo. Una mayoría sólo activa en el momento de decidir, queda eliminada, y a veces voluntariamente, a partir del momento en que se proclaman los resultados de su designio democrático. Nos hemos pasado décadas bramando contra los manipuladores de la opinión y por fin ahora nos decidimos a bramar contra quienes no tienen voluntad de evitar que alguien caiga en esa voluntad manipuladora. El problema no está sólo arriba; está, sobre todo, abajo. Por eso, a pesar de puntuales revoluciones, el sistema sigue funcionando.

Para responder a todos estos asuntos, nos encontramos ahora sin *libro de instrucciones*. Las soluciones maravillosas han ido fracasando o bien porque sólo eran maravillosas sobre el papel y todo acababa en un mecanismo organizativo o inservible por lento, farragoso, aburrido y que terminaba con la paciencia de los militantes (un poco en la línea de *La vida de Bryan* de los Monthly Pyton, con los amigos del protagonista decidiendo sobre las formas para sal-

varle cuando ya le habían crucificado), o bien porque proponían una vuelta al espontaneísmo antiorganizativista en donde aparentemente nadie manda, pero al final acabamos teniendo a cuatro dominándolo todo desde la sombra (es el caso de quienes proponen la asamblea permanente o el cambio terminológico —exclusivamente— de los cargos por los *responsables*).

A la vista de la existencia de fórmulas mágicas, nos conformaremos con exponer y comentar algunas experiencias prácticas desarrolladas desde Vitoria en una organización anarcosindicalista como la Confederación General del Trabajo (CGT/CNT).

Una de las experiencias más interesantes es la desarrollada por la CGT en la multinacional Michelin. En esta empresa, y durante el período 1986/1990, se mantuvo un sistema de rotación de delegados en el comité de empresa, de manera que en cuatro años acabaron pasando por ese órgano la casi totalidad de los presentados a las elecciones en la candidatura de este sindicato (unos treinta). La experiencia confirmó algunas previsiones positivas: se incrementó el número de responsabilizados temporalmente en el comité, con lo que creció el conocimiento del funcionamiento de ese órgano y el compromiso, también temporal, de la gente implicada. El sistema era bueno, puesto que de la representación que se tenía entonces, cinco delegados, se reservaba a dos para permanecer de manera continuada durante dos años, y los otros tres puestos iban alternando cada tres o cuatro meses con la primera mitad de la lista. A partir del tercer año eran sustituidos los dos de cabeza por otros dos permanentes (para otros dos años), y la segunda mitad de la lista rotaba por los otros tres puestos. Los tres delegados de sección sindical, que no necesitan atenerse a listados, sino a la libre designación de ésta, eran movidos a voluntad para tapar huecos o rectificar dificultades creadas por el mecanismo anterior.

Este procedimiento ha presentado algunos problemas que es interesante señalar y analizar. En principio, sólo es posible su puesta en práctica en momentos de agitación prolongados o entre colectivos con una importante tradición, disposición y preparación sindical. La sección de CGT en Michelin-Vitoria se ha movido habitualmente entre estas dos características. El mismo procedimiento aplicado en otras secciones se ha demostrado fallido.

Otra dificultad radicaba en el proceso de articulación de los dos delegados perma-

nes y los tres rotatorios. Los dos primeros atesoran mucha mayor información y conocimientos, y, a pesar de la buena voluntad, en ocasiones se independizan, al no aceptar el aprendizaje, más lento, de los recién llegados. Ello hace que se merme la capacidad de respuesta inmediata de la representación del sindicato en el comité, lo que provoca debates sobre la conveniencia del sistema rotario en el seno de la sección. Además, la implicación personal de los dos representantes permanentes suele ser mayor que la de los rotantes, en ocasiones, por una mayor y más completa identificación con la gestión. El problema básico es el de equilibrar la eficacia de la gestión (superior si se parte de especialistas) con la participación de más gente (que, por lógica, tiende a reducir momentáneamente esa eficacia).

En los últimos tiempos la sección de Michelin ha optado por paralizar el procedimiento de rotación, a pesar de que la participación en cargos o fuera de cargos en la sección es elevada. Además, el procedimiento que ahora se sigue es el de la asamblea casi permanente (una vez por semana), aunque sólo se justifica esto por el hecho de que la empresa y el sindicato mantienen un pulso prolongado, lo que facilita la mayor participación de los afiliados (en otras condiciones sería un procedimiento de muy difícil aplicación).

Los procedimientos rotativos siguen aplicándose en otras secciones, aunque no de una manera planificada como se hizo en Michelin, sino guiada por las circunstancias (recambios de personal por cansancio, coyunturas especiales, etcétera), alternando el sistema con asambleas de sección relativamente constantes.

La tendencia general, hay que reconocerlo, es la resistencia a la participación. Lo que la gente quiere son buenos resultados; buenos convenios, en el caso del sindicalismo. Como se consiga eso es algo que preocupa relativamente poco. Para las personas y organizaciones que consideramos que la forma es también sustancial y asunto de primera importancia, el reto es duro. Te enfrentas a la rutina, a los deseos de los propios afiliados, y a veces a ti mismo, puesto que la lógica de la eficacia es más fuerte que ninguna otra. En muchas ocasiones encontramos gente dispuesta a colaborar y somos incapaces de incorporarla a trabajos por no poner a prueba la eficacia. Es mejor —pensamos, en el fondo— cargarnos nosotros de trabajo y que las cosas sigan medianamente mediocres, a arriesgarse a un puntual fracaso. Y sin embargo, hay que

resaltar lo importante que es para la gente la experiencia de la participación. Pensemos que pequeños trabajos en el terreno sindical constituyen en ocasiones para personas *sin vida pública/política*, particularmente para las mujeres de alguna edad, la oportunidad primera de desarrollar tareas con una cierta proyección social. Eso marca profundamente sus vidas a todos los niveles: autoestima, familiares, de mundo inmediato.

Sin embargo, ese es un nivel que no puede hacernos perder de vista la importancia de la formación de la gente. En muchas ocasiones, la gente no puede contar, o no se atreve a intervenir en, debido a la falta de preparación. El trabajo que hay que hacer en ese sentido es esencial para una participación masiva y para evitar, a la postre, los procesos de especialización, que son los que amenazan a la democracia activa, pero que, en definitiva no son sino la consecuencia de la no intervención de la gente.

Abundar en experiencias de participación es sin duda hoy y siempre un reto para quienes apostamos por la democracia activa y para quienes vemos en éste uno de los problemas esenciales para el cambio social. Partiendo de que las recetas que hoy sirven en unas condiciones se invalidan mañana en otras, habrá que seguir dándole vueltas al asunto. Hoy por hoy no tenemos mucho más que ofrecer que el entusiasmo y la disponibilidad para acoger nuevas experiencias.

LP

# Llevamos (llevemos) un mundo nuevo en nuestros corazones

CHEMA BERRO URIZ-JOSE MARIA OLAIZOLA

**F**RASE tan manida que hasta parece cursi, como si en lugar de tener un significado real, no fuera un tópico, encargado de esconder la propia impotencia.

Y, sin embargo, encierra una gran verdad, aunque algo difícil de reconocer en el actual contexto social, y es esa dificultad la que le hace aparecer como un tópico cursi y ripioso.

Hay otra expresión habitual, «en el fondo tiene buen corazón», que se aplica a la mayoría de individuos desastrosos, cuyos actos son perjudiciales y auténticos desatinos, para resaltar que, pese a ello, es un individuo de buena condición, de natural contrario a lo que de sus hechos pudiera desprenderse.

Este distanciamiento entre nuestra condición (nuestro fondo, nuestro corazón) y nuestra realidad, que en los que somos bastante desastres se presenta casi como oposición, aparece en la casi totalidad de los individuos como, por lo menos, un distanciamiento real y considerable.

En nuestra cotidianidad, en nuestra actuación, en el desplegarse de nuestra vida, nos movemos por intereses, orgullos, miedos, afanes de poder, y de éxito... y en general, por los más bajos de nuestros impulsos internos, reforzados además por las múltiples llamadas externas: modas, consumos, apariencias, etcétera, hasta el punto de que es difícil decir que nos movemos, y habría que decir, más bien, que somos movidos o que nos dejamos mover. Mientras, en nuestro interior, seguimos anhelando otro tipo de aspiraciones más nobles, más generosas y elevadas hacia el

exterior y de mayor perfección y autorrealización hacia nosotros mismos.

Dejemos de lado lo mucho que puede contribuir esa ruptura a los cada vez más numerosos desequilibrios psíquicos y desajustes personales. Fijémonos en ese distanciamiento: su resultado fundamental es que nuestro fondo, nuestro corazón, está cada día más lejano a nosotros mismos, más escondido, más ocultado, más inaccesible, como enterrado, como, en alguna medida, muerto.

Intentemos averiguar qué es lo que se nos aleja y qué lo que nos queda. Lo que nos queda es más o menos claro, es todo lo relativo a la practicidad, a la respuesta de las necesidades materiales, es el espacio de lo material, de lo práctico, de lo concreto, dominado por lo racional, reducido lo racional casi exclusivamente a lo útil. Lo que se nos aleja es el terreno de los deseos, de los modelos, de las ideas, pero no como racionalidad, sino, por encima de ella, como opción, como creencia (que es abrazo y entrega y voluntad, fundamentalmente ejercicio de voluntad).

En definitiva, es la dicotomización o separación en cada individuo entre lo material y lo espiritual, entre aquello que se descubre por los sentidos y se comprende por mera razón, como conocimiento objetivo y externo; y aquello que no se comprende por la sola razón, sino que requiere el conjunto de nuestras facultades, la voluntad entre ellas, que es conocimiento desde dentro, interno y que es el terreno de la creencia o de la convicción, pero no como credulidad ni como empecinamiento, sino como

convencimiento profundo, extraído de la propia vida, de la totalidad de la vida (más allá de la experiencia) y de la totalidad de nuestras facultades, incluida la razón, pero sin reducirse a ella.

El primer aspecto es el de lo material y lo racionalizable, lo reducible a razones. El segundo aspecto es el de lo espiritual (creencias o ideas), y no es racionalizable en cuanto a reducible a razones, aunque desde luego no es irracional, incluye la razón, pero no se logra sólo con ella. El primero reside en la cabeza, y el segundo en el corazón.

Las expresiones históricas más frecuentes de este segundo aspecto han sido las religiosas. Las distintas religiones, aunque alguien las considere falseadas y falsas, son seguramente las realizaciones más acabadas de este segundo aspecto. Pero también los distintos modelos sociales han sido expresión suya. Fijémonos en el anarquismo, por ejemplo, por ser el más cercano a nosotros.

El anarquismo tiene su aspecto racionalizable, perfectamente expuesto en sus numerosos escritos, que pretende dar respuesta concreta a las distintas situaciones sociales, pero no es sólo eso, es algo más.

Un profesor de universidad puede hacer una exposición meridianamente clara de lo que es el anarquismo, de los principios de los que arranca, de sus postulados, de sus propuestas y realizaciones concretas, sin que, para ello, necesite ser anarquista. Conoce el anarquismo como el ingeniero conoce las piezas y el funcionamiento de un motor, con un conocimiento externo o adherido, no implicado, no asumido.

Sin embargo, el anarquismo es algo más; a través del conocimiento de sus presupuestos, de sus postulados, de sus respuestas y realizaciones, a través de la adhesión en cuestiones concretas, llega un momento en que se produce un salto que no es sólo racional, que es adhesión total, opción, entrega, enamoramiento, y que implica no sólo la razón, sino todos los aspectos de la vida y de la persona.

Ese salto que incluye lo racional, sin reducirse a ello, no es transmisible sólo por el discurso racional. El discurso perfecto del profesor universitario conseguirá que sus alumnos sean expertos en anarquismo, pero no hará anarquistas. La charla del militante, más pobre teóricamente, sí puede hacer anarquistas. Ese salto no transmisible por el solo discurso sí es transmisible por otros procedimientos, entre ellos por el contagio. El discurso, la palabra, es sólo la excusa o la ocasión para transmitir ese algo más, cosa que sólo se consigue cuando se produce esa sintonización, esa comunicación profunda de totalidad de individuo a totalidad de individuo, de corazón a corazón.

En todo individuo y en toda actuación humana existen esos dos elementos, el elemento material, concreto, que busca la utilidad por medio de la racionalidad; y el elemento espiritual, que va más allá, que tiene una realidad más sutil, menos concretable, cuyo sentido no es en función de la utilidad, sino que tiene sentido en sí mismo.

Esos dos elementos hacen del individuo y de cada una de las realizaciones humanas un permanente proyecto, nunca realizado del todo, que nunca se encuentra del todo ni queda satisfecho, buscando siempre algo más. Es esa tensión entre los dos polos la única base de avance realmente humano. Cualquier progreso o desarrollo, para serlo, tiene que profundizar en ambos aspectos, sin dejarse absorber por ninguno de ellos, sin matar nunca al otro.

Sin embargo, en el mundo actual, en la actual sociedad, más que nunca, se da un predominio casi absoluto del primer aspecto y un alejamiento, enterramiento, aniquilación del segundo.

Esa ruptura se manifiesta como la aparición del sistema-máquina en que el polo de lo material aparece con un predominio total, totalmente independizado de cualquier otra referencia, con sus leyes propias, independientes de la voluntad humana y a las que ésta va quedando sometida. El discurso comúnmente aceptado sobre la única economía posible es expresión fiel de esta realidad: el funcionamiento autónomo del

sistema, con sus leyes propias, reduciendo hasta la nada los márgenes de juego de la libertad humana.

Esa frase, aunque no sea del todo verdad, tampoco es sólo una mentira. No es cierto que el sistema funcione de por sí, pero sí es verdad que una vez que se ha hecho opción por un sistema de intereses privados, regido por el beneficio, que necesita agrandarse cada día, producir -consumir más, una explotación más exhaustiva de recursos, una concentración cada día mayor, etcétera, hecha esa opción inicial, sí que es cierto que los márgenes de juego, dentro de esa opción, son cada día menores y se van cerrando paulatinamente.

Y es una opción difícilmente cambiabile, puesto que no está cuestionada, y difícilmente puede estarlo. Los escasos márgenes de libertad cotidiana son márgenes de adaptación dentro de esa opción; o adaptarse o desaparecer.

Su replanteamiento requerirá una especie de parón y reflexión global y colectiva y un cambio de rumbo total, lo cual es cada día más difícilmente pensable, dado que el funcionamiento del sistema no admite parones, sino que cada día debe ir resolviendo su propio desarrollo, y ese margen de decisión sólo se presenta en el interior del propio sistema. Las opciones adaptación-desaparición o integración-marginación se presentan como dualidad casi imposible de resolver.

Esta independización de lo material necesita y produce unos individuos cuyo componente espiritual esté más alejado y adormecido (el robot es el servidor ideal de la máquina) y a ello van dirigidas todas sus propuestas. Desde la educación, en la que lo que importa es la cantidad de conocimientos, la concepción de la eficacia —eficacia que sólo se mide por la cantidad (de productos, de votos, de adherentes)—, el utilitarismo reducido a lo exclusivamente económico, todo empuja a un individuo nivelado a la baja y hecho a la medida del sistema.

El individuo socialmente se reduce a papeles o funciones, especialmente a sus funciones de productor-consumidor. Todo el resto de dimensiones se quedan en el nivel de lo privado o del mundo íntimo, y además empobrecidas, ya que al no vivirse, al ser negadas, en una de las dimensiones centrales de la persona (su dimensión social), se empobrecen también en el resto de niveles.

Por último, también el nivel de la intimidad es atacado: la invasión de los medios

audiovisuales, la proliferación constante de noticias, de mensajes, que se agolpan uno encima del otro, el permanente ruido, sonido, música, hace que todo esté lleno, invalidado por lo externo, por lo programado, de forma que se eviten las ocasiones para el encuentro con uno mismo o con los demás, capaz de ir más allá de esa invasión externa, auténtica trivilización de las relaciones.

Un mundo-sociedad-sistema que se agranda, que lo invade todo, da como resultado un individuo empequeñecido, incapacitado, a la medida que ese sistema requiere.

Es un sistema nacido, sin duda, de una decisión, pero que poco a poco va adquiriendo su independización, a la par que consigue unos individuos más dependientes. Ya no necesita el mantenimiento de esa decisión original, le basta con la dejación de la decisión, con evitar que haya una decisión contraria. El sistema se mantiene por la no decisión, y es lo que fomenta.

Y en esas estamos: la decisión, la libertad en el mundo de lo externo sólo se plasma en la elección de opciones similares, en la multiplicidad de productos, de modas, de opiniones, todas diversas y todas iguales, incapaces de motivar, incapaces de suscitar un acto de voluntad, de un ejercicio real de libertad.

El único ejercicio de libertad, la única decisión real, es la que arranca desde el interior, desde los fundamentos, desde esa creencia que se da como adhesión, como opción, como acto de voluntad en sí mismo, que es inicial y primera, que afecta a todos nuestros aspectos vitales y ordena y estructura en torno a sí las concepciones, las opiniones y la propia razón, haciendo del individuo una totalidad unitaria y no un conjunto de compartimentos parciales y aislados entre sí.

Necesitamos ese mundo nuevo que decimos llevamos en nuestros corazones, necesitamos que no se aleje, que no se entierre, que se actualice, profundizando en él y desplegándolo a la vez, convirtiéndolo en algo real, implicado en la propia realidad, interrelacionado con ella, como única forma de que esa realidad no se mecanice, no se independice y se deshumanice y nos deshumanice a todos.

La recuperación de esa dimensión de lo humano tiene sus reglas, que hay que descubrir y respetar. Pasa indiscutiblemente por la interiorización y el autoconocimiento, que requiere el cultivo de la soledad y el silencio. Es una especie de inmersión en uno mismo, en esa profundidad sin fondo

que todos tenemos, que todos somos; inmersión en la que nos perdemos en lo desconocido; reencuentro en el que racionalizamos (ponemos la razón al servicio de esos descubrimientos) y explicitamos; y que nos debe permitir una nueva inmersión más profunda. Nuestro mundo nuevo, nuestro corazón, no se agota nunca; al contrario, cuanto más profundiza en él más se ve su carácter inacabable.

Y ello no es un ejercicio intimista, de exclusiva interiorización. La realidad, los otros, son los elementos que no cuestionan y nos permiten un constante contraste. La profundización en nosotros mismos no es alejamiento de la realidad, ni la entrega a la realidad es evasión de nosotros mismos. Interiorización y exteriorización son procesos que se necesitan para no perderse, para no inutilizarse.

Ese movimiento de interiorización, que es adhesión y opción, que es en sí mismo acto de voluntad, la única fuente de voluntad, no puede reducirse a una fuerza más o menos intimista, casi mística, debe traducirse en fuerza social, en propuesta para la realidad.

Las actuales propuestas sociales, hechas exclusivamente desde el polo material, desde la racionalidad, desde lo externo, carecen en absoluto de capacidad de llegar, de arrasar, de entusiasmar; quedan vacías y amplían el vacío existente. Lo social, desde cualquier óptica, se vive sólo como utilidad, como interés (sin ningún obstáculo, por tanto, para bajar hasta los intereses más mezquinos), sometido a la razón de la eficacia, del número, del poder, de la cantidad. Condenadas con ello a la falsedad, a lo político (en su peor sentido), a lo que hay que decir y, por eso, reducidas al interior del sistema, a lo que funciona, incapaces de propuesta, sólo aparentes, vacías, uniformadas.

Mientras tanto, el individuo sigue viviendo el (su) aspecto espiritual (familia, amigos

íntimos, etcétera), sin sentirse atraído, sin fiarse de ninguna mediación social que sea algo más de lo que abarca directamente con la mano. Es una de las expresiones de la retirada y el empobrecimiento.

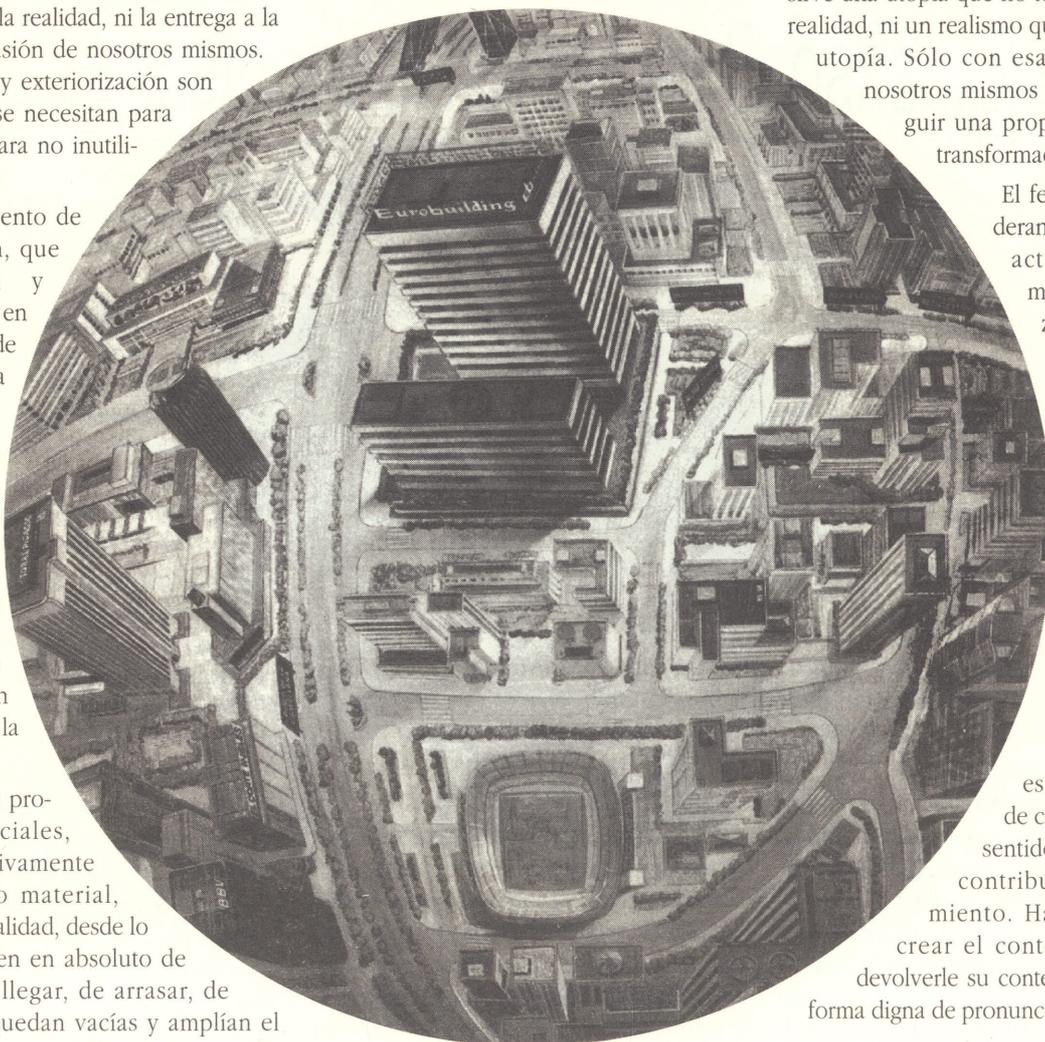
Sólo una propuesta que recoja y unifique ambos aspectos, que sea realista y concreta (sin empobrecer la realidad a sus aspectos más ramplones) y que plasme nuestras convicciones más profundas puede suscitar una voluntad colectiva, alimentar y traducir socialmente ese mundo nuevo, vivificar la realidad, no reducirla a su aspecto más pesado y material, más

reduce lo humano a su medida, a funciones, a utilidad; enterrando y alejando, convirtiendo en algo banal, sin consistencia ni realidad, el componente espiritual, la idea, la convicción y la voluntad que suscitan; la recuperación de este segundo aspecto de lo humano es básico para cualquier propuesta transformadora.

Necesitamos ese mundo nuevo, necesitamos nuestro corazón, necesitamos conocerlo y profundizarlo. Necesitamos, a la vez, hacerlo aflorar, explicitarlo, ponerlo en contacto con la realidad, hacer de los dos polos una única realidad. De nada nos sirve una utopía que no tenga en cuenta la realidad, ni un realismo que no camine a la utopía. Sólo con esa unificación en nosotros mismos podemos conseguir una propuesta realmente transformadora.

El fenómeno preponderante en la sociedad actual es el alejamiento del corazón, el olvido del mundo nuevo, mientras que su recuperación es condición básica para nosotros, punto de arranque sin el cual nuestra propuesta sería una más, carente de sentido.

Repetir la frase es peligroso, fuera de contexto carece de sentido y su repetición contribuye a su vaciamiento. Hacerla realidad, crear el contexto adecuado, devolverle su contenido, es la única forma digna de pronunciarla.



cosificado y mecánico. Sólo ella puede hacer esa síntesis entre utopía y realismo, alejándose de las dos formas de renuncia de un carácter humano, no mecánico, y devolver, a la vez, al hombre (hombre o mujer) su papel total, su carácter de centro de la realidad y su unidad centralizadora, lejos de la actual parcialización. Sólo ella puede ser transformada.

En un mundo en el que lo material se agiganta, se independiza, se mecaniza, y



# Convergencias y divergencias apuntes para una historia del anarcosindicalismo en España y II

ANTONIO RIVERA

## El Congreso de Sans, El Congreso Nacional de 1919

**D**EBIDO a la peculiar situación española en la primera gran guerra europea, el movimiento obrero en este país se desarrolló vertiginosamente en torno a los años en que duró ésta. De este modo, la CNT, que agrupaba a unos 30.000 trabajadores en el Congreso de 1911, pasó a casi 800.000 en el de la Comedia, de 1919.

El Congreso de los sindicatos catalanes, celebrado en 1918, tuvo una importancia muy notable, no sólo en la historia de la CNT en su conjunto, sino en la de todo el movimiento obrero español. El hallazgo más importante sería sin duda la nueva definición organizativa, el Sindicato Unico (SU).

La tradición gremialista del societarismo español había hecho durante decenios que los trabajadores se agrupasen en razón del oficio o arte que dominaban o que les identificaba. De este modo, y utilizando el ejemplo de la construcción, en este sector y en una única ciudad o pueblo, y para una misma organización general, podíamos encontrar sindicatos de canteros, de yesistas, de marmolistas, de mamposteros, etcétera. También podíamos localizar sindicatos de peones, separados de los de los demás por no poseer un oficio determinado. Incluso se observaba la presencia de sindicatos de aprendices. Y en el extremo, como las diferencias de algunos oficios no eran muy claras, no resultaba raro el que hubiese dos sociedades distintas para oficios harto similares. Una repercusión inmediata que esto tenía es que cuando un oficio iba a la huelga, el resto de ellos trabajaba, y la capaci-

dad de resistencia de aquellos obreros se resentía notablemente. Por el contrario, los efectos de la guerra venían propiciando el fortalecimiento de las estructuras empresariales, de modo que unas pocas empresas controlaban sectores enteros (el de la construcción, por ejemplo), y de esa manera se constituía lo que entonces se llegaba a llamar «el sindicato único patronal». La patronal, la empresa, había modificado sus estructuras, pero el sindicato no. De esta manera, la formulación novedosa del SU suponía que en cada localidad se establecía la organización, no sobre la base del oficio a que se perteneciera, sino desde el producto que se elabora (en nuestro ejemplo, se pasaba al SU de la construcción o edificación, con amplia autonomía para los anteriores oficios que pasaban a constituirse en secciones de ese sindicato).

La idea del SU tenía otra repercusión también muy notable. El desarrollo de la CNT en pequeños o medianos núcleos de población suponía que siendo numerosos los afiliados, era reducida la cantidad de personas con capacidad para organizar y dirigir cada una de esas sociedades de oficio. De esa manera, a través del SU, en estas ciudades o pueblos se organizaban localmente todos los gremios, con una estructura más simplificada, y de ese modo las pocas personas con capacidad podían atender mejor a las tareas de extensión a los sectores entre los que no se tenían asociados. Otra consecuencia de la idea de los SU venía en la línea del reforzamiento de una idea básica en la CNT. Esta no es otra que el hecho de que CNT no era sólo un sindicato, sino sobre todo una organización socio-

política, es decir, con proyección como tal en el conjunto de la ciudad donde se ubicase. A través de la fórmula del SU, la CNT de determinada ciudad o pueblo pasaba a operar unitariamente ya a dar respuesta uniforme a las cuestiones constantes que suscitaba la vida de aquel lugar. Con este procedimiento nos explicamos en buena medida cómo la CNT se desarrolló en sitios en los cuales hasta entonces no había tenido presencia real. El SU se demostraba como una fórmula novedosa que permitía fortalecer la organización, y sobre todo fortalecer los presupuestos socio-políticos que el sindicalismo revolucionario y el anarcosindicalismo siempre habían tenido. Este fue el gran logro del Congreso de Sans, que pronto se trasladó al conjunto de la CNT en su Congreso de la Comedia.

El Congreso de la Comedia, por su parte, tuvo una importante significación en el tema de la definición del objetivo final de la acción sindical. En 1919, la CNT declaró que su objetivo revolucionario se definía en torno a lo que ellos llamaron comunismo libertario, con lo cual las tesis anarquistas acudían a dar forma o significación precisa al anterior neutralismo característico del sindicalismo revolucionario.

Algunos autores (Bar) han querido ver en este hecho el momento definitivo en que la CNT pasa de ser sindicalista revolucionaria a anarcosindicalista, entendiéndolo que los sectores anarquistas o anarcosindicalistas se imponen dentro de la organización. Para explicar este hecho pasan a describir las dos líneas que pugnan dentro de la CNT desde su origen, y sobre todo desde 1911, una vez que los socialistas y los radicales

que participaron en la fundación ya habían desaparecido.

La primera línea es la que llaman anarco-sindicalista. Para éstos, el sindicalismo constituiría un espacio de masas en el cual podría desarrollarse el anarquismo. De esa manera, debía asegurarse una definición y un determinado control por parte de éstos sobre el sindicato. No prestan tanta importancia a la acción reivindicativa cotidiana, sino que el objeto permanente sería el revolucionario. Desdeñan en su fuero interno la lucha por las mejoras inmediatas (salario, jornada). Llevan implícito algo que luego en algunos lugares se ha denominado «impaciencia revolucionaria». Son claros opositores a la complicación orgánica del sindicato, lo que les llevará a negar propuestas como las Federaciones de Industria (en 1919) que contribuían a duplicar las líneas estructurales de éste al introducir una segunda de corte vertical. Y por último, no conceden demasiada importancia al afán organizativo. Esta corriente introduce un tema de discusión muy tradicional entre la CNT. Se trata del asunto del continente y contenido. El sindicato sería el continente, la gran organización a la que acuden los trabajadores por el mero hecho de serlo. Sin una definición, el sindicato no cobra sentido, por lo tanto es preciso llenarlo de contenido expreso, y son los anarquistas los llamados a conferirle

ese carácter. En el sindicato se irían «convirtiendo» los obreros al anarquismo, siempre a través de una estrategia de prudencia (alejada por tanto de la idea desarrollada en Argentina de un sindicato para anarquistas, donde se debía ser tal para pertenecer a él), pero también partidaria de desplazar por definición a aquellos otros grupos ideológicos (los futuros comunistas) que pretendieran intervenir dentro de la CNT. El sindicalismo, por lo tanto, era simplemente una manera de conseguir mayor respaldo social por unas ideas que alejadas del movimiento obrero podrían permanecer durante decenios como minoritarias.

La otra línea sería la sindicalista revolucionaria. Desde este punto de vista, el sindicalismo constituye una fórmula en sí, una fórmula revolucionaria. Y para muchos, es una fórmula que no contradice al anarquismo, sino al contrario: lo mejora. El desarrollo final del sindicalismo revolucionario, en su formulación original, conduce —según éstos— directamente hacia la anarquía, aunque este objetivo no esté definido, y aunque la mayoría de los trabajadores de la CNT no tengan conciencia expresa de ello. Siendo anarquistas, también, consideran que no tienen por qué gozar de privilegios en el seno de CNT, y que si los trabajadores asociados se inclinan por el anarquismo será porque son éstos los que más y mejor trabajan en su

defensa. Los sindicalistas revolucionarios conceden gran importancia al desarrollo numérico y cualitativo de la organización obrera. La revolución es un paso al que se llega cuando los revolucionarios están preparados intelectual y materialmente para esta empresa. Es decir, no sólo cuando son un número suficiente y poseen grandes fuerzas, sino cuando se ha creado ese «hombre nuevo» que precisa de la revolución y que es capaz de tener conciencia de lo que ésta supone. (Esta es una idea muy importante. Posiblemente proceda del viejo discurso ilustrado, pero es rápidamente asumida como un elemento central del anarquismo y del sindicalismo revolucionario (y en general, de todo el socialismo). No es la modificación de las condiciones —como dice el marxismo— lo que por sí mismo conduce a una revolución. La revolución, como toda formación social, es una creación del hombre, y sólo modificando al «viejo hombre» y llegando al «hombre nuevo», se puede transformar realmente la realidad. De otra forma, aunque minorías esclarecidas consigan cambiar las condiciones, si detrás o delante notienen una mayoría social partidaria de ese cambio, y que asume ese cambio como propio y necesario, esta revolución se enfrentará finalmente con esa población. Esto está en la base de la renovación doctrinal del marxismo desde



hace décadas —Gramsci...—). Por este motivo, los sindicalistas revolucionarios suelen caracterizarse históricamente en la CNT por adoptar posiciones menos radicales, tanto a la hora de iniciar un movimiento revolucionario como a la hora de interpretar la realidad social (son mucho menos exclusivistas que los llamados anarcosindicalistas, e interpretan que la sociedad no se limita a un «nosotros y ellos», sino que hay muchas fuerzas en juego con las que es preciso entrar en diferente relación), como a la hora de precisar en los objetivos, en la táctica y en la estrategia, posiciones que por su radicalidad puedan excluir a importantes sectores del movimiento obrero o de la organización (son los que no asumen la acción directa como práctica única, los que no creen que deba precisarse con un término el objetivo final de la CNT, los que con más facilidad llegan a acuerdos puntuales con la UGT o con otros grupos políticos, etcétera).

No cabe ninguna duda de que efectivamente estas dos interpretaciones coexistieron en la CNT. Pero el asunto es más complicado cuando se cae en la tentación de adscribir a una u otra a anarquistas y a no anarquistas. En las dos líneas que hemos definido hay una absoluta mayoría de anarquistas doctrinales. Así, en la primera, Germinal, Galo Díez, Buenacasa, luego los Durruti, García Oliver, los Ascaso, y con mayor radicalidad y llegando a conclusiones ya de otro carácter, Abad de Santillán; pero en la segunda, Seguí, Pestaña, Eleuterio Quintanilla, o José Negre, primer secretario de la CNT. Lo que ocurre en realidad es que los criterios de estrategia acaban por diferenciar estas dos líneas, aunque en una definición más genérica todos se adscribían al anarquismo. Esto que señalamos entre el núcleo dirigente ocurre también entre la masa social. Como todas las masas sociales, ésta es más bien neutra, y está en el sindicato por una razón práctica, su defensa como clase. Para ninguno de los afiliados era un secreto que en su organización los anarquistas tenían el peso máximo, y en general no hay grandes problemas por ello. Pero existe una escala intermedia muy numerosa; la de los llamados militantes, o afiliados activos en los ámbitos sindical o local. Estos son los que definen en un sentido u otro las posiciones de la CNT, y depende de hacia qué lado se sitúen en un momento para que podamos hablar de «triumfo» de un ala o de otra. En realidad, insistimos, dentro de la CNT, posiblemente desde su inicio, se asumió por todos sus integrantes el carácter libertario que les imprimía, y dejando al



margen a elementos o grupos muy concretos, las diferencias básicas fueron entre más y menos radicales (o más y menos moderados). Esto es lo esencial en el terreno práctico, aunque efectivamente, en lo teórico las formulaciones de un Quintanilla o de un Peiró o de un Pestaña, y las de un Germinal, las de un Leval o las de un Abad de Santillán, no fueran precisamente similares.

El Congreso de 1919 definió el objetivo comunista libertario de la CNT, pero también hizo otras cosas. Sintéticamente señalemos dos: la primera, que rechazó la propuesta de Quintanilla para crear las Federaciones de Industria, imponiéndose las posiciones más temerosas a tener que hacer frente a una CNT con una doble estructura: la horizontal territorial, y la vertical profesional. Detrás de esta idea, como veremos luego, iba también la reafirmación de las posibilidades de futuro del sindicalismo revolucionario como elemento gestor de las tareas de producción y reparto.

La otra importante declaración tiene que ver con un hecho como es la revolución rusa. Las primeras y confusas noticias recibidas en España también provocaron una gran convulsión entre el movimiento obrero y en la CNT. Por eso, no por una razón ideológica que se desconocía, sino por una actitud de simpatía revolucionaria, la CNT

decidió adscribirse a la Internacional Sindical Roja. Cuando las noticias comenzaron a clarificar el panorama, y cuando se tuvieron los testimonios de gente diversa como Pestaña, Goldman, Malatesta, Rocker y otros, la CNT decidió en Zaragoza, en 1922, salirse de la ISR y pasar a unir sus esfuerzos en el futuro de la AIT, que se había creado en Berlín el año anterior y que se definía claramente como de inspiración sindicalista libertaria.

A partir de aquí, y en los años llamados «rojos», o también «trienio bolchevique», la CNT se vio agitada por el problema del terrorismo. Fueron los años de Martínez Anido, el barón de Koenig, los «libres», y la violencia patronal respondida por la de los activistas de la CNT. Para la organización,

este período supondría un reforzamiento de los sectores más radicales. En principio, fueron años de gran turbulencia y de cierto desconcierto dentro de la CNT. Algunos acuerdos instigados por la dirección encabezada por los sectores más sindicalistas (Seguí, Pestaña) sobre relaciones con la UGT (en 1920), o sobre una nueva interpretación más precisa del papel «político» de la CNT, causaron honda impresión y fueron fuertemente combatidos por la línea más radical. Podemos ver un texto muy interesante, el aprobado en la Conferencia de Zaragoza «sobre nuestra posición ante la política nacional». El texto dice:

*«Considerando que, a deducir por la historia, los partidos políticos sin excepción no suponen valor moral alguno en ninguno de los órdenes de sus actuaciones. Considerando que en la pasada represión, como en todas las represiones, los partidos políticos han sido responsables directos, ya sea por acción, ya sea por omisión, la ponencia expone su pensamiento de que entre unos y otros partidos políticos no pueden ni deben establecerse distinciones de ninguna clase y que la conducta de la CNT no debe ajustarse a la de los partidos políticos; (...) Considerando que, por la razón misma de llamarnos apolíticos, la CNT no puede inhibirse de ninguno de los problemas que con la vida nacional se plantean; considerando que la interpretación dada a la palabra «política» es arbitraria, ya que ella no puede ni debe interpretarse en el solo sentido de «arte de gobernar a los pueblos», sino que su acepción universal quiere expresar y expresa la denominación común de las actuaciones de todo orden en absoluto de los individuos y de todas las colectividades; considerando que, para ser lógicos con nosotros mismos, estamos obligados a aportar soluciones y a ser valores determinantes a todos y en todos los problemas morales, culturales, económicos, políticos y sociales, la ponencia propone: Que la Confederación Nacional del Trabajo declare que, siendo un organismo netamente revolucionario que rechaza franca y expresamente la acción parlamentaria y de colaboración con los partidos políticos, es a la vez integral y absoluta-*

*mente político, puesto que su misión es la de conquistar sus derechos de revisión y fiscalización de todos los valores de evolución de la vida nacional, y a tal fin, su deber es el de ejercer la acción determinante por medio de la coacción derivada de las manifestaciones de fuerza y de los dispositivos de la Confederación Nacional de Trabajo.—Peiró, Pestaña, Seguí y Viadiu—por la ponencia— (el texto había sido redactado por Peiró).»*

El texto fue inmediatamente denunciado como «desviación de los principios», sobre



todo porque la prensa convencional lo malinterpretó en su deseo de que la CNT actuara directamente en la política estatal y parlamentaria. En realidad, venía a expresar claramente las posiciones de los sectores más constructivistas, y menos partidarios del revolucionarismo. Hundía sus raíces en las viejas tesis del sindicalismo revolucionario, pero definía definitivamente que el papel de éste, aun actuando en el terreno económico conducía inevitablemente hacia repercusiones en el plano político, al que no podía mostrarse ajeno. En definitiva, era la constatación implícita en la vieja Carta de Amiens de que sin actuar por los derroteros de la tradicional política se hacía política y

se podía transformar la realidad, y de que la interpretación tradicional del anarquismo de esta práctica era muy parcial puesto que atendía en exclusiva a lo más nefasto y aparente de ella, cuando en realidad olvidaba la esencia de la misma, la simple relación de colectivos humanos.

El trienio anterior a la dictadura de Primo de Rivera supuso un momento de gran violencia externa y de gran agitación interna por las denuncias cruzadas entre unos y otros sectores. El problema de la violencia, la dificultad de racionalizar la situación con esa compañía, la desatención al tema organizativo y el descontrol absoluto que todo ello propiciaba facilitaron la ascensión de los sectores considerados más radicales y activistas, aunque los más moderados mantuvieran casi permanentemente el control de los órganos de la CNT.

### Fortalecimiento de las tendencias durante la dictadura de Primo de Rivera

Al llegar a la dictadura nos encontramos con las dos líneas antes definidas, la llamada anarcosindicalista y la sindicalista revolucionaria, a la que habría que añadir ya otra tercera que cobra fuerza en estos años. Se trata del llamado «movimiento obrero anarquista» (MOA), fórmula que alcanzaría su máxima expresión en la FORA argentina de la mano de gentes como Abad de Santillán y López Arango, que a su vez lo reexportaron a España. Se trata de una fórmula más radical que pretende la organización obrera específicamente anarquista, en absoluto neutra, y ni siquiera matizadamente anarquista, como venían defendiendo los llamados anarcosindicalistas. La repercusión en España fue notable, y si bien no se llegó en ningún caso a asumir la propuesta argentina, sí que hubo en la República (y antes de ella, puesto que en sitios como Cataluña se aprobó el tema en un Pleno en Badalona en noviembre de 1926, y a nivel nacional en 1928) una versión particular en el término «trabazón», con lo que se definía la relación estrecha que existía entre un sindicato, la CNT, y una organización específicamente anarquista, la FAI. Y

además, esta relación se establecía sobre una base orgánica y reglamentaria, con organismos conjuntos como los comités de defensa confederal, los comités pro-presos, o los comités revolucionarios.

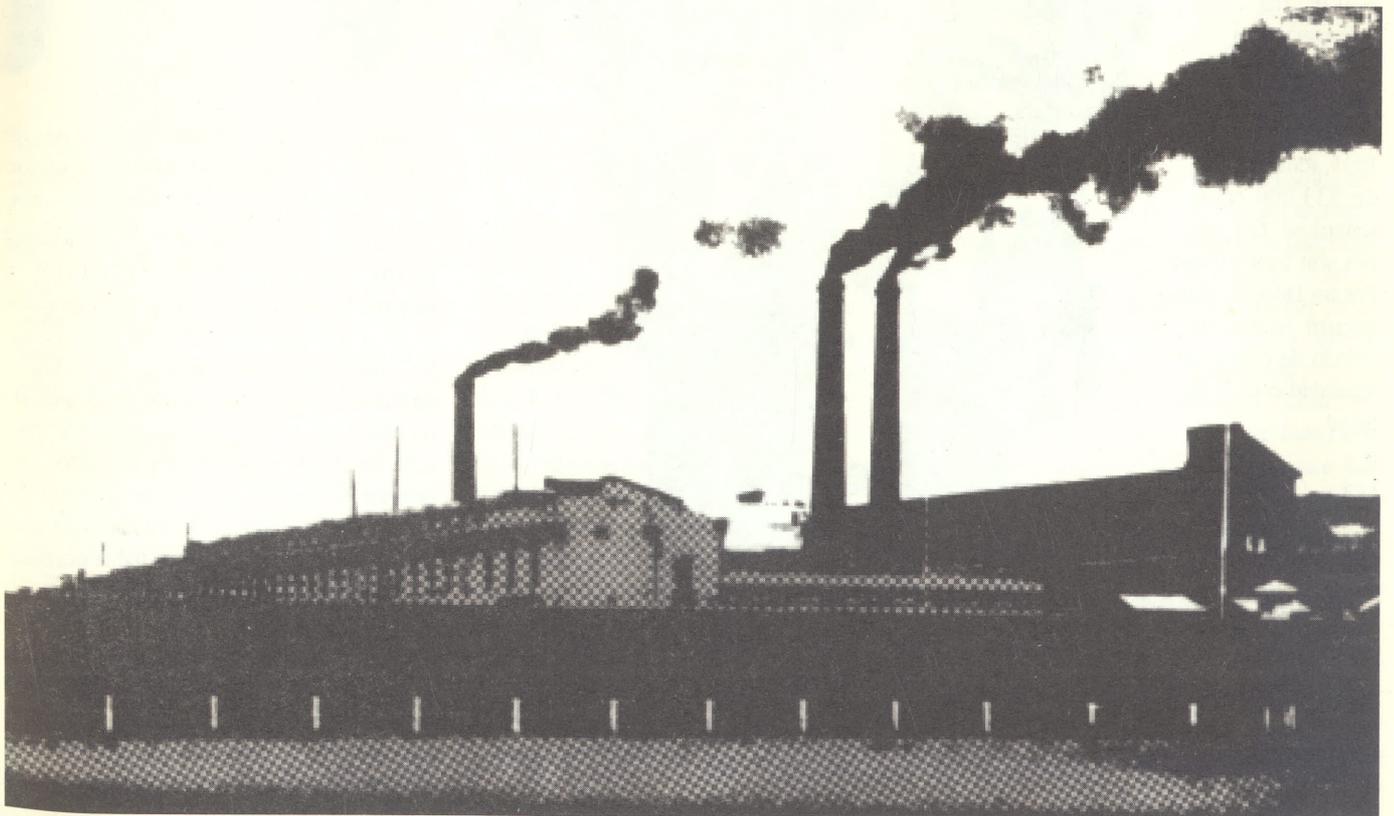
En la dictadura, todas estas líneas entraron en colisión. Comenzó la cuestión con el tema de la clandestinidad o legalidad de la CNT, antes de que las autoridades de la dictadura determinaran una posición concreta. Los que venimos denominando como sindicalistas revolucionarios (Pestaña, Peiró, Juan López) optaron lógicamente por mantener al sindicato en la legalidad, y en un sentido contrario los otros. Se impuso generalmente esta segunda línea, aunque en lugares como Asturias, Galicia o Gerona y algunos otros más, la CNT permanecería en esa situación de semilegalidad típica de una dictadura como la de Primo de Rivera. Los problemas se complicarían más tarde con asuntos como la presencia de la CNT en los órganos de mediación de conflictos (comités paritarios), que fue aceptada por algunos sindicatos y que inmediatamente provocó el rechazo de otros (refiriéndonos sólo a los legales). Las diferentes posiciones se expresarían particularmente a través de los órganos de prensa sostenidos por sindicatos o pequeños grupos de activistas. La línea sindicalista revolucionaria quedaría rota hacia 1927, al separarse Pestaña y Peiró, al pretender el primero a toda costa mantener a los sin-

dicatos en la legalidad, y rechazar el segundo esta condición si ella suponía pasar por las exigencias tácticas que establecía la dictadura (asunción de los comités paritarios). La realidad es que la CNT en la dictadura fue organizativamente un caos casi absoluto, a la vez que un escenario de confrontación de las viejas líneas que estaban en la organización desde su fundación.

Se desarrolló en todo este tiempo, como hemos dicho, la línea del MOA, y que por su interés vamos a exponer brevemente. La idea procedía del V Congreso de la FORA de 1905. Parte de la negación de la lucha de clases, en una reafirmación de los contenidos anarquistas y, a su vez, de una defensa de la lucha establecida no sobre bases economicistas, sino entre aquellos que pretenden liberar al hombre y de los que quieren mantener el *status quo* vigente. Ello conduce a negar el sentido del sindicato tal y como venía interpretándolo de manera diferente las dos líneas clásicas a que venimos refiriéndonos, aunque consideran que el anarquismo debe librarse de cargas intelectuales o eruditas y ha de acudir a los trabajadores para conseguir a partir de ellos y de su lucha el hecho revolucionario. Por lo tanto, la organización ha de ser obrera, pero no neutra, sino específicamente anarquista y revolucionaria. Eran radicalmente espontaneístas (aunque luego Santillán acabaría limitando claramente

estos presupuestos), y opuestos a todo tipo de «previsión revolucionaria», tanto en la forma de hacer la revolución como en el qué hacer después de ella.

Uno de los hechos más importantes de esta época fue la creación de la FAI en 1927. Con ella se reforzaba para el futuro la tendencia denominada «anarquismo político» (de clara resonancia *malatestiana*), consistente en la defensa de los sindicatos, pero a la vez, en que los anarquistas actuaran en ellos dirigiendo sistemáticamente su actividad; una especie de «partido político anarquista», aunque este término hubiera espantado a sus creadores, y no sea de todo punto exacto. La FAI, a través de la trabazón, conseguiría concretar finalmente el sentido de la CNT, y afirmar la particularidad del sindicalismo revolucionario (o anarcosindicalista) español. A la vez, constituiría una fuente permanente de problemas puesto que si bien la línea anarcosindicalista pasaría a apoyar abiertamente este mecanismo, sería a la vez duramente combatida por sectores que venían propugnando una independencia expresa de los sindicatos, al margen de que ellos fueran personalmente anarquistas o no. La FAI, por otro lado, tuvo que ver con dos fantasmas que acudían habitualmente al seno de la CNT; el peligro del comunismo y el peligro de la desviación ideológica de la CNT. Para dar respuesta a estos dos elementos se creaba la FAI.



## El reto revolucionario: la República

La difícil situación que vivió la CNT durante la dictadura de Primo de Rivera, tanto por su inestabilidad legal como por las fuertes diferencias internas, quedó provisoriamente resuelta coincidiendo con el año de la caída del dictador, 1930. La organización pasó en unos

de cuadros y militantes; por otro, 1930 fue un momento propicio para el desarrollo y recuperación de las fuerzas de la izquierda. Organizaciones sindicales como la UGT también aumentaron su afiliación, aunque no a los niveles de la CNT. Otros factores que influyeron en todo ello fueron la presencia de una nueva generación joven que

Las tensiones contenidas durante la dictadura estallaron en la República. El 10 de junio de 1931 se inició el Congreso de la CNT en Madrid. Entre sus acuerdos más notables

46



meses de un estado de descomposición interna a una recuperación de efectivos auténticamente desbordante (al Congreso de 1931 acudirían más de 533.000 representados). Las razones son muy diversas. Por un lado, la organización nunca había dejado de existir, en la legalidad o en la ilegalidad, a través

desde la descomposición de la dictadura a 1926 estaba politizando rápidamente, así como la crisis mundial de 1929 que pronto empezaría a mostrar sus consecuencias.

estuvo la aprobación de las Federaciones de Industria y la resolución sobre la posición de la CNT frente a las Cortes Constituyentes.

El Dictamen referido a las Federaciones de Industria fue elaborado por Peiró, y suponía la culminación de los presupuestos originales del sindicalismo revolucionario. La Federación de Industria (FNI) coordinaba de manera vertical a aquellos sindicatos de un mismo sector de la producción, y expresaba un doble objetivo: por un lado, responder de manera más eficaz a la acción inmediata de defensa de los trabajadores, en un momento en el que se había acentuado la tendencia de la economía a estructurar también fuertes organizaciones empresariales de gran cobertura; por otro, preparar la tarea para el momento revolucionario y post-revolucionario, a través de la recogida de informaciones estadísticas, y, en definitiva, de todo aquello que pudiera posibilitar en

atacaron el hecho de la duplicidad de estructuras dentro de la CNT, y la pérdida consiguiente de autonomía de los sindicatos en el seno de un gran aparato como era la FNI. Por otro lado, se mostraron muy reacios a cualquier idea de planificación, y sobre todo a lo que ellos llamaban sometimiento del dictamen a los presupuestos de la realidad económica, a los que —añadían— no hay por qué doblegarse.

El resultado de la votación (trescientos mil votos frente a noventa mil) indica una fuerte mayoría que se inclinó en favor de una posición claramente constructivista, como era la de Peiró, lo que también viene a significar que amplios sectores que hasta entonces habían estado en la línea contraria, habían modificado su posición.

Esto se observa en el caso de una persona como el vasco Galo Díez, un defensor nato de las tesis denominadas hasta aquí anarcosindicalistas frente a los sindicalistas revolucionarios. Y se nota también en el otro dictamen de importancia, el de la posición frente a las Cortes, que también fue apoyado por este hombre y cuyo texto nos devuelve en parte a la resolución sobre el hecho político de la Conferencia de Zaragoza de 1922. En este dictamen se asume el mismo argumento: se sigue defendiendo el carácter anti-parlamentario y comunista libertario de la organización, pero se analiza el momento político con

gran realismo, considerando que la República está constituyendo para los trabajadores españoles una ilusión que si bien no puede captar los esfuerzos en su favor de la CNT, no por eso ésta puede permitirse el rechazar la evidencia de esta ilusión. De esta manera, se enfrenta el dictamen a aquellos que proponen el «no ha lugar» a debate. Quienes esto proclamaban, volvían a expresar los temores tradicionales de que la CNT, al intentar acudir a la realidad para comprenderla, aunque fuera para a continuación reafirmarse en sus principios, cayera en la tentación de dejarse seducir por esa realidad. Por ejemplo, Germina Esgleas, un representante de esta línea, decía: «Consideramos que debe fijarse de una manera clara y terminante la posición de la Confederación, en el sentido de ratificar totalmente los principios declarados en el Congreso de la Comedia, en el sentido de que la Confederación es apolítica y tiene como finalidad el

*Comunismo Libertario... Si biciéramos concesiones, nos encontraríamos con que, en el transcurso del tiempo, caeríamos en un sentido de desviación, por no sentar de una manera clara y neta la declaración de principios. Por lo tanto (...) han de ratificarse aquí los principios de la Confederación, ha de suscribirse el voto particular formulado, y el dictamen presentado ha de retirarse del orden del día, con un "no ha lugar a discusión".*» El debate, como vemos, es en sus parámetros básicos el mismo que caracterizó el de las FNI. Sin embargo, como en aquel punto anterior, el dictamen también se impuso por mayoría.

Aunque del Congreso salió una posición poco tendente a exageraciones o impacencias revolucionarias, la realidad caminó más deprisa, y la CNT se sumergió en un activismo y un enfrentamiento muy fuerte con las autoridades republicanas, lo que al final acabaría por sacar a la luz la pugna, vieja pugna, entre una línea gradualista, organizativista, y otra defensora del inmediatismo revolucionario. Esta pugna es la que estalló con motivo del llamado Manifiesto de los Treinta, suscrito por gente de gran prestigio, como Pestaña, Juan López, Sebastián Clará, y Juan Peiró. En definitiva, la reacción de este sector se dirigía contra la acción de la FAI en el seno de la CNT, y en concreto frente a la actividad desplegada por el sector confederal influenciado por ésta, que empujó a la organización en estos dos o tres primeros años de República a una desenfundada sucesión de conflictos y de intenciones revolucionarias. El Manifiesto de los Treinta se resolvía contra esa fe en las minorías activistas que en un momento pueden vehicular al pueblo hacia la revolución, y planteaba de nuevo otra idea clásica del sindicalismo revolucionario (y también del anarquismo), como era que sin una masa preparada y formada, la revolución, caso de alcanzarse, no es sino un peligroso logro que únicamente se sostendrá en un futuro cercano gracias al autoritarismo desplegado por esos activistas. Decía este manifiesto: «La historia nos dice que las revoluciones las han hecho siempre las minorías audaces que han impulsado al pueblo contra los poderes constituidos. ¿Basta que estas minorías quieran, que se lo propongan, para que en una situación semejante la destrucción del régimen imperante y de las fuerzas defensivas que lo sostienen sea un hecho? Veamos. Estas minorías, provistas de algunos elementos agresivos, en un buen día, o aprovechando una sorpresa, plantan cara a la fuerza pública, se enfrentan con ella y pro-

e l futuro el control de la producción por los trabajadores. Decía la ponencia:

*«Habiéndose previsto que, realizado el hecho violento de la Revolución Social, la reorganización de la máquina económico-industrial-agrícola, es decir, de todas las fuentes de riqueza social, será misión de los Sindicatos —puesto que en el dominio de ellos estará la articulación de la máquina—, la Federación Nacional de Industria será el órgano adecuado para coordinar la producción de la industria respectiva y para equilibrar ésta a las necesidades del consumo nacional y del cambio con el exterior.»*

El dictamen fue muy combatido por la línea que, encabezada por Julio Roig, de Santander, y José Alberola, atacó directamente las concomitancias marxistas que —según ellos— éste destilaba. En principio,

*vocan el hecho violento que puede conducirnos a la revolución. Una perspectiva rudimentaria, unos cuantos elementos de choque para comenzar, y ya es suficiente. Fían el triunfo de la revolución al valor de unos cuantos individuos y a la problemática intervención de las multitudes que les secundarán cuando estén en la calle (...) Frente a este concepto simplista, clásico y un tanto peliculero de la revolución, que actualmente nos llevaría a un fascismo republicano, con disfraz de gorro frigio, pero fascismo al fin, se alza otro, el verdadero, el único de sentimiento práctico y comprensivo, el que puede llevarnos, el que nos llevará indefectiblemente a la consecución de nuestro objetivo final (...) No fía la revolución exclusivamente a la audacia de minorías más o menos audaces, sino que quiere que sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora caminando hacia su liberación definitiva, de los sindicatos y de la Confederación, determinando el hecho, el gesto y el momento preciso a la revolución.»*

La denuncia se dirigía también frontalmente contra el procedimiento de la «trabazón», que permitía a los anarquistas encuadrados en la FAI intervenir en las cuestiones de la CNT, fiscalizando el trabajo de ésta y, a la vez, introduciéndola en movimientos de carácter revolucionario que provocaron una fuerte sangría en la organización confederal. La pugna dio lugar a la expulsión inicial de los firmantes, y a continuación, a la salida de diversos sindicatos que constituyeron los llamados «sindicatos de oposición», que no regresarían a la CNT hasta el Congreso de Zaragoza de 1936.

La República constituyó un período de gran dureza para la CNT. Los movimientos revolucionarios que ensayó hasta 1933 acabaron por debilitarla notablemente, de manera que, por ejemplo, al movimiento de 1934, con la UGT, y excepción hecha de Asturias, la organización acudió con poco entusiasmo, y en muchos lugares muy castigada.

## **El comunismo libertario en los renglones. El Congreso de Zaragoza**

El triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 dio lugar a una fuerte recuperación de fuerzas que sólo tuvieron tiempo para desarrollarse hasta mediados de julio, fecha en que comenzó la guerra. En ese tiempo tuvo lugar otro Congreso de la Confederación, el de Zaragoza. En él, aparte de pasar-

se revista a la trayectoria anterior (lo de Asturias), y posibilitarse la vuelta de los «sindicatos de oposición» al seno de la CNT, destacó la definición que entonces se hizo del Comunismo Libertario. La cercanía en el tiempo entre este Congreso (1.º de Mayo) y el golpe militar que daría lugar a la guerra (julio) hubiera facilitado el que la revolución generada como respuesta constituyera el campo de aplicación de aquella reflexión. Sin embargo, sin extendernos demasiado, hay que señalar que la práctica de la revolución superó con mucho a aquella histórica resolución de Zaragoza.

El dictamen sobre Comunismo Libertario, aunque muy influenciado por las tesis comunistas (aunque diferentes) de Puente y de Urales, es un texto que logra aunar (en la letra, no en el éxito) las posiciones tradicionales del anarquismo con la consideración del sindicato y de la estructura sindical como el órgano llamado a controlar la producción. El Congreso establece otra vez un doble plano de federación de comunas junto a la federación sindical destinada a temas de economía productiva y de reparto. Supone una clara superación de antiguas posturas, donde dominaba el optimismo revolucionario y postrevolucionario, el espontaneísmo y el desprecio absoluto por definir cómo se va a regir la sociedad revolucionaria. A pesar de todo todavía quedaron muchas cosas sin resolver, confiando en que la realidad del momento revolucionario indicaría lo que debía hacerse. Por lo demás, también se hizo realismo en temas como el de los peligros internos y externos que amenazarían a la revolución, y el modo de resolverlos.

Sin embargo, si la revolución no hubiera comenzado a partir del 19 de julio, posiblemente nunca se pudiera decir tan fácilmente que la resolución del Congreso no fue capaz de prever demasiadas cosas. Cuando estallaron la guerra y la revolución, la CNT se vio sometida a un proceso en el que de repente aparecieron muchos problemas que algunos habían intentado resolver siempre con el clásico «no ha lugar a discusión». Así, el problema del poder político y su conformación en el momento revolucionario, la relación con otras fuerzas, el debate sobre militarización de las milicias, la cuestión del rumbo de la revolución, la democracia interna en un momento bélico, etcétera, fueron cuestiones que obligaron a improvisar, y a las que los dictámenes anteriores poco aportaban. Podemos decir que la gran obra revolucionaria de la CNT durante la

guerra tuvo más que ver con la intuición de que hicieron gala los trabajadores acostumbrados durante decenios a unas formas de entender la organización y la sociedad, que con las definiciones hechas en Zaragoza. Por el contrario, en temas donde la CNT hizo aguas, se vio como las reflexiones anteriores debieran haber llegado más lejos, para intentar comprender una realidad notablemente más compleja que lo que quería particularmente el sector del «no ha lugar a la discusión». El procedimiento revolucionario, con todas sus variantes, se acercó más a lo que venían intentando diseñar los llamados sindicalistas revolucionarios que a las viejas disquisiciones comunistas del anarquismo tradicional.

## **Hacia la «resurrección» del anarcosindicalismo en España**

Las viejas disputas regresaron a la CNT desde el mismo día en que, legalizada o no, comenzó su nuevo camino allá por el año de 1976. Las viejas disputas se vieron todavía más complicadas por nuevos presupuestos y problemas que habían ido surgiendo en esos cuarenta años de silencio forzado. La reconstrucción de la CNT fue, objetivamente, un auténtico caos al que todavía somos incapaces de encontrar el principio de su gestación. Posiblemente habrán de pasar algunos años hasta que nos enfrentemos a darle una interpretación seria. En cualquier caso, sí que se pueden señalar algunas cosas. En la CNT se ha pecado hasta el extremo de una interpretación y lectura vanal y glorificante (y nada crítica) del pasado, llegando a confundir constantemente lo que eran los anhelos con lo que eran las realidades y posibilidades de esta organización y de la sociedad española de finales de los setenta. La CNT fue un cajón de sastre demasiado grande al que en su día confluyeron grupos que, como se ha demostrado, poco o nada tenían en común. Se volvió a repetir el gran error de un anarquismo que entendió siempre a la CNT como su casa particular. Se acudió demasiado al «no ha lugar a la discusión» para quitarse de encima temas tan reales como el sistema sindical o la participación en una sociedad en la que el anarquismo y la CNT eran más minoritarios que nunca. La CNT cometió errores brutales que al final la hicieron perder un tiempo precioso para instalarse en esta sociedad convenientemente. En ese sentido,

perdió ocasiones preciosas para enderezar el rumbo y ponerse definitivamente a hacer lo que pensaba seriamente que debía hacer. Al final, la vieja pugna, la vieja lucha de la interpretación y comprensión del sindicalismo y de la intervención de la CNT en la realidad social acabó rompiendo a la organización en dos partes. Una de ellas, la ahora llamada CGT (CNT) es la que mejor conecta con aquello que hemos estado llamando en esta exposición sindicalismo revolucionario, aunque, realmente, se puede afirmar que tampoco ha llegado a esta situación por un esfuerzo analítico, sino más bien, empujada por la cruda realidad. Por eso, cuando hoy se lee después de más de ochenta años una Carta de Amiens, que no muchos conocen, muchos pueden sorprenderse reconociendo su trabajo en aquella descripción del programa sindical.

### Algunas cuestiones actuales

Vamos a finalizar hablando del futuro, y lo vamos a hacer telegráficamente, señalando lo que el que suscribe este texto entiende por necesidades actuales de la nueva CGT (CNT)

1.—Necesitamos una reflexión seria y razonada del por qué estamos construyendo esta organización. Es decir, ¿es para nosotros el sindicalismo una fórmula que en el mundo de hoy nos puede ser la utilidad para dar respuesta a los problemas que tenemos como trabajadores y como personas?, ¿seguimos creyendo que a través de él el trabajador adquiere progresivamente una conciencia, se educa, y se prepara para transformar la realidad social?, ¿trabajamos realmente, se educa, y se prepara para transformar la realidad social?, ¿trabajamos realmente en esa línea o, por el contrario, nos estamos abandonando en un sindicalismo que aunque haga grandes declaraciones, no tiene mayores alcances? ¿sirve por sí mismo el sindicalismo (la cuestión económica, en definitiva) en el mundo de hoy para proceder a su transformación, o es este mundo demasiado complejo y en realidad merecería otro tipo de respuesta, de estructura y de idea?

2.—Seguimos definiéndonos como anarcosindicalistas, aunque habría un montón de planteamientos e intervenciones actuales que a la luz de la historia no serían precisamente eso. ¿Debemos cambiar nuestra denominación o, si la mantenemos, somos conscientes de que lo hacemos por conservar el referente histórico y

sentimental pero que inevitablemente nosotros estamos condenados a definir hoy por dónde pasa en su concreción la idea anarcosindicalista?

3.—Nuestra primera necesidad consiste

en asentar nuestra organización. Eso supone hacer un esfuerzo de crecimiento cuantitativo y de formación y preparación de nuestra gente. Este trabajo tiene que tener siempre presente que cada ladrillo que se



pone está definiendo la naturaleza del muro. Por lo tanto, hay que tener claro lo que estamos haciendo hoy, porque cuando la organización tome cuerpo es más difícil de modelar. Pues bien, en ese esfuerzo tenemos algunos problemas esenciales. Por ejemplo: hay que volver a fortalecer la estructura local. Nos estamos desarrollando en muchos puntos a través de nuevos sindicatos y de una gran tarea sindical que, sin embargo, está dejando abandonada la vertiente local. Hay localidades grandes en CGT que no tienen realmente estructura y comité locales. Los peligros son dobles. Por un lado acabaremos haciendo una especie de federación de sindicatos, ya que sólo en las estructuras territoriales los afiliados rompen su gremialismo y toman conciencia de organización, de que están en una organización, y no en una sección o grupo de fábrica o centro. Y el otro peligro es que tenemos que recuperar con fuerza el contenido sociopolítico de la CGT, y eso sólo se expresa desde el esquema de federación local (o sindicato único, es lo mismo). De hecho, esta pérdida estamos intentando cubrirla a cierto nivel con las secretarías de acción social, y eso es un error. Lo que antes hacíamos desde la federación local (hacer que CNT opinara e interviniera sobre todos los temas sociales de todo género en la ciudad o pueblo), ahora lo hemos traspasado a la secretaría de acción social, incluso con la desventaja de que eso parcela realidad, no es lo mismo la presencia de una federación local que la de una secretaría, y además, se está cayendo en la tentación de que estas secretarías se ocupen de temas sociales pero más bien de los llamados marginales (aunque no lo sean en absoluto: mujer, drogas, ecología, antimilitarismo, etc.), abandonando esos otros temas más «normales» (barrios, juventud, pero como tal problema social, etc.)

4.—Aunque la palabra «revolución» sea algo de lo que después de haber dicho tantas cosas ya procuramos ni siquiera pronunciarla, y aunque sean escasas ya las mentes cabales que creen y sueñan con una revolución al viejo estilo, explosiva, espasmódica, no cabe duda de que, a pesar de los realismos, nuestro objetivo sigue siendo cambiar radicalmente la realidad. Este es un tema que no nos corre prisa, puesto que de momento parece que está un poco lejos, pero eso no evita el que la organización y sus gentes empezaran a pensar en cómo, con qué fórmula, se puede cambiar la sociedad post-industrial del siglo XXI. Y hay muchas posibilidades

que definen el trabajo de hoy. Se puede apostar por el viejo mito revolucionario, o por la fórmula de la revolución kafkiana de un mundo occidental sin sentido que se derrumba carcomido por sus propias creaciones (el terrorismo, la droga, la deshumanización, la violencia, la juventud encabronada...), o por un modelo gradualista. Posiblemente podamos convenir en que esto último es lo que más se parece a nuestra idea. Pues bien, eso tiene implicaciones actuales. Ser gradualista supone creer que la organización, sin acudir al terreno electoral-parlamentario, puede capacitarse para hacer política por la vía de la influencia y la presión sobre cada paso de los gobiernos, los partidos, los grupos de presión, etcétera... Y eso es recuperar algo que ya se está haciendo, y que es la ubicación en el «teatro social». Para entrar en ese juego hay que acabar con el exclusivismo tradicional del anarquismo español, ser respetuoso con otras formulaciones políticas, y reconocer sin empacho que se pertenece a la izquierda política, aunque separen a la CGT y a esos diversos grupos un montón de cuestiones. En definitiva, volver a leer a Seguí, a Peiró, por no citar a otros que fueron más lejos y acabaron inventaron el Partido Anarquista (Pestaña, Prieto).

5.—Hay que tener claro que la CNT, o la CGT, ni es una organización anarca ni puede ser un coto cerrado para que los anarquistas hagan sindicalismo o algo parecido. Pero a la vez hay que reafirmarse en que por tradición, y por convencimiento, a la mayoría de los afiliados es ese sutil toque anarquista lo que les atrae en la CNT, y en donde se sienten cómodos. Pues bien, el asunto es cómo abrir esta organización hacia afuera, para que sea una organización plural, democrática y de masas, sin

estar facilitando a la vez en exceso las maniobras dentro de la misma de *grupetes*, partiditos y similares, que acaban siempre emponzoñando las relaciones entre los afiliados y los sindicatos (y que conste que esto, con quienes mejor —o peor— se ha demostrado ha sido con los propios *grupetes* anarquistas).

6.—Y, por último, y esta es una idea para desarrollar más pausadamente, creo que el futuro inmediato de la CGT pasa por un tipo de afiliación radicalmente sindical, de personas que no sólo están convencidas de la necesidad de estar afiliadas a un sindicato, sino que no entienden otra manera de ser trabajador que la de ser a la vez afiliado. Personas que entienden el sindicato como una necesidad lógica, y no como un compromiso (carga) militante. Personas capaces de estar en el mismo sindicato que su compañero de trabajo, con el que no se tratan por ser de caracteres encontrados, pero que entienden con claridad dónde está la frontera de cada relación vital. Personas, en definitiva, como muchas de esas miles que están en CC OO, o en UGT, que están en el sindicalismo, y haciendo sindicalismo, no se olvide, porque no queda otro remedio si se quiere ser un trabajador sensato, honrado, coherente y hasta práctico.

## A LIBRE PENSAMIENTO

Copia o envía este cupón a:

Deseo suscribirme a la revista Libre Pensamiento, al precio de 1.400 pesetas, por 4 ejemplares, y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- Domiciliación bancaria  
(Hay que rellenar y firmar el boletín adjunto)
- Giro postal

A partir del número

Nombre .....

Apellidos .....

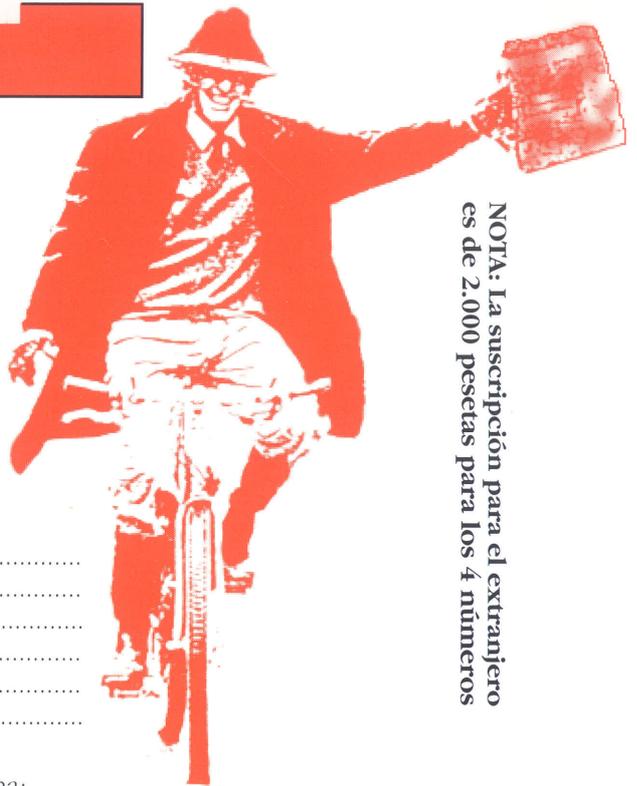
Domicilio particular .....

Población ..... Código postal .....

Provincia ..... Teléfono .....

País ..... Fecha .....

Firma:



NOTA: La suscripción para el extranjero es de 2.000 pesetas para los 4 números

## BOLETIN DE DOMICILIACION BANCARIA

Apellidos: .....

Nombre: .....

Domicilio: .....

Población: ..... C.P.: .....

Provincia: ..... Teléfono: .....

Banco/Caja de Ahorros

Domicilio de la Agencia

Población

Provincia

Titular de la Cta./Libreta

Domicilio

Nº Banco:

Dig. Bco. sucursal:

Nº Cuenta:

Nº Sucursal:

Sírvase atender con cargo a mi cuenta los recibos presentados a mi nombre por

Firma:

Si has elegido esta forma de pago, envíanos este Boletín, o copia del mismo, junto a tu tarjeta de suscripción.



ORGANO DE DEBATE Y REFLEXION  
DE LA CONFEDERACION GENERAL DEL TRABAJO